

LIBROS  
DEL  
**K.O.**

Silvia Cruz Lapeña

# CRÓNICA JONDA



# CRÓNICA JONDA

Silvia Cruz Lapeña



PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2017

© Silvia Cruz Lapeña

© Libros del K.O., S.L.L., 2017

ISBN:978-84-16001-76-7

CÓDIGO IBIC: DNJ

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: Martín Elfinan

MAQUETACIÓN: Antonio Rómar

CORRECCIÓN: Ana Doménech García

A Jaume, prueba viviente de que lo mejor es siempre lo que no se espera.

# AL HIJO DE LUCÍA

Yo solo quiero caminar,  
como camina el río hacia la mar,  
como cae la lluvia en el cristal...  
Paco de Lucía, *Solo quiero caminar*

El boquinete tiene tres pelos en la frente largos y duros, como cerdas, y es del color del coral. A veces se amarrona, otras reluce, dependiendo de la luz y las alertas. Brilla o se esconde, pues es una especie amenazada, y es, como casi todos los seres que respira, comestible. Para encontrarlo hay que bucear, ir hasta el fondo, no sirve tantear la superficie de las aguas, que tienen que ser cálidas y tranquilas para que el boquinete habite en ellas. Ese pez sencillo es el favorito de Francisco Sánchez, que los pesca de uno en uno, quizás sin saber siquiera que ya no abundan, pero a él, nacido en la España del hambre, no se le ocurre cazar más de los que piensa comerse.

Cuando tiene el boquinete en sus manos, Francisco lo asa, lo fríe o se hace con él un cebiche con especias distintas a las que saboreó en su infancia. Donde él nació, carne y pescado se alían con sal, ajo y vinagre; a miles de kilómetros de aquella cuna, donde ahora vive, se usa ají, limón y cilantro. Nadie sabe si mientras los prepara le vendrán a la boca esos sabores, o el de la mezcla de aguardiente, azafrán y clavo con la que su madre, cansada de pasar fatigas, intentó abortarlo.

Pero Francisco nació en 1948. Fue el quinto hijo de Lucía. Nació en la Algeciras del contrabando, sita en la España de Franco. Sus vecinas, las Boqueronas, se metían con él porque era gordo. Lo recuerda ya mayor, después de haber sido flaco casi toda su vida y le da risa. De aquellos años, cuenta que dormía oliendo a dama de noche, especie invasora que pare flores blancas y estrelladas y, que como los flamencos, despierta cuando acaba el día. Francisco dice que aspiraba esa fragancia desde su cama y el olor se le mezclaba con las conversaciones y los cantes de los artistas que su padre, guitarrista en tascas y en juergas de señoritos, se llevaba a casa al acabar su jornada que había empezado no de noche, sino de día, y no en los bares, sino en el mercado donde tenía un puesto de verduras.

Francisco soñaba con ser cantaor. Pero era tímido y no tenía una gran voz. Su padre, harto de hambre, le divisó un buen oído y le calzó una guitarra a una edad en la que el niño Francisco probablemente no tuviera ni cuajadas las falanges. Pero eso no fue problema para él, tampoco que el instrumento precisara horas de soledad y ensayo, pues ya era desde chiquito un ser inclinado al silencio. Tenía siete años, aún se llamaba Francisco y vivía en la calle Barcelona. Al poco tiempo empezó a recorrer tablaos, bares y ventas con la guitarra y se le asignó un número: el 1423, el de su carné de artista. Así se convirtió Francisco en un niño trabajador, nada raro en la España de los

años cincuenta, donde el sueldo de un cabeza de familia no daba para mantener toda una casa. Críos de su edad, diez años, trabajaban en las fábricas, iban al campo o guardaban pavos. A él al menos, le asignaron un oficio que no estaba entre los más peligrosos: peor hubiera sido una mina, él lo sabía.

Pasaron los años, le fue bien, tocó con sus hermanos y conoció a un chaval que quiso ser guitarrista, pero que acabó cantando. Se llamaba José y se entendieron al instante. Dos hombres callados, criados en la necesidad constante de lo básico y hambrientos de música, no tenían más remedio que hacerse hermanos. A esas alturas, Francisco ya no era Francisco; era Paco. Y siempre tuvo una premonición, quién sabe si andaluza o gitana, con ese hermano de vida: «Camarón», le decía a su amigo que tampoco se llamaba ya José, «ten cuidado, no hagas tonterías, que el día que tú te vayas, me voy yo también». No exageraba. Un día José se murió y Francisco dejó de tocar durante un año. Cuando habla de él, se pone triste. Le dan ganas de llorar, dice, pero se yergue y se recompone porque le cansa que siempre lo vea la gente tan para adentro, tan hijo de un andaluz, de una portuguesa y del flamenco.

Con José sacaba la chiquillería sempiterna que tienen tantos hombres andaluces, tantos flamencos, fruto de nacer en una tierra y un momento que les impidió ser niños. Francisco, ya Paco, tuvo una imagen pública: pelo largo, camisa blanca, una guitarra pegada al pecho, una pierna cruzada y un gesto de melancolía la componían. Como no se conformaba con lo escuchado, buscaba otros sonidos que no todos entendieron. Le criticaron y le insultaron, pero hace mucho que ya no se escuchan esas voces. No en público. Esa estampa y su genialidad es lo que hoy todos repiten. Ya nadie le honra con alguna arista. «Me escucho en grabaciones de hace años y no me gusta, está todo lleno de errores», cuenta él, pero nadie le hace caso y todos inclinan la cabeza y le llaman «genio». Dice que ya no siente placer ante los halagos, pero tampoco le escuchan cuando lo dice. «A mí me llama la atención la persona que me dice “sí, pero no...” porque estoy deseando que me diga por qué y me descubra algo».

También en privado le cuesta seguir siendo Francisco, pues hasta el quimono que usa para estar en casa y se pone a todas horas ha pasado a ser icono. «He sido un mal padre», dice Francisco, no Paco, siendo ya el único que se pone pegas. Su hija Casilda, que no tiene obligación de velos ni reverencias, lo recuerda salvando a un hámster con el tubo de un bolígrafo. Con ese recuerdo, tierno y minúsculo, parece perdonarle las ausencias. Los padres se flagelan sin saber siquiera que el recuerdo que de él tienen sus vástagos es el de una heroicidad doméstica, un detalle nimio y dulce que los salva, y que hace distinto del resto a quien los creó y al genio. Francisco debería saberlo, a él le pasa lo mismo: de su madre recuerda claramente el sabor de sus natillas y al padre no le reprocha ni una hora de su trabajo infantil.

«¿Soy todavía capaz? ¿Aún puedo crear? ¿Estoy viviendo de los laureles?». Francisco interroga a Paco, quién sabe por qué nadie tiene arrestos de decirle esas cosas de vez en cuando. Suele hacerlo cuando pierde los estímulos. Le pasa cada vez más. Pero, entonces, mira atrás, recuerda sus fallos y se dice que tiene la obligación de seguir por los más jóvenes. No quiere ser un viejo patético, no quiere ser como sus referentes, hombres celosos de su conocimiento a quienes se acercó y de quienes aprendió por su empeño, no por la generosidad de esos mayores.

Los que ven a Francisco de cerca y a diario le conocen otros ángulos. Saben que es solitario, pero no triste. Dicen que es obsesivo, pero no «ciezo». Quienes viajan, toman y celebran saben que tiene varios registros. Este por ejemplo: «Qué más quisiera, qué más quisiera, tener pelos en

el coño, como una fiera». Así canta Francisco en un viaje a Brasil junto a su hermano Pepe y su cuadrilla. Lo hace por sevillanas, con la boca formal y los ojos pícaros, serio y con guasa, y mirando con cierto hartazgo al presentador de la televisión que le hace preguntas como si hablara con un ángel y no son un ser humano porque a todos les cuesta creer que Francisco rectifica, duda y tiene miedo. Nadie diría que su mayor temor es despertarse un día y que nadie lo quiera. Él lo confiesa cada vez que tiene ocasión, pero todo el mundo sigue dirigiéndose a él con las mismas preguntas y la misma pleitesía que él recibe con educación mientras se rasca la mejilla izquierda con tres rascones breves y suaves, que son más tic que necesidad, y sin dejar de fumar.

Le gusta cada vez más el calor del público, por eso prefiere tocar en directo a grabar discos. Y prefiere América a España porque allí son más efusivos. «Para ser universal hay que ser local», dice que dijo Machado. Quizás por eso prepara un disco que piensa titular *Canción andaluza*. «Se le llama canción española, pero como en mi país están todos los independentistas tirando para su lado, de pronto ya no quiero ser generoso. ¡Yo también voy a tirar para la casa!». Lo dice con brío y algo de furia, pero no en su tierra, lo dice en Perú, sito en América. En España apenas habla de política, quizás porque aún le duela la paliza que le dieron en 1976 por unas declaraciones que hizo en televisión: «La mano izquierda es la inteligente, la que busca. La derecha es la que ejecuta». Ni siquiera está claro que Francisco usara sus dedos como metáfora, pero por si acaso, un grupo de ultraderecha se los machacó días después en la Gran Vía de Madrid.

Francisco tiene ahora su hogar lejos de allí y no le duelen las falanges, sino el nervio ciático, el brazo y las cervicales cuando da un concierto o ensaya muchas horas. Desde hace un tiempo dice que no hace planes para el futuro, que se limita a tomar lo que la vida le da. En Quintana Roo, región puesta en un extremo de México, como Algeciras en España, está con sus dos hijos pequeños y tiene otra oportunidad de ser un padre más presente. Vive junto a una playa, pues él no concibe su vida lejos del agua y por eso sus obras se titulan *Fuente y caudal*, *Entre dos aguas*, *Río ancho*, *La caleta...* Canciones y discos cargados de manantiales, recodos, cauces y lugares fértiles. Él sabe que ha creado un lenguaje acuoso, cálido y maternal con el que ha compuesto una obra posiblemente imperfecta, pero que ha sido a veces cascada y otras estanque, jamás ciénaga. También fue una vez orilla: le pasó con su hermano Camarón, con quien brilló de modo inevitable, pero con quien fue más espectador que nunca:

Como el agua clara que *abaja* del monte  
así quiero verte, de día y de noche...

Eso cantaba José y le tocaba Francisco, el hombre que en Playa del Carmen pesca boquinetes, especie nómada y en peligro de extinción que a veces contiene ciguatera, un veneno que convierte al pececillo en mito y en origen de leyendas. Allí es, en ese Caribe donde el viento sopla al contrario que en su cuna, por tanto en dirección a ella, donde Francisco empieza a morirse sesenta y seis años después de haber nacido. Cuando el pinchazo en el pecho lo derriba, es 25 de febrero en esa playa, 26 en la orilla donde nació, y solo hay una sola cosa clara: Paco no volverá nunca más a ser Francisco.

# UNA LLAVE Y UN ABRIGO

Las músicas de la pena, incluso cuando son alegres, expresan pena igualmente, porque son conscientes de lo lábil que es el linde entre euforia y muerte.

Vinicio Capossela,  
*Tefteri, el libro de las cuentas pendientes*

—¿Sabes quién se ha muerto?

Esto escuché al salir de casa la mañana del 26 de febrero de 2014. Lo dijo, desde la acera de enfrente de donde vivo, y en la que me esperaba, mi amigo Iván Vila, con quien había quedado a desayunar.

Aquel día me levanté pensando que tendría un descanso después de varias noches en las que apenas dormí para acabar el epílogo a una biografía de Camarón de la Isla que la editorial Libros del K. O. me había encargado semanas antes. Quedé con Iván para evitar sobresaltos al recordar una errata que nunca existió o arrepentirme de haber sido demasiado osada en mis planteamientos. Hablar con alguien ayuda a no caer en las trampas que tienden los textos recién entregados.

—¿Que si sabes quién se ha muerto? —volvió a decir cruzando la calle que nos separaba.

No es que no le oyera, es que no quise escucharle. Iván diferencia bien una noticia de un chisme, pero yo estaba exhausta por haber velado durante tres semanas a un gitano muerto veintidós años atrás y al que no lloré en su día por mi escasa edad y otras circunstancias.

«A ver, quién», le pregunté con desidia. Y cuando pronunció su nombre no sentí nada. Al rato empezaron a llegarme mensajes que hablaban y lamentaban la muerte de Paco de Lucía. Era una malísima noticia, es decir, una noticia; y yo, que siempre me jacto de ser periodista de la coronilla al cóccix, me pasé toda la mañana vestida de paquidermo.

Necesité la sacudida de otro colega para arrancarme esa piel. No fue ninguna de las alabanzas hechas desde la admiración que escribieron críticos y flamencólogos la que consiguió sacarme de mi luto. Fue el perfil periodístico de Miguel Mora el que me despertó de golpe:

El dúo Paco-Camarón fue una fulguración, un momento fundacional para la historia moderna del flamenco y un hito sureño para la música popular contemporánea. Era 1969, el año en que el hombre llegó a la Luna. De repente, dos jóvenes paupérrimos y semianalfabetos, hijos de la España aniquilada, resucitaron el arte que Falla y Lorca habían dado a conocer al mundo durante la Edad de Plata. Su revolución formal y técnica universalizó por segunda vez la maltratada música flamenca.<sup>1</sup>

«La España aniquilada». Esas palabras funcionaron como un trompazo en los dientes y me di cuenta de que ese muerto no era uno solo, sino también parte del que yo andaba velando a golpe



de escritura desde hacía días. Y también parte de esa España, devastada ahora de nuevo, pero de otro modo. Sentí rabia. Y la sentí porque la noticia chafaba mi placidez tras entregar el epílogo. Y porque barrunté que en los días venideros me iba a tocar enmendar algo más que galeradas, algo más frágil que el papel sin duda alguna.

No soy el centro del universo, me lo enseñaron mis padres y después mi profesión. Pero esos dos difuntos eran parte de mi vida y muchas veces los he explicado a través de mis ojos y mis palabras a otros que me lo han pedido y a mí misma al escucharlos. Y ya no estaban. De pronto, recordé que la muerte de Félix Grande un mes antes me había hecho volver a las páginas de *Memoria del flamenco*, que llenas de subrayados, apuntes y lágrimas protejo en mis estanterías como si fueran platino. Noté que la infancia y la juventud me abandonaban. Recordé que yo empecé *De cal y canto*, mi blog de flamenco, porque se me murió una abuela y ese recuerdo me llevó a la idea de que Paco de Lucía moría para abrir paso. Su figura, tan imponente, dejaba poco espacio a los demás. Pensé en la muerte como relevo y quise contarla.

Llegada a ese punto, cuando creía estar lista para narrar, murió la madre de mi padre. Con una vida en la que se amontonaban cadáveres carnales, sentimentales y simbólicos, fui por fin capaz de llorar. Lo que derramé no tiene más valor que lo que vino después: la necesidad, a esas alturas ya insoportable, de escribir. Camarón, Paco de Lucía, Félix Grande y mis abuelas me pusieron la sangre a la temperatura adecuada para iniciar el relato. Pero vivo en el mundo, lo narro cada día y esas despedidas coincidieron con esa España aniquilada. Una muerte de otro tipo.

Es por eso que la historia que iba a explicar se convirtió en viaje, uno por la tierra que me da cosas y me las quita, uno que me salió en clave flamenca porque es la música que me acompaña desde la cuna y la que me interroga. Blacking<sup>2</sup> decía que una música solo puede entenderse del todo en un contexto social. Yo le he dado la vuelta a su teoría y he usado el flamenco para entender el entorno. No ha sido una excusa, ha sido una llave. Y también un abrigo.

Con el corazón ardiendo y los ojos templados inicié este viaje. He andado por España y por mi vida con el único objetivo de comenzar de nuevo. En estas páginas cuento lo que he visto durante ese camino. Y también algunas cosas que me ha parecido ver.

<sup>1</sup> Mora, Miguel. (27 de febrero de 2014). Paco de Lucía, el genio que extendió el duende flamenco por el mundo. *El País*.

<sup>2</sup> Blacking, J., (2006), *¿Hay música en el hombre?* Madrid, España: Alianza Editorial.

BARCELONA

# LLANTOS PIXELADOS

Yo me quisiera morir  
a ver si tú te ponías  
negro lutito por mí.  
*Bulerías de Jerez*

El taxi para en un semáforo y siento un pinchazo. Es el pináculo de la catedral, que se me clava en los ojos. Es 27 de marzo de 2014 y bajo por Via Laietana camino de la Basílica de la Mercè. Bajo del coche, abro el paraguas y camino pensando en las pocas ganas que tengo de ir a la iglesia.

La lluvia ha hecho que rememore alguno de esos días en que mi abuela Consuelo iba a la catedral a encenderle velas a la Virgen del Carmen. Llueve y mi memoria reconstruye momentos en los que la acompañaba y me burlaba de ella. «¿Qué se supone que va a hacer esa estatua por ti, yaya?», le decía burlona para pasar a entonar alguna letrilla *grunge*. Ella me daba un coscorrón cariñoso y sonreía: «Todo lo que le pido me lo concede». Mi abuela solo creía en sus manos y en el poder de sus ojos. Y en la Virgen del Carmen porque el resto del santoral se la traía al paio.

Al pasar por aquel punto de Via Laietana, pienso en las muchas veces que había tenido que ir a una iglesia en contra de mi voluntad. Y me vienen a la cabeza aquellos momentos con la yaya y el día que hice la comunión. Al llegar al altar, me di un golpe en el pie con un escalón que colocaba al sacerdote un peldaño por encima del resto de los humanos y solté una palabrota. El cura, don Virgilio, me riñó aguantándose la risa y susurró: «Digna hija de tu padre». Y a mí me gustó la comparación.

Vuelvo al presente porque no quiero mirar más ese pináculo ni volver a esa imagen de mi abuela y de mi padre, ni a ese momento de la comunión con un pie a punto de estallar de risa y de dolor. Quiero llegar a la Basílica de la Mercè donde se celebra el funeral por la muerte de Paco de Lucía y quiero acabar lo antes posible. Llego con el tiempo justo y donde creía que no encontraría un sitio libre, veo una planta casi vacía. El pináculo aparece ante mis ojos, muy ufano, sabiéndose capaz de hacerme daño.

La que nos convoca es una amiga de los flamencos, Ana Palma, fotógrafa flamenca, capaz de sacar a algunos más guapos y mejores de lo que son en realidad. Unos dijeron que irían, pero no se presentaron; otros pusieron de excusa que no iban a una iglesia. Otros, que la católica no era su confesión.

A nadie, y menos muerto, le hace falta mucha gente. A muchos no les gustan las iglesias, como a mi padre, o no comparten los preceptos de ninguna fe, como es mi caso. Paco de Lucía recibió su última bendición en la iglesia de Nuestra Señora de la Palma en Algeciras y miles fueron a despedirlo sin pretextos. Sé, porque me consta y los conozco, que la mayoría acudieron porque se les rompió el alma al conocer la noticia, porque estimaban a la familia y querían acompañarlos.

Sé todo eso como sé que a este funeral de Barcelona no acude apenas nadie porque no hay cámaras, porque no hay familia, porque todos lo sentimos nuestro y muchos le llamaban Paco, pero no sentimos la necesidad de darnos consuelo. Me recuerda esa familiaridad con este muerto a otra que también me chocó no hace tanto. Sucedió con Manuel Vázquez Montalbán. Al saberse la noticia de su muerte, pasó a llamarse Manolo. Sé que así lo llamaba gente que lo conocía. Y también sé que ese «Manolo» era impostura en boca de la mayoría. Como el «Paco» a secas que tanto oigo y leo desde el 26 de febrero.

Ante la escasez de gente, Ana me pide que haga una de las lecturas de la misa. No le digo que no y leo algo del Apocalipsis que ni recuerdo a causa de la tristeza que me producen ciertas ausencias, más por Ana que por el muerto. «¿Soy yo la más adecuada para hacer esta lectura?», me he preguntado mientras leía. «¿Soy yo, que ni siquiera le llamo “Paco”, quien debe dedicarle estas palabras desde Barcelona?».

Al acabar, hemos ido unos cuantos a La Plata a tomar un vino para celebrar la vida con una inmensa foto del difunto a cuestas, obra de Ana. Ha venido Montse Madrideojos, que sabe tanto de flamenco y presume tan poco que es un gusto estar a su lado aun sin hablar. Salao también ha venido. Ha cantado en la misa y casi ha llorado al hacerlo. Ha sido lo mejor del día: la voz de Salao y el silencio de Montse.

Decía Phillipe Ariès que la muerte es también un objeto de consumo.<sup>1</sup> Y pienso en eso mientras camino de vuelta a casa y me mojo porque no sé dónde dejé el paraguas. Toda la limpieza que se aplica al funeral y el empeño en proteger a los vivos de la imagen del difunto no se aplica a la exhibición de los que le despiden. Es tan evidente a veces que muchos invitados parecen llorar de un modo aprendido. Se lo leí siendo aún tierna a Arcadi Espada y no lo quise creer: decía que el hombre moderno ha visto morir a tanta gente, «aunque sea de mentirijillas», que ya sabe qué cara poner ante la cámara. Y añadido yo: en el caso del entierro de un artista, la fotogenia se multiplica. ¡Y qué bien le queda una muerte a lo jondo! Las televisiones, los diarios, las revistas, las radios, las webs se llenan de ruido y de llantos pixelados. ¡Qué gozo para los medios esos hombres curtidos llorando como críos en el funeral de un genio!

Una gitana muy bien plantada ha hecho otra lectura al salir de la iglesia:

«Si los citas en un bar, vienen todos».

«O si llamas a una tele», pienso yo mientras sacudo mi cabeza bautizada de nuevo y entro en casa.

<sup>1</sup> Ariès, P., (2000), *Historia de la muerte en occidente: de la Edad Media hasta nuestros días*. Barcelona, España: Acantilado.

CÓRDOBA

# NO SON CALCETINES

No hay nada más específico que la muerte. Todo cuanto se dice acerca de ella acaba resultando demasiado general.  
Elias Canetti, *El libro de los muertos*

Una llamada de teléfono nada más estrenar mayo me empuja hasta un tren en el que voy junto a mi hermano a despedir a mi abuela Concha. Se está muriendo. Vamos los dos a encontrarnos con nuestros padres y con una infancia que se ubica en el sur de España. Baena, Córdoba, es un pueblo que no alcanza los treinta mil habitantes y lo recuerdo como un pueblo lleno de vida en verano y que poco a poco dejó de ser alegre hasta en estío.

Ferrán y yo reímos en el trayecto. Cada vez que estoy con él me siento niña, e incluso lo que no he sido nunca: una más pequeña que él. Nos da risa cómo se come el bocadillo la señora de delante; las preguntas que le hace la mujer de detrás a la chica que va a su lado; reímos cuando le cuento la última conversación que tuve con mi abuela más o menos un año antes. En mi familia, reímos a veces para no gritar. En el funeral de mi otra abuela, Consuelo, cuatro años antes hubo gente que me recomendó que vigilara a mi madre. Reía y saludaba a la gente como si estuviera en una fiesta. Hubo quien pensó que estaba loca. Yo sabía que recurría a la risa para salvar la vida.

En ese tren ultrarrápido recuerdo el día que mi madre cedió a «ir a ver a Jesús», que es la forma en que se refieren en Baena a la visita que se hace los viernes a la talla que hay en la iglesia de Jesús Nazareno. Ella no quería, pero mi abuela Concha, su suegra, la convenció. Esa misma noche entraron a robar en el taller de confección que habían montado mis padres para ganarse la vida. Mi madre maldijo a la mitad del santoral y, en la otra mitad, mi padre optó por cagarse. Con esa experiencia, la que me parió inauguró una suerte de superstición inversa y jamás volvió a pisar aquella iglesia. Mi hermano ríe con carcajadas sordas cuando le cuento la historia. Solo se le cortan cuando al teléfono le llega información sobre mi abuela Concha.

Llego a Baena donde me espera la hermana que nunca tuve: se llama Raquel y tiene ojos de mujer total. Nos lleva en su coche a Cabra, donde está la clínica, pues Baena no dispone de una. Entro al Hospital Infanta Margarita de Cabra y veo a mi yaya. A sus noventa y dos años está claro a qué ha venido a esta habitación. «Esta mujer se está muriendo», dice el médico con tacto, pero usando un gerundio que a mí me cabrea no sabría ni medir cuánto. Comparte espacio con una señora de noventa y nueve años y a atenderlas viene solo un enfermero cada vez. Aquí los sanitarios vienen de uno en uno y te piden ayuda para cambiarla, para moverla y para todo porque el compañero anda en otra tarea que posiblemente tampoco debiera estar haciendo solo.

Paso la noche con mi hermano y mi abuela. A las ocho de la mañana salgo a la puerta del hospital a tomar aire fresco y un café. Hay una enfermera hablando con otra y hago lo de siempre:

escuchar charlas ajenas. Hablan de la situación que viven, de que el sindicato va a organizar otra protesta, de que siempre igual. No puedo evitar interrogarlas y me cuentan que ha habido recortes, claro, pero que no son nuevos ni de esta crisis, que vienen de lejos y que las listas de espera son de locura. Ya en casa miro los datos: esas listas a las que se refieren han aumentado un 300 %. Y me acuerdo de que unos años antes se habían abierto unos quirófanos en Baena para atender intervenciones menores. Se abrieron en 2003 y se cerraron en 2012. Unos días antes de llegar yo a Cabra, el sindicato Satse había pedido que se volvieran a abrir para aligerar la presión. Pero todo lo que pueden hacer desde el Ayuntamiento es instar a la Junta de Andalucía a que lo haga. Y la Junta dice que es el Gobierno central el que los ahoga. Y el Gobierno central, si reconociera los problemas, le echaría la culpa a Bruselas.

Pocos políticos creen en la universalidad de la educación y la sanidad. Un día se me ocurrió un tema para un reportaje que nadie quiso comprarme: averiguar cómo gestionan sus señorías a sus mayores o a las personas dependientes a su cargo. Incluso en mi entorno alguien me dijo que ese era un tema privado. A mi madre ese asunto privado le costó una depresión. El día que dejó a su madre en una residencia lloró lágrimas de sangre. «Estoy muerta por dentro», me dijo un día. Pero ni siquiera tenía tiempo de intentar resucitarse arreglando papeles y buscando la forma de asumir unos gastos que superaban con creces sus ingresos.

Por suerte para nosotros, la enfermedad de mi abuela Consuelo se agravó antes de que se hablara de crisis, porque en cuanto se confirmó la recesión, las listas de espera en Cataluña empezaron a engordar y la Generalitat tuvo que acabar reconociendo que se les moría la gente antes siquiera de poder evaluar su grado de dependencia. Por afinar: en noviembre de 2013, la *consellera* de Benestar Social i Família, Neus Munté, reconocía que 7.974 personas residentes en la ciudad de Barcelona murieron sin que los servicios sociales hubieran hecho una valoración de su estado de salud para dar o denegar la atención. Y otras 9.084 fallecieron antes de que se les pudiera hacer el Programa Individualizado de Atención (PIA). Mi madre tomó una decisión antes de que fuera tan tarde y se puso a pagar una plaza con un dinero que no tenía para darse la opción a ella misma de seguir viviendo.

Vuelvo a la habitación donde está mi abuela. Al vernos a Ferrán y a mí, Concha revive. Parece que oye y entiende lo que le decimos. Yo le canto y hasta le bailo un poquito. Y ella sonrío. Salgo de vez en cuando a tomar el aire y hablo con otras dos enfermeras que me confirman que falta personal. Al preguntarles, no me quejo, solo pregunto, pues siempre tuve claro que se dispara hacia arriba, pero ellas piden comprensión. «A base de comprendernos van a acabar aniquilándonos», les contesto intentando ser extrema, una manera muy mía de procurar ser graciosa. Sonríen y me cuentan que es difícil atender bien cuando te faltan manos y, sobre todo, humor.

Me viene a la cabeza entonces una frase que dijo Cristina Fallarás el día que las dueñas del diario *Factual* llegaron para echar a la calle a tres cuartas partes de la plantilla y nos pidieron que, aun así, siguiéramos trabajando.

«Oiga, que aquí no hacemos calcetines», les contestó la que era mi jefa y me pareció acertado.

Hay que tener la cabeza, si no fría, al menos templada, para escribir con rigor sobre lo que sucede en el mundo. Por eso, sentada en la puerta de ese hospital, intento imaginar el grado de templanza que debe requerir tratar con pieles, órganos y seres a punto de morir. Eso sí que no son calcetines.

# PUEDE PASAR EN CUALQUIER MOMENTO

La enfermedad había quebrado su caparazón de prejuicios y pretensiones: quizás porque ya no necesitaba de esas defensas.  
Simone de Beauvoir, *Una muerte dulce*

Mi abuela no se muere. Lo que parecía algo inminente se está alargando unas horas, las suficientes para que los vivos desesperen. También el cuerpo médico, que insinúa que sería mejor que Concha acabara sus días en casa. Necesitan camas y nosotros desoímos sus insinuaciones porque los ritos nos gustan ancestrales, menos el de la muerte, que lo preferimos al estilo del siglo XXI.

A primera hora de la mañana, salgo a la puerta del hospital. Es mayo, un mes intenso en Córdoba: ferias, cruces de mayo, novenas y alguna romería. También en lo olfativo es muy potente, pues ya está la primavera reventada por las costuras y todo se llena de polen y alergias y de olor a naranjos. Se barrunta la época seca y la gente ya va casi sin ropa. Lo noto en esa puerta de hospital por la que no paran de entrar mujeres. Sobre todo mujeres.

«¿Y no es muy machista el mundo del flamenco?».

Esa es la pregunta que me hacen algunas y ahora también cada vez más hombres, cuando saben que me dedico, en parte, a ese mundillo. Molestan las letras de muchas canciones, que algunos hombres se muestren tan gallitos y que las mujeres parezcan gitanas hasta cuando no lo son. Yo siempre contesto lo mismo: «Tan machista como el país en el que vivimos». Pero se lo toman como un chiste o un recurso literario. Y juro por mis falanges que no pretendo ser graciosa.

Atiendo llamadas y contesto mensajes en mi teléfono en la puerta del hospital mientras veo como ellos conducen y ellas se apean cargadas con bolsas llenas de ropa y comida y todo lo necesario para pasar el día cuidando a su enfermo. Su enfermo muchas veces es, en realidad, el enfermo de su marido, pero lo cuida ella. Lo sé porque para atender a la señora que vegeta al lado de mi abuela han pasado ya tres nueras. Los hijos vienen, sí, callados la miran y entran y salen de la habitación, sobre todo cuando el enfermero pide que alguien le eche un cable para ponerle una lavativa. Las mujeres están siempre dispuestas para quitar un pañal o darle a un anciano sus natillas. Para la mierda y la comida.

No estoy ciega. En el flamenco, creo que no tanto en otros ámbitos, te pueden llamar «chiquita» aunque hayas pasado de los treinta. A mí, personalmente, me resbala, aunque entiendo la gravedad de las palabras: vivo de ellas, las mido a cada instante. Sé que lo que se nombra existe, y que ese hombre que me llama «chiquita» no tiene ninguna mala intención ni ganas de menospreciarme: solo lo hace.

Conozco redacciones de diarios, agencias de comunicación, universidades, bares, tiendas, carnicerías e incluso la obra. He trabajado en esos sitios y en alguno más. A estas alturas sé que hay otras formas de ser machista que pasan por parecer que no se es. He visto editores seducir a



escritoras o aspirantes a serlo, prometerles algo, llevarlas al catre y olvidarlo todo. Me cuesta entender por qué ellas acceden estando tan lejos de las señoras con las que comparto habitación los días de hospital.

También he visto directores de diario o jefes de redacción no plantearse siquiera el ascenso de estupendas periodistas más capaces que algunos compañeros. Pero también he visto darle el puesto a mujeres sin más mérito que ser hembras y me he enfadado y renegado de mi sexo varias veces. Yo tengo un padre que me dio trabajo cargando sacos de yeso en una obra y no temió ni un segundo lo que nadie dijera y quizás esas sean las cosas que marcan cómo va el mundo, no las teorías.

Vuelvo a la habitación a relevar a mi hermano y me encuentro con la cuarta nuera de la señora de noventa y nueve años. Es una mujer de sesenta y cuatro muy divertida, que me cuenta que su suegra no la ha tragado nunca y que le ha hecho la vida todo lo difícil que ha podido.

—¿Y aun así viene usted a cuidarla? —pregunto contagiada por su apertura.

—¿Y qué voy a hacer? —contesta.

Su respuesta me recuerda cosas que he visto y otras que he leído sobre el «familismo implícito». De eso habla Sigrid Leitner, socióloga alemana a la que recurre Raquel Martínez-Buján<sup>1</sup>, autora de un estudio en el que destaca que en Andalucía un 84 % de los mayores dependientes son cuidados exclusivamente por su familia. Es lo que se denomina «familismo subvencionado» porque alguna ayuda, mayor o menor, sí reciben, pero a sus enfermos o mayores siguen cuidándolos en casa. De lo que habla ese informe es algo que no es flamenco, sino mediterráneo: un sistema con servicios sociales débiles que delega el cuidado a la parentela. Y cuando dice parentela, quiere decir la mayoría de las veces una mujer de la familia.

Veo a esa cuarta nuera lavar a su suegra, darle un besito, hablarle con gracia y me resulta sincera. Me entenece su capacidad para tratarla así, pero a mí con la ternura me pasa como con las colonias, que mi piel no las absorbe. Por eso, recurro al CIS, porque las cifras me enjugan las lágrimas. Según el barómetro de marzo, el cuidado de los hijos menores de tres años recae en la madre en un 82 % los casos. Las abuelas ya son la segunda opción (7,5 %) y el padre de la criatura, la tercera (4,8 %). Solo en un 4,3 % de los casos el menor es atendido por una guardería y un 1,8 % de los hogares paga para que otra persona se ocupe de ellos. Con los enfermos y mayores no es diferente.

La crisis ha servido para dar noticias lacrimógenas y se han propagado por doquier medias verdades. Los datos me enfrían el pulso, pero sé que en los números puedo encontrar equilibrio, no la verdad. Por eso, cuando las estadísticas me han templado, vuelvo a la vida y observo qué hace la gente. Mi prima pare y se queda en casa. Mi compañera de trabajo da a luz y se queda en casa. Ni una semana de su baja la disfruta su marido. Una de mis mejores amigas tiene hijos y hace lo mismo. Nadie la obliga. ¿O sí? ¿Patriarcado? ¿Automatismos? ¿Presión social y familiar? Sea lo que sea, ellas no son mis abuelas ni viven sus circunstancias y, sin embargo, eligen la misma vida que las otras llevaron sin más opción.

Subo pensando en mi abuela y en su vida, en lo que dista de la mía y lo poco que dista de la de mi prima. Es cierto que mi yaya no tuvo el mundo al alcance de su mano en su teléfono, pero creo que a ambas les queda igual de lejos lo que hay detrás. A mí tampoco me queda cerca, solo peleo. Y no me da ventaja, solo me ahorra migrañas. Tengo suerte con mis amigas, no recurren a eso de

«no sabes lo que es hasta que te pasa» en referencia a la maternidad. De hecho, algunas que ya han pasado por ello me dicen cosas que casi nadie espera: «No tengas hijos». Muchas de las que se escudan en los tópicos para explicar por qué hacen con el cuidado de sus hijos y sus trabajos lo contrario de lo que predicen se sienten culpables por no hacer de su vida un ejemplo para otras mujeres. Yo las exculpo sin juicio, pero hay que retratarlas.

Subo a la habitación y observo a mi abuela. Recuerdo un millón de cosas al mirarla: que me enseñó a coser, que me enseñó canciones, que me reñía por sentarme con las piernas abiertas cuando era cría, que intentó arrancar de mi cabeza el *Cara al sol* que me enseñó una vecina, que me legó sus recetas de gachas y de pestiños, que me intentó inculcar sin éxito su amor por las macetas. Y también hago otro recuento y compruebo que ninguna de esas cosas se las enseñó a mi hermano.

Oteándola desde mi condición de viva, descubro que aún no piensa morir. No es un dato objetivo, ni una experiencia, pero está tan claro como que ya es mayo. Sabiéndolo, decido volver a Barcelona para retomar mis obligaciones y esperar una llamada.

«Puede pasar en cualquier momento», dice el médico y estoy a punto de preguntarle qué, y si puede establecer una horquilla temporal. No estoy segura de que mi humor sea apropiado y decido callarme. Regreso como me fui, con mi abuela muriéndose en un hospital donde el cuerpo de enfermería está en pie de guerra, sin ánimos para animar ni manos suficientes para lo básico y una familia desconcertada porque el desenlace es evidente, pero no tiene fecha.

Ya de vuelta, le contesto un correo a mi amigo Braulio, que quiere saber cómo estoy y le cuento que me voy con una alegría enganchada en la retina, algo que sucedió la noche anterior cuando mi hermano y yo hacíamos guardia junto a la cama de la madre de nuestro padre. Yo estaba adormilada y de repente, vi la sombra de unas manos en la pared. Eran los dedos nonagenarios de mi abuela y los vi elevarse lentamente, muy pero que muy despacio. Los levantó a la vez y cuando sus manos casi se rozaban, empezó a hacer palmas. Mi hermano me miró incrédulo, con las cejas a punto de invadirle las entradas. Esa señora había estado todo el día inmóvil y respirando con dificultad y, en ese momento de la noche, se despejó, se arrancó la ropa y se apartó las sábanas, se quedó en pelotas y empezó a hacer unas palmas muy flamencas. Cuando acabó, bajó los brazos con cuidado y se puso bien el pelo. Mi hermano y yo reímos procurando no hacer ruido, ahogándonos de risa y de tristeza.

«Puede pasar en cualquier momento», había dicho el médico. Sí, doctor, eso es la vida: que pueda pasar cualquier cosa en cualquier momento.

<sup>1</sup> Martínez Buján, R. (2011). «La reorganización de los cuidados familiares en un contexto de migración internacional». *Cuadernos de Relaciones Laborales*. Recuperado de <http://revistas.ucm.es/>

# ¡COGE EL CAJÓN Y VETE!

Es duro ser español, pero hay una cosa peor: ser española.  
Luis Carandell, *Los españoles*

Me quedo sin maestra de costura, sin guía de campo y de naturaleza, sin hacedora de pestiños. Se va con ella la cría que fui, no tengo duda. Mis padres suscitan en mí otros recuerdos y los abuelos son la infancia. Me quedo también sin la autora de tantas frases tremendas: Braulio, amigo, ya podemos empezar a inventar otras nosotros.

Estas líneas son parte del correo que escribí el 9 de mayo de 2014 a mis más cercanos para anunciarles que me iba a Córdoba a enterrar a mi abuela Concha. Concepción Caballero Caraballo nació el 22 de septiembre de 1922 en Baena y fue la única hija de un matrimonio arreglado porque quien debía casarse con mi bisabuelo era otra hija de la familia que murió en pleno noviazgo. Así fue como Luisa, la que fue mi bisabuela, fue entregada a Antonio para formar una familia y los planes siguieron como se habían pensado. Varias veces me dijeron el nombre de la difunta, pero nunca fui capaz de recordarlo.

Conocí la historia porque de pequeña no paré de preguntar quién era la señora que aparecía en el gran retrato que reinaba en el comedor de casa de mi abuela. Yo sabía, como se saben las cosas que se han oído y no se recuerdan, que aquella mujer no era su madre. Y así fue como, ante mi insistencia, mi abuela acabó contándome una historia con la que consiguió que cada vez que yo miraba a mi bisabuela se me hiciera un coágulo en el cuello. Cuando la veía, con su pelo blanco y largo y recogido en un moño mirar a la nada o haciendo la siesta, yo la observaba con descaro e intentaba imaginar qué habría sentido viviendo toda la vida bajo el retrato de su marido junto a otra mujer que tenía sobre ella la ventaja de estar muerta. No creo que yo tuviera cabeza suficiente para pensarlo de esa manera, pero el cuajarón sí que lo notaba en la garganta.

Como el padre de Concha era «colorao» y no lo ocultaba, al estallar la Guerra Civil se fueron de Baena y perdieron la casa. Y no es que se la quitara algún extraño, fueron unos primos los que se adueñaron de ella. Como nunca la recuperaron, les tocó empezar de nuevo. De los relatos que he escuchado de mi bisabuelo, siempre me quedó claro que al pueblo le gustaba acercarse poco y que prefería el campo, donde había iniciado su vida tras la guerra. Las primeras veces que oí hablar de él pensé que Antonio debió de ser un tipo huraño. Pero cuando supe lo de los primos y la casa, comprendí que no era precisamente el pueblo lo que aquel hombre evitaba.

Campo, hijos y costura fue la vida de mi abuela, que enviudó a los veinticinco años embarazada de mi padre. Jamás se casó de nuevo y, si se enamoró o lo deseó, nadie lo sabe. La historia de mi abuela es la de tantas mujeres de los años cuarenta y cincuenta. Era dura con las demás mujeres, especialmente con las de su familia. Bien sabe ella, esté donde esté, que conmigo era tremenda, y

que, aunque encontró en mí una buena alumna para cosas como matar conejos de un golpe seco en la nuca, para otras cosas siempre me consideró perdida. Eso de estudiar, por ejemplo, no lo acabó de entender, aunque fue ella quien me compró mi primera enciclopedia de historia, la de ciencias naturales y un gran diccionario Collins cuando cobró su primera pensión de jubilada. Los destrocé a fuerza de usarlos, los exprimí. Eran mi única fuente de información, la única en propiedad.

«No sé si tengo hermanos. Quizás los tenga de padre». Cuando entrevisté al cantaor Miguel de la Tolea no conocía su orfandad. Miguel es hijo de Rosa Marín Montero, la Tolea, bailaora gitana ya retirada que nació en Andalucía y que giró por el mundo con diversas compañías. Fue gitana, artista y madre soltera en los años setenta, algo que Miguel ve con una naturalidad que no ven otros hombres de su raza. «Con los artistas es distinto, ya sabes. Yo, al no tener padre, siempre he sido el mimado», me contó un día. Él es cantaor y vive en Barcelona. También su mujer bailaba, pero lo dejó al casarse. Ahora «hace uñas», es decir, manicuras, con gel y porcelana.

Sé, porque he conocido a muchas, que las artistas tienen opciones. Pero también sé que no digo del todo la verdad cuando digo que el flamenco es tan machista como el país en que vivo. También lo sabe Carmen Linares cuando asegura que nunca ha sentido el machismo durante su intervención en la inauguración del curso académico 2014 de la Cátedra de Flamencología de la Universidad de Córdoba. Que ni ella ni yo lo hayamos sufrido no quiere decir que no exista. Una percusionista jovencísima, Marta Orive, me confesó en una entrevista que un día en una peña, cuando salió al escenario, alguien le gritó: «¡Coge el cajón y vete!». Nadie la apoyó e, impactada, cogió su caja y se fue.

Cuando hablo de este asunto, pienso en la Chana, cuya historia me recuerda que es mejor no generalizar desde ninguna trinchera. Ella se quitó de bailar por «un gitano malo». Ese gitano le dio muchos palos y le impidió bailar en el Madison Square Garden con Paco de Lucía y Camarón, detalle que ella siempre cuenta porque, cada vez que lo dice, se arranca una astilla. Esos que golpean hacen un daño visible y otro invisible. Dan la hostia y cercenan la vida. Lo que se deja de hacer no vuelve más. La Chana volvió a bailar. Pero lo volvió a dejar por otro hombre, esta vez «bueno», y por propia voluntad.

La escuché narrar por vez primera parte de esa historia en la presentación del *teaser* de un documental que narra su vida, obra de Lucija Stojevic. Y recuerdo que lo primero que pensé fue en la primera historia que escuché sobre maridos gallitos. «Que deje ya de llorar y de criticar al marido. Es una cochina. ¿No ves cómo tiene la casa?». Yo tenía diez años cuando escuché esta frase referida a alguien que conocía. Ante mí y ante cualquier crío se decían estas cosas como recitan las leyes quienes opositan: sin pensar sin son justas o no. Mis padres nunca lo hicieron, gracias, pero a mi alrededor todos me exigían que me sentara con las piernas cerradas, que no preguntara nada sobre sexo y no encontré la manera de que algunos adultos contestaran a mis dudas más básicas sin que yo viera en sus caras las ganas de partirme la mía. En cambio, soltaban esas frases sobre mujeres llorosas y maltratadas, sin plantearse cuáles eran las bases de su moral. Y esa normalidad hacía posible el martirio.

«Cuando bailaba era libre. Era yo», dice la Chana en el documental de Stojevic. Cuando la oigo decir eso no puedo evitar recordar que mi abuela, ya con ochenta años y de visita en mi casa, le pidió a mi madre permiso para dormir desnuda. Era lo que más le gustaba del mundo y jamás lo había hecho. Algo tan sencillo como dormir sin ropa. No pudo por varios motivos que resumiré así: cuando enviudó su madre, muchos años atrás, ambas compartieron habitación hasta la muerte

de mi bisabuela. Luego la compartió conmigo y con mi hermano porque nos acogió en su casa cuando hicimos el camino de migrar de Barcelona a Baena. Y en los últimos años vivía acompañada de una señora que la cuidaba y con la que también compartió la habitación.

Aquella mujer que conocí en mi infancia y sobre la que se contaba la vida perra a la que la sometía el marido acabó pegándose un tiro con una escopeta. Una vez lo conté a unas amigas y hubo quien pensó que abusaba de mi sangre andaluza para contar esa historia. Como si estas cosas fueran de un lugar o de una clase social. ¿O es que eran del mismo club las cuarenta y ocho a las que mataron sus parejas en 2013?

Cuando aquello pasó yo era muy pequeña y era la primera vez que tenía un suicidio a mano. Pregunté y quise saber, pero no obtuve respuesta. De la humillación y del maltrato se me dio buena cuenta, pero el día que esa pobre mujer decidió poner fin a su tortura, yo no pude saber más, me llevé algún pescozón por preguntar y se enterró el tema como se enterró a la muerta.

BARCELONA

# PÚBER Y AZUL

Ninguna herencia es tan rica como la honestidad.

William Shakespeare,

*Bien está lo que bien acaba*

Hoy, en esta silla incómoda y de plástico, soy feliz. Feliz de otra manera a como lo fui el día que me agarré a una sillita de anea tras oír cantar unos tientos con los que creí que el suelo iba a abrirse bajo mis pies. Fue en la peña flamenca de Baena y, desde entonces, han llovido treinta años, cientos de cantes y han entrado por mis ojos más de mil cuerpos bailando. Pero aquí estoy, en Barcelona y casi intacta, mirando a dos hombres inventarse el flamenco, como si todo fuera nuevo y acabara de nacer, como si nunca hubiera hecho frío, recordándome, por si dudaba, la enorme capacidad de lo jondo para regenerarse.

«¡Azul!», digo cuando Dorantes le saca las primeras notas al piano y lo repito cuando Renaud García-Fons acerca el contrabajo para cargar a medias una seguriya que se me clava en el píloro. «Azul», dice mi estómago y lo apunto en mi cuaderno para dejar constancia de lo que creo un error, pues reconozco los palos, en las tablas hay flamencos, pero la Sala Apolo de Barcelona no suena a rojo ni a negro.

«Azul», digo desde esta sala que los dos tiñen de cobalto, color que solo brota cuando lo jondo suena en mi casa, que es Barcelona, ciudad que es flamenca, siempre lo fue o aún puede serlo dependiendo de a quién le preguntes. Algunos dirán que sí porque aquí nació Carmen Amaya o porque aquí vive y canta Mayte Martín. Ambos podrían ser motivos suficientes, pero no son los míos, o no solamente. Barcelona es mi ciudad elegida, cuando hablo de ella digo «allí» y no «aquí» a pesar de que la habito y la ubico de ese modo porque la amo, pero también me es ajena. Me pasa igual con lo jondo.

Dorantes empieza *El crisol de la noche*, por soleá, y yo apunto en mi cuaderno: «El flamenco es rojizo como la tierra del secadal». Lo escribo para ponerme freno, para no olvidar quién soy, qué me enseñaron. Miro a Dorantes, nieto de la Perrata, sobrino de el Lebrijano, familiar de cantaores y tocaores que escogió el piano. «¿Y si lo que hace no es flamenco?», me digo cayendo en la trampa que me tienden mis mayores, que por conservar las esencias, me han robado sensaciones que he ido descubriendo sola. Y entonces, veo a David meter su mano derecha en el piano y rasgarlo como si fuera guitarra, no teclado, recordando a sus ancestros, pero eligiendo ser libre. Y garabateo: «¿Hay algo más flamenco que una mano hurgando en tripa?», y al hacerlo, en lugar de sangre, me viene a la cabeza el cielo.

Quien dice que el flamenco es cosa de viejos y antiguos no lo ha entendido: es un arte eternamente adolescente, siempre en fase de crecimiento y en constante enfrentamiento con sus padres, muy severos. Es flamenco, claro que Dorantes es flamenco, como lo es Barcelona, pues no

hay ciudad más púber ni calles más ansiosas de ser otras que las tuyas ni cielo que parezca más azul siendo tan gris. Ella me distancia de mí, del sur y del flamenco ampliando mi visión y mis anhelos.

Dorantes y Renaud agradecen el aplauso que acabará en ovación. Ofrecen un bis y luego otro. Sonríen. Pero esa risa no me dice tanto como el pie del pianista, que mira al *backstage*, deseoso de irse. No es descortesía, ni inmodestia. Renaud también gira un poco la cabeza, como buscando la ocasión para marcharse. Y en ese momento en que sospecho que ambos quieren estar ya en otro sitio, me acuerdo de Paco de Lucía: «Toqué mal», dijo tras un concierto en Barcelona en el año 2004 y el periodista le recordó que todas las críticas habían sido buenas. «Sí», dijo él, «pero yo no encontré lo que busco».

«AZUL», escribo en letras grandes y mayúsculas en un cuaderno plagado de crónicas, notas y apuntes con sabores rojos. Y lo escribo porque entiendo que es allí, en Barcelona, donde todo es posible para mí porque es promesa constante, porque no es final, es senda. Como el flamenco de Dorantes, que no se sienta a esperar la herencia, sino que indaga y se regenera: un flamenco que no es solo sangre, también es vena.

Y es azul.



# DOBLAN POR TI

Allí estaba observando como corría el agua de la fuente y como el día corría hacia la tarde, así como la vida de la ciudad corría a la muerte que a nadie espera.

Charles Dickens, *Historia de dos ciudades*

Vago por el centro de la ciudad pensando que esta Barcelona en la que vivo ya no puede sorprenderme. Insisto, paseo por ella, le pregunto cosas, intento que me conteste, la miro y la vuelvo a interrogar, pues hubo años en que me lo contaba todo con solo sugerirle la pregunta. Ahora, desde hace un tiempo, cuando la inquiero sobre sus cosas, hay veces que me devuelve un silencio oxidado.

Subo y luego bajo por la calle del Bisbe donde una turista me da un empujón frontal lo suficientemente fuerte como para tener que llevarme la mano al pecho. Me enfado. Cuando aún me duelo del encontronazo, veo en el suelo unas mantas en las que contemplo la moda ambulante: castañuelas a tres euros de un material pésimo con lunares dibujados a desgana con colores inventados por un cerebro macabro. Las tocan jóvenes pakistaníes con el dedo corazón, como si fueran crótalos, no castañetas, como si el Mediterráneo se hubiera estrechado y obviado las variedades de un instrumento que inventaron los fenicios hace más de tres mil años.

Las castañuelas emiten uno de los muchos sonidos de mi vida. Mi abuela Consuelo tenía unas muy viejas, de ébano, chiquitas como su mano, que sonaban como un duende zascandileando dentro un tonel. Todo en ellas es importante, también el tamaño, pero nadie en esta calle le toma la medida a nadie como deberían hacer, como me hicieron a mí el día que estrené las primeras y una señora gorda y hermosa cogió mis dedos, midió mi palmo y dijo: cuatro. Sentí que descubría algo de mí.

Luego aprendí a tocarlas. Me encantaba repicarlas monótonamente, buscando en el sinfín de golpes idénticos una pauta, una certeza que la adolescencia, haciendo honor a su esencia, me escatimaba. También tenían una marca que me decía cuál de las dos debía tocar con mi mano derecha, estas no, como tampoco tienen el doble hoyo interior en la madera que aligera su peso y le confiere el tronar flamenco ni los largos cordones de algodón con su nudo mágico para fijar el instrumento al pulgar, dedo cuya destreza, como la música, nos distingue de otros primates y nos hace humanos.

Vuelvo a mirar esas castañetas inventadas mientras una mujer joven de aspecto nórdico compra dos pares. Otra que habla español se lleva tres. Me atrevo a preguntarle con interés por qué lo hace. La respuesta es lo de menos. Yo le sonrío, pues es absurdo intentar entender a través de una sola boca qué le pasa a una sociedad que precisa una copia tan mala de un objeto tan humilde.

De pronto, oigo una guitarra. Un joven se ha sentado en un taburete entre la calle del Bisbe y Santa Llúcia y está tocando por bulerías, muy suavecito. Alguna gente lo escucha con atención,

otra pasa rápido y le tira una moneda, otros solo sacan la cámara de fotos y disparan. Qué de tiros se oyen en esta ciudad sin héroes. De pronto, veo un par de policías en el horizonte. Los hombres que venden las castañetas también los huelen porque empiezan a recoger sin aspavientos y el sonido de sus palillos empieza a apagarse. Uno, sin embargo, sigue dándole a los suyos con el dedo corazón de una forma que me resulta un poco burlona.

Poco a poco pierdo el rastro del sonido, o lo confundo, no lo sé, con el silencio oxidado de Barcelona. Y se me hiela la sangre porque comprendo de golpe que a la muerte se la oye, jamás se la ve venir. Que son los oídos a los que hay que entrenar para barruntarla. La muerte se anuncia en una llamada de teléfono, en un último suspiro, en un grito de dolor o quizás de auxilio. Todo palabras. Y esa castañuela horrenda ha sido la encargada de comunicarme lo que le está sucediendo a la ciudad que amo.

# LA NÁUSEA

Ser español es de pobres.  
Javier Pérez Andújar,  
*El País* (28/4/2014)

«Aquí hay gente que ha diseñado el metro, pero no lo ha cogido en su vida». Esa frase explica buena parte de todo lo que quiero explicar hoy. Pero no voy a adelantarme.

Marc Caellas, director de teatro, me llamó un día para pedirme usar el texto de las castañuelas en su nueva obra, *Guiris go home*. Poco antes me había hecho otra oferta: formar parte de un proyecto en el que gente que no es actor ni actriz explica episodios de su vida en los escenarios donde ocurrieron. En mi caso el interés era el flamenco. Me dio pudor, pero su propuesta despertó muchos recuerdos que tenían como escenario esta ciudad y descubrí que algunos tenían mucho que ver con la expropiación que hoy siento.

Uno de esos episodios lo protagoniza mi abuela Consuelo. Ella, más que flamenca, era rumbera y solo una vez no la vi acudir cimbreado las caderas al sonido de una rumba. Fue en 1999, cuando a Jordi Pujol se le ocurrió ir a su barrio a pedir el voto para las elecciones autonómicas que se celebrarían unos días después. Pujol llegó acompañado de Artur Mas y Josep Antoni Duran i Lleida a Nou Barris, considerado cinturón rojo de Barcelona por haber votado en masa a los socialistas desde que se inauguró la democracia. Los líderes de Convergència i Unió (CiU), representantes de la burguesía y el nacionalismo catalanes, fueron a pedir el voto a un barrio obrero y cuajado de yonquis aprovechando un concierto de Los Chunguitos, grupo de rumba carcelaria que dedicaba sus canciones a amores de baratija y a delincuentes como el Vaquilla.

La gente de Nou Barris, donde yo vivía entonces en casa de mi abuela para estudiar en la universidad, fue al concierto como votaba a los socialistas: en masa. Mi abuela no. Mi abuela no entendía qué hacían aquellos políticos en su casa, robándole su música y sus símbolos. A Pujol acabaron abucheándolo cuando intentó elogiar la figura de Camarón de la Isla y su intervención en el acto prácticamente acabó ahí. Yo me acerqué y formé parte del bochorno desde un rincón del parque, ni demasiado cerca ni demasiado lejos, que para eso estudiaba Periodismo. Desde allí también vi como algunos líderes barriales del socialismo aprovechaban el desacierto convergente para poner el viento a su favor, creyendo como solo lo creen algunos políticos que las cagadas admiten reciclaje.

Yo tengo una laringe ineficiente. No siempre me permite expresar lo que me pasa y creo que por eso escribo. También es el motivo de que se me hagan nudos que toman forma de náusea. La que se me hizo en el Parc Central de Nou Barris era intensa y volvió un día de mayo de 2014, durante la clausura del Ciutat Flamenco, un festival organizado por el Taller de Músics en el Mercat de les Flors. *Les trinxeres del 1714* era el título del espectáculo y estaba enmarcado en los

conciertos del Tricentenari, un evento celebrado por la Generalitat de Cataluña para conmemorar los trescientos años de la caída de la ciudad en manos de las tropas de Felipe V durante la guerra de Secesión. Cataluña se había preparado a conciencia para celebrar un año lleno de actos relacionados con la fecha de dicha derrota. «Erem. Som. Serem». Ese era el lema de todos los fastos. «Éramos. Somos. Seremos». Sonaba bien ese verbo sin atributos.

El *show* se presentó como «un homenaje a las capas sociales más desfavorecidas del asedio a Barcelona en la guerra de 1714». Enric Palomar ejerció de director musical y creó unas músicas deliciosas a las que puso voz un joven cantautor de la tierra, Pere Martínez. La propuesta solo contenía tres composiciones centradas en el tema que anunciaba el cartel y pronto pasaron a interpretar letras habituales del repertorio flamenco. Para aumentar la pertinencia del resto de la función se hicieron cosas como presentar el *Carcelero* de Manolo Caracol como un canto «a la impotencia y la libertad» y no como la elegía de un hombre celoso; sustituir a las gaditanas de la letra por alegrías para decir «con las bombas que tiran los fanfarrones se hacen las catalanas tirabuzones»; y aflamencar poemas de Narcís Comadira y Joan Brossa, ambos maravillosamente interpretados por Martínez, pero que me dejaron la sensación de que se había cogido el flamenco por los flecos.

Entre las autoridades estaban el *conseller* de Cultura, Ferran Mascarell, a pesar de que no se le vio el blanco flequillo en ninguno de los demás conciertos. Mascarell había sido militante del Partit dels Socialistes de Catalunya y bajo esas siglas fue concejal de cultura de Barcelona y *conseller* del mismo ámbito en el Govern de la Generalitat que gestionó un tripartito formado por PSC, Esquerra Republicana de Catalunya e Iniciativa per Catalunya en 2006. Solo duró siete meses en el cargo tras los cuales volvió a la empresa privada. Nunca ocultó que formaba parte del ala más catalanista del PSC, quizás por eso, cuando volvió al ruedo público, decidió hacerlo con otro partido, CiU, que para entonces ya había emprendido una senda independentista inimaginable en aquel concierto de Los Chunguitos.

«El chico canta muy bien», me dijo el crítico Luis Troquel cuando comenté la jugada con él a la salida. «Musicalmente es impecable», me dijo el fotógrafo Joan Cortès Benages. No eran esos aspectos los que yo cuestionaba. Pere Martínez canta muy bien y Palomar es un maestro incontestable. No fueron ellos ni sus actuaciones lo que me soliviantó, fue la utilización de unos símbolos para un fin político que poco o nada tienen que ver con el flamenco.

Para saber más sobre el asunto, le pedí una entrevista a Luis Cabrera, director del Taller de Músics, entidad que organiza el festival. «Aquí nadie nos ha presionado», me contestó en referencia al *show* sin que yo pronunciara ese verbo para nada. Él conoce bien Nou Barris, allí vivió y montó la peña Enrique Morente en los sesenta. Es un personaje controvertido, lo sabe y le gusta. Pero el suyo, como la mayoría de eventos y festivales que se celebran en España sean o no flamencos, cuenta con subvenciones que dan unos políticos que no son muy comprensivos con las declaraciones altisonantes.

—El arte debe estar al margen del poder y, a poder ser, contra el poder, no hacerle la pelota — me dice.

—¿Cómo es posible no hacer la pelota a alguien cuando se le piden subvenciones? —le digo yo.

—Eso da igual —contesta Cabrera— porque la subvención debería ser una inversión, no un regalo. Y el palo se rompe por donde está blando y el poder ya sabe a quién apretar. A mí no me va a pasar.

Le pregunto por cómo se ve el flamenco desde las instituciones catalanas:

—En Cataluña hay un sector, que no sé si es grande o no, al que le parece demasiado. Ese pinchazo no gusta, produce rechazo. Y luego... Joder, es que aquí hay gente que ha diseñado el metro, pero no lo ha cogido en su vida.

—¿Me estás diciendo que Cataluña es clasista? —le pregunto para evitar sus rodeos.

—Sí, claro. Cataluña es una sociedad muy clasista y, a diferencia de Andalucía, no lo reconoce.

A Luis le gusta disparar. Y en ese punto acababa de lanzar un tiro que tiene la forma de lo que yo llamo «disfraz de pobre». Lo descubrí al llegar a Barcelona. Ese antifaz lo vi por primera vez en la facultad, donde compañeros míos vestían y actuaban como pordioseros, pero vivían, y gozaban, en zonas y pisos de las zonas altas. Luego fui encontrando más casos: los que se van al barrio del Carmelo a hacer el aperitivo porque es auténtico; los que preguntan «cómo son los obreros» o las que se dan todos los días golpes en el lado izquierdo del pecho y un día te preguntan cómo se hace para ir al ginecólogo en la Seguridad Social. No son pijos, alto. En Barcelona eso no existe. En Barcelona existen disfraces de pobre. Y visto lo visto, también de flamenco.

# SUMA FLAMENCA DE MADRID

# MERCENARIA

Y qué sucedería si aceptase mi amor al dinero y a la gloria.  
Alejandra Pizarnik, *Diarios*

«Oye, ¿cuánto me cobras por una entrevista?».

Quien me habla al teléfono mientras voy en el AVE hacia Madrid no es el director de un medio, sino un cantautor estupendo con una carrera de más de veinte años al que he oído quejarse varias veces de la poca atención que le presta la prensa. Lo respeto porque creo que es honesto con lo que hace, que trabaja como un animal, que tiene una voz preciosa y otras cualidades imprescindibles para ser artista.

«Dime cuánto es, que yo te lo pago».

Como sé que no lo hace con malicia, le explico el procedimiento: partiendo de algún hecho noticioso (saca un disco, estrena *show* o muerde a su perro), yo ofrezco una entrevista a los medios en los que colaboro y, si alguno lo acepta, le pido una cita para hacerle las preguntas. También le explico que él no tiene que pagar nada porque al periodista le paga el medio.

«¿Ah, sí? Entonces, ¿yo no puedo encargarte una entrevista?», pregunta de nuevo.

Sé que si este hombre me llama para «comprar» una entrevista es porque hay medios y periodistas que se la venden. Lo sé como sé que la mayoría de medios que se dedican a lo jondo no pagan nada a quienes escriben y cobrándole al artista es como algunos colegas sacan algo por su trabajo. Esa precariedad es la que lleva a muchos periodistas a trabajar en las dos orillas: como periodistas que firman crónicas y entrevistas a la vez que son jefes de prensa o *community manager* de algún artista. A veces, pocas por suerte, el mismo profesional está en los dos lados al mismo tiempo y por eso alguien que forma parte de la organización de un festival firma la reseña que habla del mismo, o alguien que le lleva la prensa a un cantautor, lo entrevista en su programa sin comentar siquiera que se trata de su representado. Yo, además de mis colaboraciones, trabajo para la Universitat Autònoma de Barcelona haciendo páginas webs y redacto textos para El Molino, cabaret centenario del Paralelo barcelonés. Allí iban mis abuelos, ya padres de cuatro hijos, a ver números picantes o en busca de vodeviles, zarzuelas, circo o cuplés. De todo había en la avenida que se jactaba de ser el Broadway español y en el que las vedetes que entonces reinaban podrían darnos clases a todos para saltarnos sin ser detenidos la ley mordaza. Era una avenida de pillos y listas, de erotismo y de gente que se salía continuamente por la tangente: putas, carteristas, ladronzuelos, gente bien, pobres y, sobre todo, gente con ansias de intuir de qué iba el mundo fuera de unas fronteras cerradas por el dictador Francisco Franco.

Supongo que muchas de las reinas del Paralelo no fueron precarias y autónomas por voluntad propia. Tampoco yo, pues ser tu propia jefa es un mal negocio en España, país que cobra cuotas cada mes y cada tres el IVA ingresos o no ingresos. En mi gremio, si no eres un opinador reputado,

las colaboraciones pueden ir de los treinta a los setenta y cinco euros. A veces hay suerte y alguna revista sube a los cien y hay alguna que también pasa de esa cifra, pero son las excepciones.

Con los medios flamencos me pasó algo parecido a lo que ya conté sobre el machismo: me encontré lo mismo, pero como somos menos, se nota más. Un día, tras una hora de conversación telefónica con la directora de una revista especializada, se me ocurrió preguntar por las tarifas y escuché lo siguiente:

—Ah, no, cariño, yo no pago nada.

Aquella respuesta tuvo al menos algo de gracia. La que viene a continuación no tuvo ninguna:

—¡Mercenaria!

Esa palabra, dirigida a mí, la escuché una tarde en un bar de la calle Comtal de Barcelona que ya no existe. Eran más o menos las seis, hora de meriendas y cafés, aunque a mí lo que estaba a punto de apetecerme era un whisky. Había ido con un hombretón que pasaba de los cincuenta para hablar de mi sueldo, el que me ingresaba cada vez más tarde el Partit dels Comunistes de Catalunya por el trabajo que hacía en su revista, *Avant*. La charla empezó amigablemente y cuando pensé que el hombretón me pediría disculpas por las molestias (no poder pagar el alquiler, las facturas y hacer la compra), me sorprendió con una salida que no esperaba:

—Tienes que entender la situación del partido. ¿O es que eres una mercenaria?

—Yo no soy del partido, a mí me tenéis contratada para haceros un trabajo y tengo que cobrarlo de la misma manera que yo lo hago: puntualmente.

Ahí estalló soltando una retahíla de frases repletas de colectividades que no recuerdo. Lo único que se me grabó de aquel discurso fue aquella palabra: ¡mercenaria! La dijo gritando, lo que provocó que el dueño del bar, que nos conocía a los dos, me echara una mirada con la que se ofreció a mediar. Lo disuadí: eso era algo que iba a tener que hacer sola y sin whisky.

—Entonces, ¿cuándo has dicho que me vas a pagar lo que me debes? —le dije con el tono más calmado que fui capaz de emplear.

No le arranqué una fecha por más que lo intenté, por eso en cuanto tuve fuerzas, me despegué del taburete y me fui a casa, donde acabé de aborrecer cualquier trinchera, donde lo único que he visto siempre es gente tirando de piel ajena para cubrir las llagas de su coherencia.

El Informe Anual de la Profesión Periodística de 2014 dice que los autónomos ya somos un 30 %. Lo peor es que muchos de esos autónomos trabajan para un solo medio, así que en realidad, forman una plantilla encubierta, que es un modo muy barato para la empresa de contratar y despedir. También dice el informe que mis colegas han creado por su cuenta cuatrocientos seis medios de comunicación, lo que me hace acordarme de unos que en la facultad gritaban con denuedo consignas contra el capital y en cuanto abrieron su propia revista decidieron no pagarle a ningún colaborador. Cuando años después han podido o querido hacerlo, sus tarifas son de treinta euros por pieza. Precio bruto. Y no están solos. Recuerdo el día que alguien me llamó para «hacer textos», no para escribirlos, a tres euros. «Cien al mes tendrías que hacer». Y pagar autónomos y restarle el 21 % del IRPF. Lo cuento siempre como de risa, pero ese día lloré como una imbécil por no haber mandado a la mierda a la mujer que me hizo la oferta.

Cada nuevo medio que se crea, casi todos impulsados por periodistas que se quedaron en paro en la crisis económica, nace sabiendo que no va a ganar un céntimo, pero lo hace con la esperanza de no perder algo importante para los que nos exponemos públicamente: presencia en los medios. Y con ese argumento atraen a sus colaboradores, que aceptan la oferta porque algo hay que hacer y



porque, en cierta manera, es verdad que si dejas de publicar, dejas de existir.

Yo formé parte de una de esas estafas. Ninguno de los que nos embarcamos en *Sigueleyendo.es* queríamos engañar a nadie, solo queríamos salir adelante, pero para hacerlo caímos en algo que siempre habíamos criticado. En aquella web escribió gente importante y alguna que ni siquiera precisaba de nuestro escaparate. Todos vinieron gracias a Cristina Fallarás, que daba la cara y era el motivo por el que muchos podían desear tener un hueco en nuestras páginas. Nombro este ejemplo y no otros porque en este estuve yo y fui culpable. Y porque de allí, de alguna forma, nacen este viaje y estas páginas. Allí, Fallarás me dio la patada en el culo que todo el que llora precisa. Allí empecé a tomarme en serio lo de escribir sobre flamenco. Entre otras cosas, quién lo diría, para dejar de llorar.

# ESTÁ A PUNTO DE SUCEDER

Todo es presente. Ayer no terminará sino mañana, y mañana empezó hace diez mil años.  
William Faulkner, *Intruso en el polvo*

«¿Este muchacho toma drogas?». Eso preguntó uno de los organizadores del Festival de La Unión el año que Israel Galván se atrevió a mostrar por primera vez el estilo que lo lanzaría al estrellato en todo el mundo, tan personal que sería injusto llamarlo a secas flamenco contemporáneo. Fue unos años después de que ganara el premio Desplante en 1996, cuando aún transitaba las veredas de la ortodoxia e iba de la mano de su padre, el también bailar José Galván, a quien le costó un disgusto ver los vericuetos que su vástago le estaba inventando al flamenco.

Me acuerdo de él cuando acudo al primer concierto de la Suma, el que ofrece Rocío Márquez en el Teatro de la Abadía. Esta joven ya ha empezado a hacer su aportación al flamenco del siglo XXI, es de Huelva y tiene una voz hermosa que gusta también a los músicos *indies*, que la reclaman en sus proyectos. Su gusto por hacer las cosas a su manera y el hecho de que otros artistas fuera del minúsculo mundo flamenco la reclamen suscitan recelos entre los más clásicos. A todo el mundo no le gustan los cambios.

Márquez cala también entre un público no flamenco, música que a pesar de nacer en España es repudiada por algunos sectores que la consideran vulgar o de catetos. Sin ir más lejos, a los conservatorios españoles aún les cuesta admitirla como materia. La primera cátedra de guitarra flamenca se abrió en Holanda, no en España. Fue en el Codarts de Róterdam, en 1985, y la dirige desde entonces el tocaor Paco Peña.

La onubense ha hecho hoy una cosa con la que es difícil atinar: adaptar poesía culta a palos flamencos. Y se ha atrevido incluso con Shakespeare, a quien milagrosamente le ha quedado bien lo jondo, cuando a veces ni a Federico García Lorca son capaces los flamencos de meterlo en ese territorio con acierto.

«Algo está a punto de suceder» es la frase que no me pertenece y me retumba en la cabeza mientras camino de vuelta a casa y pienso en lo mucho que le cuesta al mundo jondo dar pasos hacia delante. «Algo está a punto de suceder», escribió William Faulkner en *Santuario* no sé si pensando en que pareciera un ruego o una advertencia, pero que en el caso del flamenco, a veces, parece una condena.

No pasa solo con Márquez, también las pasan canutas cantaores como Arcángel, alumno de Enrique Morente, con mucho ya demostrado, pero a quien se le pide con frecuencia que pida perdón por sus atrevimientos. Sus ejemplos me han hecho pensar en algo que yo llamo «tiempo jondo» y que consiste en lo siguiente: los aficionados al flamenco ortodoxo, esos que llaman puristas, no esperan nada porque sus genios han muerto y solo les queda llorarlos. Esos flamencos saben que su paraíso se perdió, que jamás habrá otro Antonio Mairena, ni otra Niña de los Peines

y que cualquiera que hoy cante bien, palidece ante el recuerdo de aquellos astros. Este concepto del tiempo tiene una ventaja: no cabe esperar nada. Pero también imposibilita los cambios y por eso al flamenco le cuesta más que a otras músicas aceptarlos.

En esta carrera hacia atrás, lo tiene peor el cante, pues el baile no tiene una Biblia como la que dejó escrita Antonio Mairena al alimón con Ricardo Molina: *Mundo y formas del cante flamenco*, donde sentaron las bases de lo que es o no es flamenco y apostaron claramente por las voces gitanas y los estilos más serios o los palos menos festeros. Esa tesis, también conocida como gitanista, tiene herederos acérrimos que hacen de ella bandera, y a ratos, también bayoneta.

A Galván y a Rocío Molina les riñen menos, primero porque el baile tiene un margen que no le permiten al cante, y segundo porque ambos están a una distancia sideral de los demás artistas. La ortodoxia sabe que hace siglos que se fueron del camino, pero también que conocen las bases al detalle, tanto que cuando las rompen, no las violan, simplemente las superan.

A Molina no se atreven a enmendarle la plana porque la temen. Porque cuando la ven bailar por derecho, es decir, como gusta a los puristas, se quedan todos cuajados, mudos, conscientes de que no hay nada que puedan enseñarle a una mujer que fue Premio Nacional de Danza con veintiséis años y que ha superado ya incluso a Galván, mayor que ella y tan hábil, que ni cuando deforma las formas y las líneas del baile hasta lo grotesco, deja de ser flamenco. Yo siempre recuerdo un día que, sin reconocerlo, lo vi pasar ante mí, de espaldas, en chándal y sin botines y quise gritarle «ole».

Los cantaores lo tiene peor. Por eso Rocío Márquez, con una voz imponente, conocimiento de técnica e historia del cante y una valía musical incontestable tiene aún que vencer las resistencias que ponen los guardianes de la esencia: son los que se aferran a las manecillas del reloj con la misma fuerza que otros en España empuñan su cargo o la Constitución. El flamenco al menos no es bipartidista, pues además de mairenistas y marchenistas, cuenta con caracoleros, aunque sigue costando que se acepten nuevos ismos. Es mala señal que ni Camarón de la Isla, que más que seguidores tuvo fieles, lo consiguiera.

# ENAMORARSE

Si el arte existe, es porque él nos proporciona algo que las horas cotidianas no nos dan.

María Zambrano,

*La confesión: género literario*

Hay hombres que parecen cargar con un castigo y Jony lo guarda en sus ojeras. Este gitano de ojos claros con el pelo lacio y rubio nació en Granada, aunque viendo cómo tumba su cuerpo contra una pared para fumarse un cigarro, no pienso en las cuevas del Sacromonte, sino en alguno de los vástagos ficticios que tuvo Nicholas Ray, tan incómodos todos en este mundo. Fueron James Dean o Robert Mitchum, también Sterling Hayden en *Johnny Guitar* interpretando al tipo que cambió su pistola por una guitarra y cuyo *look* y tormento parece emular este hombre sin darse cuenta. Lleva una camisa negra, abierta hasta el cuarto botón, que deja al descubierto un pecho lampiño y un hueco en el esternón en el que me parece verle el corazón latiendo. Alguien silba y Jony Cortés suelta el pitillo, entra en el local, se sube al escenario y arranca a cantar como si fuera la última vez que puede hacerlo.

Está sentado ante un gran mural costumbrista en el que se ven mujeres jóvenes de otra época bailando con vestidos floreados, mantoncillos y sonrisas que contrastan con el tono de agotamiento de los ojos de Jony, de quien intento adivinar, solo mirándolo, qué le ha pasado para cantar de ese modo que me estremece. Está ahí, pero está ausente, y es el sujeto perfecto al que observar esta noche en que vengo al tablao Villa Rosa de noche y sola, algo insólito en este ambiente y este país.

Me recibe y me hace de anfitrión Jonatan Miró, bailaror de extensa carrera que hoy es director artístico de esta casa, abierta en 1911, aunque fue en 1919 cuando estrenó el aspecto que tiene hoy y con el que rememora los arcos de la Alhambra. En las paredes, muchos de los azulejos pintados a todo color son obra del mismo ceramista que fabricó las placas de las calles del centro de Madrid: Antonio Ruiz de Luna. Porque este tablao es gato, no puede ser andaluz, todo en él parece un decorado, pero es a la vez bohemio, capitalino, de ningún lado. Tiene ese aspecto de guarida construida para esconder al que huye. Yo misma esta noche, pues en Madrid me fugo de Barcelona, de la vida cotidiana y de mí misma y me ayudan a lograrlo la iluminación, el color, el techo bajo y su gente.

En este local pegado a la plaza de Santa Ana, donde cada vez hay más turistas y más mendigos, cambia el cuadro flamenco de mes en mes y es una oportunidad maravillosa para ver a bailaoras como Irene la Sentío muy de cerca. Es gente que actúa en primeras plazas, pero que vuelve al tablao para completar su sueldo, también su aprendizaje. Hoy danza vestida de rojo, después de negro, cubierta de flecos, poseída por uno de esos momentos que algunos llaman duende y que no es más que el instante en que el artista está a gusto y el espectador lo capta: un momento de

comuni3n, un entenderse. La miro con ah3nco, envidiando su pierna derecha, tan elocuente, pues creo que con ella ser3a posible espantar muchos fantasmas.

La miro y ella me ve, me sonr3e, y con ese 3nico choque de pupilas yo comprendo la querencia de Alfonso XIII por las artistas. Lo visualizo entre esas paredes coloridas tom3ndose un vino mientras ve3a bailar a mujeres bellas situadas dos pelda3os por encima de su corona. De 3l me acuerdo porque los responsables del tablao siempre explican que entre el Palacio Real y el Villa Rosa hab3a en tiempos del monarca un pasadizo subterr3neo para que 3l entrara discretamente cuando quisiera. Esa imagen me trastorna m3s que el vino, pues ma3ana Espa3a estrena rey: Felipe, bisnieto de este que hoy me acompa3a cual espectro.

Sale a escena Olga Llorente, catalana emigrada a Madrid, donde encuentra m3s escenarios que en su tierra para mostrar su danza y vivir de ella. La miro y no le pierdo la pista a Jony, a quien sigo con impertinencia, y pienso en lo f3cil que es enamorarse de alguien que se sube a una tarima. A m3 esa pasi3n suele durarme lo que dura el *show*, pero a don Alfonso le dio un hijo llamado don Leandro, un personaje medi3tico t3o del rey Juan Carlos I e hijo de Carmen Moragas, una actriz de la 3poca que comparti3 con Alfonso una relaci3n larga en el tiempo. Felipe de Borb3n, hoy pr3ncipe y ma3ana rey, ha dado pocos esc3ndalos. Casi ninguno. Solo una vez tuvo una novia que, cuenta la prensa, le obligaron a dejar. Se llamaba Eva Sannum, era modelo y era noruega, y eso le pareci3 demasiado a su padre, casado con una griega. De sangre azul, maticemos.

No se sabe si entre las flamencas tuvo Alfonso XIII amor3os, pero si iba tanto como dicen al Villa Rosa, algo habr3a que le gustaba adem3s del vino. Hay pocas referencias fiables sobre el acercamiento del rey a lo jondo y una se puede leer en la investigaci3n que hizo Manuel Boh3rquez en *La Ni3a de los Peines en casa de los Pav3n*, donde explica que a la cantaora se la promocionaba en la capital diciendo que era la 3nica del g3nero que hab3a cantado ante el monarca. Hay historias e intrahistorias m3s interesantes que analizar el traje que llevar3 puesto Letizia, a quien le queda una noche para ser reina de Espa3a, pero cuestan m3s trabajo y nadie las paga.

El vino ahuyenta a Alfonso XIII y me trae la imagen de esa mujer, ayer periodista, hoy consorte y ma3ana reina, y la imagino a mi lado, disfrutando de este momento como si tambi3n huyera. Habr3a sido esta una buena fiesta para despedirse de su condici3n de princesa. Acaba la funci3n y el elenco baja. Mir3 me pidi3 que no me fuera sin despedirme, as3 que me quedo en mi silla cuando todo ha terminado y veo a los camareros retirar mi plato, mi copa y preparar la mesa para el siguiente fugitivo.

Nada es igual con la luz encendida. Veo a Irene y a Olga bajar a los camarinos, quitarse los pendientes y las peinas centelleantes. Las oigo re3r y comentar alg3n fallo. Jony, que no dice nada, desciende con ellas. Sigue con su pose taciturna, y enseguida lo veo aparecer de nuevo escaleras arriba, salir a la calle, apostarse en el quicio de la puerta y encender otro cigarro.

Jonatan Mir3 tambi3n surge del suelo, con el pelo suelto y esa guapura suya con la que provoca que los hombres agachen los hombros cuando est3n a su lado. Le doy un beso y las gracias, comentamos la actuaci3n y se ofrece para ense3arme los camarinos y presentarme a los artistas que no conozco. Digo que no y me doy cuenta de que he sido maleducada, pero no lo he dicho yo, lo ha dicho otra dentro de m3 que tiene miedo. No me entiendo: yo quiero conocerlo todo, verlo todo, contarlo todo, pero en cuanto Jonatan me ha ofrecido descubrir el refugio de quienes hacen posible el m3o, quiero salir corriendo. No quiero conocer sus risas, no quiero saber qui3nes son,

no quiero verlos sin maquillaje, ni en chándal, ni sin mantón.

Intento una explicación que no me haga quedar como una tarada ante ese hombre tan listo y tan bello y no me sale. Optó por darle un abrazo y veo en sus ojos que, de algún modo, me entiende. Salgo a las bravas, casi corriendo hacia unas calles donde ya es noche cerrada. «Hola», me dice una voz ya familiar y, cuando me giro y veo a Jony, le respondo «adiós» y aprieto el paso.

# AUTO SACRAMENTAL

Gran Dios, que ignoramos,  
abrevia el tiempo.  
Y haz que te conozcamos,  
pues te creemos.  
Calderón de la Barca,  
*A Dios por razón de estado*

—Mira qué guapa estás hoy, que has ido a la peluquería y todo. Seguro que vas a ver al Felipe y a la Letizia...

—Qué va, qué disparate. Es que vamos a misa y a comer juntos, que es Corpus Christi.

A veces no creo la suerte que tengo. A veces me acerco buscando algo y lo encuentro. Y otras me acerco sin saber qué busco y encuentro lo que ni soñaba. Me ha pasado en el amor, también en mi profesión. No sé si es nervio, olfato o pura chamba. Pero hoy, 19 de junio de 2014, he dado vueltas buscando un sitio abierto para desayunar y he encontrado un argumento para este texto.

Como solo he visto abiertos los Starbucks, he pensado que la coronación del nuevo rey ha anulado la vida cotidiana para hacer más irreal el día. Después de rodear varias manzanas, he visto abierta una cafetería en la calle Castelló, donde he escuchado esa conversación entre la camarera y una señora mayor, altísima y delgada como solo lo son las señoras de su generación que nunca han tenido que lavar a mano sus bragas. «Corpus Christi», ha dicho y he repetido sus palabras para mis adentros invocando a la parte de mí que no cree en conspiraciones.

Muchas veces bendigo haber ido a un colegio de monjas a pesar de que decir estas cosas es sacrilegio pagano donde me muevo. Lo bendigo cada día, no por la fe que me inculcaron, que fue ninguna, sino por unos conocimientos que no son mágicos, sino históricos. A consecuencia de esa formación, «Corpus Christi» y «auto sacramental» van para mí de la mano. Y siendo una cría con poquitos recursos, emigrada al revés, del norte al sur, que sufría la soledad impuesta de ser la nueva y disfrutaba la buscada por cuestiones de carácter, esas obras con moraleja, férreas y sin aristas daban orden a mi vida. Como el colegio de monjas.

Hacer hablar a la Justicia, a la Verdad o al Matrimonio me pareció siendo chica un acierto incomparable. En lugar de leer cuentos, opté por esas alegorías ubicadas en un tiempo que no es real ni ficticio, es tiempo maravilloso. Me colgué de Calderón de la Barca, tanto como de los New Kids on the Block o de Camarón. Azorín, que era muy listo, escribió *Angelita*, un auto sacramental del siglo XX y quiso llamarlo, con mucho tino, «comedia del tiempo», pues sabía que en el auto ese es el centro de la historia, un tiempo que trasciende la realidad, tanto y de tal manera que, como dice el autor en el prólogo, «se sitúa justo al lado del símbolo». He aquí una definición de tiempo maravilloso.

Hoy hay coronación y es Corpus Christi. La fiesta de la eucaristía, de la comunión y del auto sacramental, en el que se narra la lucha del bien contra el mal y siempre vencen los buenos. No puede ser casual que uno de los grandes cambios se haga en día tan marcado, un día de fiesta, casi irreal, como son todos los días en los que no se trabaja. Echo un ojo a los diarios digitales, veo a la nueva reina vestida de blanco y a las infantas como aún van las niñas en los pueblos los días de procesión: con vestidos de un color angelical y peinadas sin modernez, listas para recibir el cuerpo de Cristo, amén.

Para la coronación, las alta instancias del Estado han elegido el día del Corpus Christi para hacer un primer cambio y darle paso al futuro. Felipe de Borbón, ya Felipe VI, solo cita la fe en su discurso para decir que la tiene en la unidad de España y no hace ni una referencia a la Iglesia. Yo no creo en Dios, pero lo veo: es Corpus Christi y hostia y corona son los protagonistas del auto sacramental que hoy nos rebota la tele.



# TENDER AL CERO

Y hay una diferencia enorme entre pagar y ser pagado. El acto de pagar es, acaso, la condena más fastidiosa que nos legaron los dos ladrones del vergel.  
Herman Melville, *Moby Dick*

«Oye, tú. ¿Te sobra alguna entrada? ¿Me la das? Si no, te la compro por la mitad de lo que vale».

Me habla un hombre que pasa de los cincuenta mientras hago tiempo ante la puerta del Teatro Español para entrar a escuchar un trío monumental: José Menese, Rancapino y Fernando de la Morena. Los tres suman más de dos siglos de historia de cante flamenco y yo cuento en la puerta a los menores de veinte, hoy numerosos.

El público joven escasea en algunos eventos flamencos y hoy me alegra ver que estos dinosaurios, enormes en sus respectivos estilos, tienen más prédica que el flamenco de regaliz que impone la televisión. Flamenco de regaliz no es el de Miguel Poveda, que clava las notas y cambia de tercio de un modo que ya quisieran algunos más ortodoxos. No es santo de mi devoción, pero le atacan tanto, que me pongo de su lado. Poveda cometió el error que suele cometer todo aquel a quien se le ofrece el firmamento: aceptarlo. Tuvo que decidir si dedicaba su música y sus esfuerzos a gustarle a un público reducido o a uno muy amplio y optó por lo segundo ampliando su repertorio con coplas y boleros y en lo flamenco, tirando a ratos por los palos considerados menos serios.

Flamenco de regaliz es para mí el que casi siempre expelen las televisiones. A veces es gente que sabe cantar flamenco, pero que rebaja el nivel, con lo que la mayor parte de las veces, también la calidad y el gusto. Hay otra variedad más indigesta: la de los artistas que aflamencan todo lo que sale de su boca: pop, rock e incluso soul. Si tiene un apellido ilustre en el flamenco, sale hasta en los telediarios. Si no, le buscan un adorno: flor en el pelo, clavel en la solapa, un traje de lunares o un buen acompañamiento, a poder ser, unas palmas, pues total, pocos distinguen los tanguillos de Cádiz de una rumba.

En la puerta del Español, me encuentro con un conocido, charlamos de lo mucho que esos tres artistas atesoran y nos preguntamos cómo repartirán sobre el escenario sus importancias. Porque Menese es el flamenco comprometido, capaz de resumir la historia política y social de España en cuatro cantes; Rancapino es la voz afónica y la mirada risueña, el flamenco agramatical, que dice faltas de ortografía con las que pellizca y toca el hueso; y De la Morena es Jerez, poco más hay que decir, porque tiene el son y el criterio de una tierra que parece que pasa de todo, pero en realidad, lo único que hace es dirimir cada asunto con la importancia que merece.

Suena el aviso para entrar en la sala y el hombre que pide entradas vuelve a acercarse. Me lo he encontrado cada noche en la puerta del Teatro Español y no está solo: una mujer algo mayor que él y otros dos señores de su quinta se dirigen a mí y a cualquier periodista o invitado con el mismo

propósito. En la quinta noche que me aborda, pienso que esto merece una charla, invierto los papeles y le interrogo.

Tiene cincuenta y ocho años, es de Madrid y le encanta el flamenco. Sabe que mucha gente viene invitada a estas obras y que, generalmente, suele tener dos entradas. «Así entro gratis». Lo dice con satisfacción, con el regocijo de quien ha conseguido burlar un abuso, salirse con la suya o sentirse más listo que el resto. «Si puedo ahorrármelo, ¿para qué pagarlo?», me dice buscando mi complicidad, pero a mí el asunto no me hace gracia. Me recuerda a algo que leí hace poco:

La pregunta no es: «¿cuánto cuesta esto?», sino: «¿por qué debo pagarlo?». Y no es arrogancia o una cuestión de derecho, es experiencia. Han crecido en el mundo de lo gratis.

Lo escribió Chris Anderson en *Gratis, el futuro de un precio radical* donde habla de quienes tienen ahora menos de treinta años, la generación que ya nació digital. Conocen el concepto «gratis» aplicado casi siempre a la red, dice, y eso les hace descargar música pirata sin que les tiemble el ratón, pero no van en hordas a robar supermercados. Anderson explica cómo hacer negocio de lo que no cuesta nada. Habla sobre todo de negocios virtuales y sobre la música opina que hay que adaptarse a la nueva realidad, usar la imaginación y cobrar por otra cosa que no sea el disco. Por ejemplo, por las camisetas o el concierto. El problema que le veo a su teoría es que en España el chico de veinte se descarga el disco y el tipo de cincuenta y ocho aborda a los invitados para entrar por el mismo precio que le ha costado el CD: cero.

«En Andalucía se pagaban cachés desproporcionados a flamencos que llenaban teatros porque las entradas se regalaban. Eso destrozó el mercado. Por eso en Sevilla ya no paga nadie por ir a un *show* de la Bienal. Y con los discos pasa igual, los quieren, pero regalados o copiados, no pagando por ellos». Esto que me cuenta Chemi López, director de La Droguería Music, un sello pequeño especializado en flamenco, pone de manifiesto que la querencia por lo gratuito no viene solo de la irrupción digital. Y algo de razón tendrá cuando en el Anuario de Estadísticas Culturales de 2014 que edita el ministerio competente, Andalucía aparece como la primera comunidad autónoma en número de empresas culturales en España, pero es la undécima en gasto cultural por usuario.

Eso también ha ayudado a que los cachés hayan quedado limitados a las grandes estrellas. Poveda es un ejemplo, de ahí también los ataques. Los demás han tenido que buscar formas de seguir cobrando por su trabajo: algunos se reparten la taquilla con el teatro, otros alquilan una sala y se encargan de vender las entradas y, a veces, cuando el local lo permite, lo que se reparten propietario del local y artista no es el precio de una entrada, sino lo recaudado en el bar. Anderson lo llama «sacar dinero de lo gratis» y cree que a veces falta imaginación para obtenerlo.

En el descanso de dos días que he hecho en la Suma Flamenca de Madrid para bajar a Córdoba a cubrir la Noche Blanca del Flamenco he visto a Diego Carrasco, a Tomasito, a Sara Baras, a Arcángel y a José Mercé entre otros. Y no me ha hecho falta pase de prensa porque todo era gratis. Bueno, gratis no, lo paga el Ayuntamiento de la ciudad para que los ciudadanos acudan sin soltar un euro. El homenajeador, claro, era Paco de Lucía y pasé la noche de concierto en concierto, sin dar abasto a verlos todos y a algunos, como la actuación de Sara Baras en la plaza de las Tendillas no conseguí ni acercarme. Todo lleno. Me dije que ojalá estuvieran así los teatros en Madrid cuando volviera a la Suma Flamenca. Pero es un hecho, la música pagada gusta menos.

El público se queja de lo caros que son el cine y el teatro. Es el motivo por el que las salas ofrecen días a 2,99 y han creado tarjetas de socio que al menos en Barcelona permiten ir a salas en versión original por 5,50 euros casi cualquier día. En el teatro funciona mejor un descuento puntual o el ya clásico dos por uno. Con la música, según un informe de la web Ticketea sobre los seis primeros meses de 2014, el precio medio de un concierto en España es de 13,08 euros. Barcelona y Madrid son las ciudades más caras y Sevilla se encuentra entre las más baratas. A mí no me parece que 13,08 euros sea un precio exorbitante, pero sé que hay quien no puede gastarlo con alegría. La cifra extraída por Ticketea no contempla actos como el de la Noche Blanca y reconocen que en su estudio no se recogen las entradas regalo o los conciertos gratuitos, que representan ya el 20 % de toda la oferta.

Yo aprendí de márgenes ayudando a mi madre en la carnicería que montó en Baena. Mi madre es una vendedora excelente, la mejor que he conocido, y me obligaba a dar cuñitas de queso a las clientas o tener un detalle con las más fieles para que conocieran un producto y se aficionaran a él. «Para ganar, a veces hay que perder», me decía y me dice todavía. Me quedó clarísimo, pero echando la vista atrás me pregunto qué habría sido de mi familia si a mi madre se le hubiera ocurrido regalar el 20 % de sus mercancías entre la clientela.

«Cuando algo reduce su precio a la mitad cada año, el cero es inevitable», dice Anderson en su libro y pienso en quién tiene la culpa de todo esto. ¿El arte de regaliz? ¿El IVA cultural? ¿La crisis? ¿Los periodistas que piden entradas para ir a espectáculos que no cubrirán? ¿Festivales que regalan entradas a autoridades o amigos que solo van a figurar? ¿Artistas que aceptan condiciones de trabajo inaceptables o el público que piratea discos, solo quiere dos por uno o entradas gratis?

Hay una maldad que se me viene a la mente: oposiciones a artista y limitar así el número de gente que quiera cantar, bailar, pintar o escribir un libro. Pero es obvio que ni yo la secundaria.

BARCELONA

# TRADUCIR LAS URGENCIAS

El deber del crítico es decirle al público en qué consiste una obra, no en sugerirle a su autor lo que pudo o debió haber escrito.  
W. H. Auden, *El arte de leer*

Hoy me ha reñido un jefe de prensa. Me ha llamado para decirme que no he sido «cariñosa» en la crónica que he escrito sobre su bailaora. Ha debido confundirme con otra persona. Al responderle secamente que yo el cariño lo reservo para casa, ha reído y ha cambiado de tema.

Crecí creyendo que mi pasión era traducir de un idioma extraño al mío lo que cayera en mis manos. Tenía ansias de aprender inglés, francés y ruso. Quería leer a Charles Dickens en su idioma y, mientras leía, traducirlo al mío. Me excitaba pensar que un día podría hurgar en Dostoievski y confirmar mis sospechas de que su idioma no era solo ruso, sino solo suyo. Deseaba, después de leerlo y aprehenderlo, traducirlo en un papel y que otros lo leyeran. Me equivocaba. Vislumbré mi error cuando Juana, la vecina de casi ochenta años que vivía dos casas más arriba de mi abuela Concha, vino a pedirme que le explicara el contenido de una carta del Ayuntamiento. Ahí me di cuenta de que había traducciones más urgentes que las que yo soñaba. Tenía trece años y comprendí el contenido de una misiva escrita para confundir, no para informar, a aquella anciana que hacía solo tres años que había aprendido a leer. Recuerdo la felicidad en sus ojos el día que lo anunció. Y la que sentí yo cuando vino a explicárnoslo.

El día que llegó la carta del Ayuntamiento, no entendí del todo el enfado de Juana. Pensé que la carta mareaba a Juana porque no tenía dibujos, condición que siempre ponía cuando me pedía libros prestados. Enfurruñada y sentada al brasero que movía mi abuela, acabó por decir: «Si yo ya sé leer, ¿por qué no entiendo esta carta?». Mi abuela despachó el asunto con soltura: «Juana, porque están escritas para que no se entiendan, mujer, porque quieren buscarnos la ruina». Yo sabía que eso no era así, incluso en esos años, en que aún tenía la piel verde y no practicaba el cinismo en ninguno de sus grados. Pero nuestra vecina, que había pasado una guerra, dos partos sin ayuda médica y mucha hambre, aceptó aquella respuesta.

Yo intuía que allí había algo más que mala intención. Había chapuza. Y quise traducir con más ganas que nunca. Me di cuenta de que esa traslación en la que yo pensaba no pasaba por aprender otras lenguas. Como creí que quizás pasara por conocer las leyes, quise estudiar Derecho. Fue una calentura breve. Tuve otra etapa en la que pensé que, para conocer la mente, había que conocer los cuerpos y quise ser médico. Pero me di cuenta de que, a fuerza de haberme pasado la vida leyendo a grandes hipocondríacos, me había convertido en una. Si me costaba mantener el control de mis males, ¿cómo iba a tratar con carne ajena?

Como la muerte es algo que obsesiona a cualquier adolescente, también quise ser forense. El rechazo que sentí a mi alrededor me disuadió de ello. Ser inspectora de Hacienda también fue

algo que durante un tiempo llamó mi atención. Fiscalizar, averiguar, meter el dedo. Pero cuando vi que en mi entorno también se defraudaba, me angustió pensar en meterle la falange acusadora en el bolsillo a personas como Juana.

No lo sabía entonces, pero buscaba un lugar, un método, una posición desde la que traducir lo importante. Y que me permitiera agilidad y premura. Mis primeros experimentos, sin saber hacia dónde me llevarían, los hice con el flamenco. Lo primero que me atrajo no fue, como yo digo a veces haciéndome la coqueta, la belleza de Vicente Amigo, ni el temblor que me producía el cante. Lo que me atrajo fue no comprenderlo. Y quise traducirlo. Primero para mí, luego para otros. Y no buscaba el significado exacto del «tirititrán», pues la traducción que ansiaba no era literal.

Me gusta el papel del crítico, son los expertos que yo leo y que me gustan, que me enseñan y de quienes aprendo. También de los músicos que son capaces de explicar su mundo aunque no empleen para ello ni una palabra. Pero mi objetivo es otro. Yo sí empleo las palabras y tengo el compromiso de que se entienda sea lo que sea que explique con ellas. Me gusta, resumiendo y volviendo a Juana y a su recuerdo, explicarle a la gente cosas que, aun sabiendo leer, no comprenden.

Hay quien cree que lo que hacemos los periodistas es simplificar las cosas. Yo considero que solo quienes buscan comprender a fondo lo que observan pueden explicarlo a otros de forma sencilla. Y no, no me dedico a hacer resúmenes. Mis ojos son míos y cualquiera puede ver, pero no mirar igual que yo. Ni yo igual que los demás.

Otros piensan que los periodistas se meten en esto para hacer amigos. No es mi caso. Soy periodista, lugar desde el que traduzco urgencias. No soy corporativista y creo en la utilidad del fuego amigo, no para matar ni con el objetivo de hacer daño. A veces apunto para abajo, porque no creo que nadie sea bueno del todo, pero no disparo. No soy ambigua en nada, lo saben quienes me conocen, pero soy incapaz de ponerme sin dudar de ningún lado cuando me zambullo en una historia y vuelvo para contarla. Cuando eso no me pasa, sé que no ahondé suficiente.

Creerse ciegamente lo que alguien cuenta y elogiar sin matizar y con locura son cosas que solo se hacen por amor. Y yo no escribo por eso.

# FESTIVAL DE CANTE DE LAS MINAS DE LA UNIÓN (MURCIA)

# EN MI HAMBRE MANDO YO

Pero, después de todo, ¿por qué intentar ser artista? —prosiguió el joven—. Es tan pobre...  
¡tan pobre!

Henry James, *La lección del maestro*

«¿Conoces el mandamiento que dice “Honrarás a tu padre y a tu madre”? Pues yo canto por eso». Mayte Martín fue la primera mujer forastera en ganar el Festival del Cante de La Unión. Antes lo había conseguido dos veces consecutivas Esperanza Fernández, cantaora del pueblo que aloja el festival flamenco más longevo y más conocido del mundo. Pero Mayte llegó allí con veintidós años, procedente de Cataluña sin moño ni volantes, vestida con traje negro, cantó en primera persona del masculino singular y pulverizó hasta las rocas de las minas más cercanas.

La Unión no es fácil. Este es mi primer viaje y no hay nadie que no me haya puesto sobre aviso. No es terreno amable por la rigidez y la ortodoxia, tampoco lo es para el análisis y en los últimos años aún menos porque no hay quien no arrugue el entrecejo cuando se mienta su nombre y pocos son los que no dicen, aseguran o insinúan que la organización premia a quien quiere, no a quien lo merece. No lo dudo, pero miro el plantel de ganadores y saco las uñas: a la mayoría yo no les pondría ni un «pero».

Mayte es un buen ejemplo. La primera vez que hablé con ella fue para una entrevista que debía durar una hora que se multiplicó por cinco. Me recibió en su casa, amable y anfitriona pero encogida. Después de ofrecerme un café, se sentó sobre un sofá en el que subió los pies y rodeó todo su cuerpo con los brazos. Temí lo peor: que no quisiera hablar, que se cerrara, que se pusiera borde. Me sorprendió lo mucho que midió cada palabra, lo mucho que duraba el inicio de cada frase y la forma de mirarme mientras la interrogaba. Creo que también ella se temía lo peor.

Pero se fue soltando, primero sacó de su escondite una pierna, luego la otra. Después descruzó los brazos y las frases comenzaron a fluirle, de manera que empecé a reconocer en la que hablaba a la mujer que tantas veces había escuchado cantar. Me habló de su infancia, de cómo se dormía en clase y de cómo pasaba los recreos con su madre, que se acercaba a llevarle el bocadillo y con la que se quedaba hablando todo ese rato. Me dio la impresión de que los demás niños debían quedársele cortos y quizás es de esa carencia que le quedan, cuando está a gusto, formas y bromas de cría y una carcajada tan pura que es imposible decir la edad que tiene cuando la suelta.

La primera vez que visitó La Unión tenía doce años. Iba con sus padres de vacaciones a Cartagena y el destino quiso que cantara en el festival para sustituir a la bailaora Merche Esmeralda, que falló en el último momento. Diez años más tarde, volvió a esa tierra murciana a llevarse bajo el brazo el premio más importante. Después acometió algunas empresas considerables: grabar con Tete Montoliu y enamorarlo o registrar uno de los discos más hermosos que se han hecho en España: *Al cantar a Manuel*. Ese álbum, compuesto con poemas del



periodista y escritor malagueño Manuel Alcántara, es el que mejor la define. No tanto por sus letras, como por la cabezonería en que se convirtió parirlo. El resultado fue un milagro, no hay mucho más que decir, hay que escucharlo.

«Estoy harta de que todo el mundo me respete y nadie me haga ni puto caso», me confesó Mayte sueltos ya cuerpo, corazón y lengua. «Cansada de que me traten como a un perro verde porque no acepto seguir modas ni hago todo lo que me piden para vender más», dijo abriéndose como una garra. «Para mí la música es un acto de amor y no puedo colaborar con gente a la que no respeto», dijo lanzando el zarpazo y a toda velocidad. Cuando le pregunté por qué había optado por el *crowdfunding*, retomó el pulso anterior: «Para mí no es la última opción, es la única».

Martín montó Cosas de Dos, su propio sello para grabar lo que quiere. Se ahorra así los intermediarios, pero es un trabajo que comporta hacer de administrativa, de periodista, de empresaria, de todo. Es una tendencia al alza que tiene variantes: los que no se ven con fuerzas ni ganas de hacer todo eso, confían su trabajo a sellos independientes con los que firman un contrato 360°. Este acuerdo implica que la compañía se compromete a hacerse cargo de todo lo relacionado con el disco: grabación, producción, venta, gira y trato con los medios. «Siempre merece la pena el esfuerzo de autoeditarse porque sin sacar disco nadie conocería el trabajo artístico que estás realizando», me dijo en una ocasión el guitarrista Amir John Haddad, el Amir, que harto de tener que convencer a todo el mundo, decidió guisárselo y comérselo solo. Otros, como Rosario la Tremendita, se han puesto estudio propio para editar lo que les plazca. También es el caso del pianista Dorantes: «Como tengo mi estudio y mis medios, no me veo obligado a recurrir al *crowdfunding*, pues no sé qué consecuencias puede tener, hasta qué punto puede afectar a la libertad creativa del artista».

El *crowdfunding* se ha convertido en una forma muy socorrida de pedir ayuda sin que parezca que uno pide limosna. Se ofrece un trabajo, una obra de arte y se pide, por favor, que se pague por ella para poder hacerla. «Mis seguidores me regalan libertad para crear», dice Martín convencida y agradecida de tener una legión de fieles que le dan calor y apoyo. Ellos son el motivo por el que yo siempre recomiendo a los melómanos acudir a sus conciertos, pero también a sociólogos y antropólogos, porque es un trabajo de campo observar la devoción que el público le profesa.

Preparo la maleta para irme a La Unión, viaje que me da tanto respeto como la lista de galardonados que este festival ha dado: Mayte Martín, Israel Galván, Rocío Márquez, Ana Morales, Eduardo Guerrero, Curro Piñana, Daniel Casares... Quizás sea verdad que siempre me quedan ganas para llevar la contraria, pero con esos nombres en mente y la voz radiante y potente de Martín cantando versos de Alcántara, me embarco hacia La Unión como si volviera a cursar «segundo de jazmines».

# TRES PASOS ADELANTE Y DOS ATRÁS

El viaje de ida siempre parece más largo que el de vuelta.  
David Mamet, *Los tres usos del cuchillo*

Hace tres meses viajé para despedirme de mi abuela Concha y camino de Córdoba, en el AVE, entendí que ese tren veloz más que acortar distancias, maquilla orígenes. En cuatro horas me desplazé de una punta de España a la otra y confirmé que el tiempo en realidad siempre es espacio. Ha venido ese chispazo a mi cabeza porque voy camino de Cartagena para asistir al concurso de cante flamenco de La Unión en un tren que va a tardar ocho horas en hacer un trayecto algo más corto. Qué país tan dispar. Tanto como mis abuelas, a pesar de haber nacido en la misma época y en lugares nada distantes.

Mi abuela Consuelo, a la que le gustaba usar su segundo nombre, Marina, era murciana. Murciana, morena y bajita. Y acumulaba risa en la cintura, de avispa siempre, a pesar de sus seis partos y sus cuatro hijos. Llegó con seis o siete años a Barcelona y, mientras traquetea el tren, pienso en cómo sería aquel trayecto que hicieron sus padres para abandonar Lorca. Explicaba el catedrático de Geografía J. Vila Valentí en «La aportación murciana al crecimiento poblacional de Barcelona» que muchos se vinieron porque en el campo faltaba agua, y porque a pesar de la mortalidad, las tasas de natalidad eran muy elevadas y había muchas bocas que alimentar. Pero Barcelona era un mito poderosísimo:

En la región murciana llegó a existir el «mito Barcelona» como emporio de bienestar y riqueza, con unas actividades que permitían sueldos relativamente altos, estables y de fácil obtención. El mito, además, llega en estos decenios a los pueblos rurales, incluso a algunos hasta ahora herméticamente cerrados en sí mismos, gracias a los caminos carreteros. No olvidemos que la carretera y el automóvil, mucho más que el ferrocarril, que solo influye directamente en los jalones de su trazado, han abierto nuestros pueblos al mundo exterior. Y esta apertura se efectuó, en numerosos sectores rurales murcianos, bajo la fama, casi mítica, de la capital catalana.

Yo no puedo imaginar qué imagen mitológica se habían construido mis bisabuelos como para irse a aumentar el 13,4 % de murcianos que había en la capital catalana en los primeros años treinta, época en la que Consuelo llegó a Barcelona. El porcentaje es muy elevado. Solo hay que comparar el dato con otro actual para hacerse una idea: el censo barcelonés con fecha de enero de 2014 dice que hay un 16,7 % de población extranjera contando todas las nacionalidades.

Yo trabajé tres años cubriendo exclusivamente temas de inmigración. Y oí salvajadas de todos

los calibres. También por parte de los inmigrantes, grupo en el que descubrí que siempre hay un grupúsculo dispuesto a aprovecharse de los que llegaron después que ellos. Pero los mayores desatinos los oí de las autoridades, gentes con formación, con una responsabilidad pública y la barriga suficientemente llena como para no permitirles frases mezquinas.

Desde el concejal que me dijo que él no era racista porque le gustaba mucho el futbolista Zidane hasta el que prefería a los africanos que los andaluces porque eran «más propensos a aprender catalán» y no tenían ese empeño «idiota» en celebrar su Feria de Abril a toda costa. También hubo una señora, con cargo en la Generalitat, que me dijo que las extranjeras contribuían a rebajar nuestras cotas de feminismo. Ninguno pensó jamás cuando me hablaba «en confianza» que podía insultarme. A ninguno le tembló el labio porque daban por sentado que yo estaba de su parte. No se pararon jamás a pensar de dónde venía yo, qué comía, quién me había parido, con quién me juntaba o qué había tenido que pasar para llegar a estar sentada ante ellos.

Alguna vez he dicho a mis amigos que en este viaje voy en busca de agua, o sea, de metáforas. Y hoy, a pesar de ir en tren y camino de alguna parte, me he quedado enganchada en un recuerdo repleto de rastrojos. Creo que ha sido porque al llegar a Valencia el convoy se ha parado, ha echado a andar de nuevo y lo ha hecho marcha atrás. Y ha vuelto a suceder lo mismo al llegar a San Gabriel.

Tres pasos adelante y dos atrás. Tres adelante y dos atrás. Este es el compás del país en el que vivo, un lugar donde quien dirige el baile no sabe bailar ni mira a los ojos ni mantiene el ritmo y que, cuando da un paso en falso sin ni siquiera saberlo, en lugar de pisarte un pie, te chafa, a veces el cuello y otras, el alma.

# AZUFRE, LITERALMENTE

Era como si hubiese quedado suspendido allí para siempre, incapaz de avanzar o retroceder.

Fue consciente hasta del propio aliento. Incluso el aire parecía pertenecer a otro.

Flannery O'Connor, *Sangre sabia*

El aire de La Unión huele a azufre. Unas diecinueve mil almas lo respiran cada día, sobre todo por la noche, pues La Unión es, desde hace años, una ciudad dormitorio. Es agosto y las calles principales están adornadas con motivos luminosos, cables de luz que unen una acera con su opuesta, hilo que une e iguala y que se teje en los pueblos españoles cuando llegan las verbenas. Aquí las bombillitas simulan ser guitarras, que para algo se celebra el Festival de Cante de las Minas y este año ha muerto Paco de Lucía.

El pueblo viste de fiesta, pero ha vivido tiempos mejores. El sol que rebota con impertinencia en las paredes de sus casas bajas y blancas es lo único que queda de un lugar que fue conocido a finales del siglo XIX como la «California española». Lo bautizaron así por la luz, el calor y los numerosos y prolíficos yacimientos mineros que hicieron crecer la economía y la población de Herrerías y El Garbanzal de tal manera, que ambos municipios pidieron independizarse de Cartagena. Así nació La Unión.

El acontecimiento que hoy me atrae hasta aquí es mundialmente conocido, o eso dice el consistorio, que cifra el impacto mediático en trescientos veinte millones de personas repartidas por veintisiete países y este año ha recibido la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes. Pero el trasiego de gente es el de una fiesta patronal como otra cualquiera. Es verdad que hay extranjeros: hablo con una pareja de holandeses, escucho en el bar a un grupo de alemanes y veo a los de Japón, mujeres en su mayoría, caminando por las calles unionenses de dos en dos. Cuesta imaginar cómo era este lugar a finales del XIX, cuando llegaban andaluces por miles, sobre todo de Almería, para trabajar en la mina y en las industrias adyacentes y la gente venía a pensar y a sufrir, pues el festival no existía y solo unos cuantos podían viajar por gusto.

«¿A qué huele?». Le pregunto al taxista que me lleva de Cartagena a La Unión cuando al entrar en el pueblo abro la ventanilla para saber qué olor tienen el espesor del aire y ese campo amarillento. «Es azufre, señorita». Le pido que reduzca la marcha, quiero oler lo que veo y mirar con detenimiento ese cielo que parece que va a caerse, como si estuviera a punto de llover hierro. Me mira desconcertado porque quince minutos antes, en la puerta del hotel de Cartagena donde me alojo, le he pedido que corriera porque llego tarde. Me lo dice el reloj, pero también el calendario, pues desde que tengo uso de razón flamenca quise venir y no pude.

Llego a la puerta del mercado, donde se celebra el concurso, uno que ha conseguido inventar ediciones en Japón, India y Estados Unidos para hacer girar la rueda del flamenco todo el año. «Desestacionalizar» lo llaman, como en la jerga turística. Porque eso es lo que es este festival

desde hace tiempo: un evento que atrae a turistas extranjeros y medios de comunicación.

A los pocos minutos, me topo con un miembro del jurado. Es José Manuel Gamboa, que opina que hoy es todo más profesional. «Antes metían en el jurado a alguien del pueblo cuando no querían que ganara este o aquel. Esa persona le daba una puntuación tan baja al que el jurado prefería que daba igual lo que tú votaras: ese o esa ya no ganaba». Asegura que eso ya no pasa. Esta noche Gamboa no lleva en la mano el cronómetro de la Sociedad General de Autores (SCAE), entidad para la que trabaja, y con el que cuenta los minutos, es decir, los euros, que deben pagar los festivales, productoras y artistas por los derechos de autor. Mientras caigo en ese detalle, veo a la madre y al padre de una chica que actúa esta noche esperando que acabe mi charla con él para abordarlo. El acoso de las familias a los miembros del jurado y la organización es insoportable. Lo compruebo observando a la gente por la corta calle donde están los chiringuitos que desembocan en el mercado. Y lo compruebo cuando se corre la voz de que soy periodista y quieren hablar conmigo para ver qué pienso, qué sé o qué puedo hacer por ellos.

Veo a ese matrimonio impaciente, acercándose sin disimulo. Los veo y me imagino a ese padre y a esa madre adorando a la hija mientras se estira el moño ante el espejo, se pone las flores y sueña con ser Estrella Morente. Los veo e imagino todo eso y me acuerdo de Luis Carandell y de los niños prodigio, como lo era el Niño de Olivares, criatura de mi quinta que cantaba por las peñas flamencas andaluzas causando admiración por su corta edad. La madre de una amiga mía lloraba cada vez que lo veía, se hacía cruces de que un cuerpo tan chico pudiera sacar esa voz y decir esas letras. Esas letras. Son letras, las del flamenco, de puro desgarró. Y los críos las dicen repitiéndolas e imitando los gestos de sus mayores.

Quizás intuyen de qué va el asunto, yo era muy pequeña la primera vez que escuché unos tientos y creí que me estaba sacudiendo un terremoto. Pero si hubiera salido a la calle a repetirle a alguien lo escuchado, no habría hecho más que imitar el temblor sentido un momento antes. De esos niños imitadores hay a montones en el flamenco. Los *talent shows* de la televisión los han extendido a todos los géneros y los han puesto en la parrilla. Atroz.

Gamboa hace lo que puede por zafarse de los padres. Se ha prohibido a sí mismo comentar con nadie sus opiniones sobre los participantes, mucho menos hablar con ellos o con sus familias. Esa noche le veo tener un encontronazo con Enrique el Extremeño, un cantaor avezado que quiere comentarle alguna cosa. Gamboa se niega y Enrique acaba enfadándose y gritando:

—¡Pensaba que éramos amigos!

Amigos. En el flamenco se declina fácilmente esa palabra. Pero aquí en La Unión huele a azufre, elemento químico que estropea la plata y las amistades.

# CALCOPIRITA

Pasados ya cien años  
nadie el lugar conoce:  
la angustia allí sufrida  
es una paz inmóvil.  
Emily Dickinson

Ya he dicho que mi abuela Consuelo era murciana, aunque ella nunca lo hubiera expresado así. Consuelo era una catalana nacida en Murcia, así lo explicaba a quien quería saber. Se fue siendo muy pequeña y no volvió más que una vez, a enseñarle a su marido esta tierra, tan extraña para ella como para él. En este punto de mi vida hay algo que me empuja a ir a lugares relacionados con mi familia y me emociono con cosas como pisar la misma tierra que alumbró a mi abuela hace casi un siglo. Lo hago porque hay días en que pongo fe en el contexto y creo que pisar el suelo que otros pisan es comprenderlos.

Me alojo en Cartagena, así que en mi segundo día descarto el taxi y cojo un tren de vía estrecha para ir a La Unión a echarle un vistazo a la Agrupa Vicenta, la única mina visitable. Al llegar, bajo de ese tren en miniatura que tarda quince minutos en hacer un trayecto que me trae a la cabeza los paisajes y las gentes de *Deadwood*, una serie de televisión sobre la fundación del Oeste americano que vi tres veces en un año porque la maldad de ficción es para mí adictiva.

Subo al Parque Minero, compro mi entrada y un bus con forma de tren turístico nos lleva montaña arriba. Cogemos el Camino del 33, que se construyó para paliar el desempleo de la zona y lleva ese nombre porque se acabó en ese año. Sin metáforas. El viaje nos permite ver el paisaje de La Unión, amarillento, como si en lugar de tierra, el suelo estuviera cubierto de paja. Hay algunos árboles, extrañas manchas verdes en medio de ese paraje tan estéril, pero el guía nos da la explicación: están puestos a la fuerza.

Llegamos a la boca de la mina, donde nos dan un casco. Sin ni siquiera poner el pie dentro, ya se oyen golpes de martillos y pequeñas explosiones. También puestos a la fuerza. Todo ese ruido es simulado para que el visitante se haga una idea de lo que allí pasaba no hace tanto. La caracterización de los sonidos es caricaturesca. El olor no hay que fingirlo, sale del suelo. A los mineros vivos los representan muñecos colocados en algunas esquinas. A los muertos hay que imaginarlos. Es algo que a mí no me cuesta. Cuando entro en una iglesia, en una casa antigua o en un ascensor, suelo hacer un retrato inmediato de cuánta gente murió en esos lugares y de qué forma. Es un nervio esotérico que tienen algunas mujeres de mi familia materna. A veces me lo creo, otras solo lo escucho. Y es un gran avance porque hasta los veintitantos lo rechacé como reniega una de sus padres para no parecer frágil.

Un rato antes de llegar aquí disfrutaba pensando en que iba a entrar a una mina. Me atraen los

oficios duros. Por eso me llaman el mar y los marineros y sigo leyendo con regodeo a Joseph Conrad y a Herman Melville. Tenía casi más ganas de ir a la mina que de escuchar flamenco en este viaje, pero nada más entrar en estas grutas se me han quitado las ansias. Me he sentido imbécil buscando un padecer que yo no sufro ni probablemente sufra en mi vida. Esa obsesión mía de ahondar en la violencia solo es comparable en intensidad a la estupidez que siento cuando la encuentro. ¿Qué hago aquí? ¿A qué he venido? Me lo pregunto casi siempre que salgo de casa y llego a cualquier lugar. A cualquiera.

He querido huir, pero soy de las que prefiere sentirse imbécil que parecer cobarde, es parte de mi lado masculino, que tanto me sobresa. Me ayuda a olvidarme de mí el relato del guía, que explica que la última mina dejó de operar en 1994, que de toda la pirita que se machacaba solo un 8 % era aprovechable, que «gacha» y «escoria» son los nombres que reciben los restos del proceso de fundición. Antes de acabar la ruta, nos dejan un rato ante un estanque de agua que hay dentro de la mina. Es rojiza, por la pirita. La gente pone a sus hijos a posar para hacerles una foto. En esas mismas galerías también murieron críos: se les enviaba a picar por las grutas más estrechas en las que no cabían los hombres. Suena una explosión fingida y los pequeñajos ríen.

Antes de acabar descubro qué es el cantinaje: la obligación que tenían los mineros de gastar lo cobrado en los negocios del jefe. Así pagaban, lo que explica que el sindicalismo aquí fuera amarillo y católico. «Unos por otros y Dios por todos». Ese era el lema del Sindicato Católico Obrero de Mineros Españoles, que fundó su sección en La Unión en 1918 y que defendía más al propietario que al currante y más a Dios que a sus ovejas.<sup>1</sup>

Tras la ruta hay un turno de preguntas y no puedo resistirme a hacer la mía. «¿Sobrevive alguno de los herederos de estas minas?». Me responden que sí y después de saber el daño ocasionado en tanta gente en forma de accidentes, abusos y maltrato pregunto por cómo se llevan con el resto del pueblo y qué herencia han dejado. «Todos saben lo que ha pasado y de dónde vienen. Pero todo se olvida». El guía ríe, los visitantes también.

Para salir, informa nuestro cicerone, seguimos la misma senda que seguía el mineral desde que lo extraían hasta que lo llevaban a la fundición. Me he sentido como un trocito de piedra y me han venido a la cabeza los días en el campo cordobés al que íbamos a comer y a correr y a disfrutar del domingo, días en los que yo recolectaba minerales y flores y seguía empeñada en encontrar un cacho de calcopirita. Calcopirita, qué nombre tan hermoso para una infancia.

Ya fuera, nos llevan a un bar en el que tomamos algo para aliviar el calor. En el interior hay fotos de flamencos de todos los tiempos. Veo una en la que Miguel Poveda habla con Pencho Cros, la estrella del lugar, ganador en tres ocasiones de la Lámpara Minera, máximo galardón del festival. Sus cantes y su manera de ejecutarlos se siguen al pie de la letra en La Unión. Quien más fielmente los reproduce gana. Lo he visto en las actuaciones, en las que el palo de la minera da más puntos cuanto más se parece al de Cros, que a su vez heredó formas y maneras de otro histórico: Rojo el Alpargatero.

Lo de La Unión con ese asunto es obsesivo. Tanto, que durante el año hay aspirantes que se pasan semanas en el pueblo ensayando con Rosendo, guitarrista unionense, para aprender al detalle las maneras de Cros y Esperanza Fernández, otra de las grandes del flamenco de la tierra y hermana de Rosendo. Algunos, sin querer dar su nombre, me dicen que es un negocio, otros más confiados creen que es la manera de conservar una tradición y no dejar que se contamine ni se pierda. Me

acuerdo del guía y me pregunto cómo elige un pueblo lo que olvida.

Salgo de la mina, subo en el trenecito turístico que me devolverá hasta el pueblo y me entran ganas de llorar. Todos los decorados tienen ese efecto en mí. Hay algo que se me ha clavado en la nariz impertinentemente y no es el azufre. Mina y mar se han mezclado en mi cabeza nada más acometer la Agrupa Vicenta. Y es un olor lo que ha provocado esa asociación, no la dureza de dos oficios que en realidad no conozco. Siempre fui aplicada en ciencias y sé que piritita y agua marina contienen hierro. Un día al preguntar a una profesora por qué la sangre sabía a eso, ella me contestó que no iba por ahí chupando metales. Yo sabía, sin necesidad de lamer ninguno, que la sangre sabe a hierro. Me lo decía su olor. Y ahí, en un tren de juguete que circula por un decorado, comprendo que en las minas, como en el mar, a lo que huele es a sangre.

<sup>1</sup> M.<sup>a</sup> Egea Bruno, P. (1982). «Sindicalismo cristiano en la sierra minera de Cartagena y en la diócesis de Orihuela. Dos modelos de comportamiento sindical en el Levante español. (1890-1920)». *Anales de Historia Contemporánea*. Recuperado de <http://revistas.um.es/>



# PAÑUELOS Y FLORES

El señorito chulo tiene sobre su pueblo la superioridad de conocerlo. Sabe que puede hacer de él lo que quiera, siempre que lo haga en su nombre.

Eugenio Noel,  
*Señoritos chulos, toreros,  
fenómenos, gitanos y flamencos*

Es el momento de conocer a los finalistas. Después de ver la última actuación y marcar en la libreta mis favoritos, salgo del mercado y me siento en un chiringuito. Se acerca Rafa Manjavacas, director de *Deflamenco.com*, revista para la que cubro el festival con el que comentamos cosas que no se deben decir en voz alta y pedimos al cielo azufrado que el jurado no tarde horas en dar los nombres de los elegidos.

Cuando vemos venir hacia nosotros a José Manuel Gamboa, sabemos que la deliberación ha terminado. Se sienta y su presencia atrae a parte de la organización del festival. Entre ellos, el concejal de Cultura, Julio García Cegarra, responsable del evento. Con él están sus acompañantes que, como en casi todos los pueblos, suelen ser muchos. Rafa y yo esperamos el nombre de los finalistas con ganas de volver al hotel y descansar. Esos hombres, sentados en sillas de plástico, hablan con suficiencia, como si supieran algo que otros no saben. Y es verdad, saben quién opta al premio y quién se vuelve a su casa. El equipo de prensa del festival está desaparecido desde hace rato, no contesta a los mensajes que enviamos los periodistas, y tampoco cuelga los nombres en la web. Viendo nuestro desespero, alguien de la mesa y con permiso del concejal, nos enseña en su móvil el nombre de los elegidos y Rafa los publica en su revista.

Solo un minuto tarda en oírse el primer grito de alegría y unos segundos después, llega más discreto el primer llanto. Pasan tres horas antes de que veamos aparecer con la mano en alto a Joselito Acedo, un joven guitarrista de Sevilla. Pero ahí está, surgiendo de una mal iluminada plaza, un tipo enfadado dispuesto a arrearle un manotazo a quien se ponga por delante.

—¡No sabéis valorar el esfuerzo de la chiquilla! ¡Cabrones!

Gamboa está de espaldas a la escena, yo de frente. Veo venir a Joselito, que se refiere a María Moreno, su pareja y bailaora no clasificada, pero su gesto y sus gritos no me violentan tanto como la tranquilidad que muestran mis compañeros de mesa. Ni intuyo que a la mano levantada de ese joven la va a frenar otra sin ni siquiera tocarla: la del concejal, que con tan solo un gesto hace aparecer dos guardias de la nada.

Los dos hombretones interceptan al chico y lo apartan de la mesa con cuidado y, aunque es imposible no oír sus insultos y sus acusaciones de tongo, ninguno de los presentes ha levantado una ceja.

—Qué mal perder tienen algunos —dice un secuaz del concejal, frase que provoca la risa del

resto y zanja el asunto.

No es la primera vez que veo escenas como esta. Siendo president de la Generalitat, Jordi Pujol mandaba callar a todo el mundo como si fuera el padre de todos, periodistas, amigos, enemigos, políticos y ciudadanos. Pero jamás oí que nadie se refiriera a él con la palabra «cacique». Debe de ser un término para la gente de campo o cuando el sujeto habita en la zona sur o pobre de España o cuando no forma parte de una derecha cosmopolita, es decir, nacionalista. La prensa la ha aplicado estos últimos años al presidente de la Diputación de Valencia, Carlos Fabra; a Manuel Chaves, expresidente de la Junta de Andalucía; a José Luis Baltar, expresidente de la Diputación de Ourense; y a Esperanza Aguirre, expresidenta de la Comunidad de Madrid. Pero no a Pujol. Ni siquiera cuando se ha descubierto que tenía dinero sin declarar en Andorra y que los veintitrés años que pasó en el cargo le sirvieron a él, a su mujer y a sus siete hijos para sacar unos beneficios cuya cuantía aún se desconoce.<sup>1</sup>

Llevando mi cabeza hasta el presente, no puedo evitar acordarme de una palabra que España ha aprendido con la crisis: «escrache», un tipo de protesta intimidatoria hecha ante las casas de cargos públicos. Duraron poco, la ley mordaza las frenó en seco. En esta mesa de plástico, el grupo ha vuelto rápidamente a sus asuntos, es decir, a sus teléfonos móviles. Gamboa es quizás el más afectado por lo que acabamos de vivir. Yo siento cierta excitación tras ver cómo un gesto ha bastado para crear una pantalla que nos ha puesto a salvo. Estar cerca de esa mano debe dar seguridad y debe ser el motivo por el que ese concejal, y también el alcalde, van acompañados siempre de un gran número de esbirros.

Me levanto para dar un paseo y observar desde cierta distancia la escena y a sus protagonistas. Siete sillas blancas de plástico en torno a una mesa de plástico ocupadas por cinco hombres que enseguida son siete porque la mía y la de Rafa no tardan ni un minuto en ser tomadas. Los observo reír y charlar, fumar y beber, mirándose entre ellos, hacia el interior del círculo que han formado. Ni una vez siquiera los veo mirar hacia fuera, hacia esa calle que rodea el mercado y la mesa y que ahora está llena de gente que siente que ha fracasado y otra que aspira a la gloria.

Respiro hondo y el olor metálico de la tierra se mezcla en mi paladar con el regusto de la cerveza. Me pregunto cómo se canta con la garganta impregnada de azufre, cómo se vive. Doy un paseo para ver el panorama que ha dejado la clasificación y en una esquina veo llorar a una cantaora que no ha pasado a la final. La familia la rodea y le dice que no llore, que todo está comprado y la consuela diciéndole que no es culpa suya. No tener presente que el principal objetivo de todo concurso, sea flamenco, literario o periodístico es reforzar y garantizar la continuidad del círculo que lo organiza es de una inocencia castigable.

No hay forma de quedarse en ningún bando. Me repele esa mano que acaba de salvarnos de la ira del que ha perdido. Pero acercarme a esa chica desconsolada tampoco puedo. A ella le sobran pañuelos, como al concejal le sobran flores.

1 El 25 de julio de 2014, el que fuera presidente de la Generalitat de Catalunya durante veintitrés años, Jordi Pujol Soley, confesó que su familia había mantenido una herencia millonaria sin declarar en bancos extranjeros. La confesión fue el inicio de una serie de investigaciones que han ido destapando una red clientelar en la que algunos hijos del expresidente han actuado como facilitadores para determinadas empresas que tenían contratos con la Administración llevándose a cambio alguna contraprestación. A día de hoy se investigan todavía los negocios y las cuentas de toda la familia, a la que la Unidad de Delincuencia Económica y Financiera de la Policía Nacional acusa de actuar como un grupo criminal y señala al primogénito, Jordi Pujol Ferrusola, como el cabecilla.

# AUTOESTIMA

Nadie podrá despreciarme mejor que yo. Esa es mi conquista.  
Gabriela Wiener, *Llamada perdida*

El día de la final decido airearme y darme una vuelta por Cartagena. Quedo con Manjavacas para ir a Portmán, pero antes marchó sola para ver la ciudad que me aloja y elijo bar como hago si es de día y estoy en una ciudad extraña: metiéndome donde se meta la primera pareja que me recuerde a mis padres.

Desayuno, repito café y me voy al centro. Yo suelo mirar, y después buscar los datos. A veces lo hago al revés, por pura desconfianza en mi mirada, pero lo habitual es que pasee, que mire, que pregunte un poco a ciegas y luego vuelva a documentar lo que ya he visto. Es lo contrario que hago con las entrevistas. Voy camino del centro y antes de llegar al casco viejo, observo calles un tanto dejadas, no viejas pero sí algo sucias. Veo un tipo de abandono que he visto en algunas personas, a veces, en malas rachas, también en mi propio espejo. Es un punto de espesor, no es mugre, ni es irremediable. Es la falta de expectativa comiéndose la luz. En seres y en ciudades, en pueblos y en personas. Es falta de autoestima.

El centro de Cartagena simula ser feliz, pero no engaña a una mirada cabrona como la que hoy practico. La luz es intensa y es imposible no tener la tentación de enamorarse de elementos tan reconocibles en cualquier ciudad bañada por el Mediterráneo. Pero algo no funciona. Es la misma sensación que tengo cuando viajo a Italia, que me apasiona porque me gusta, porque refleja una belleza de la que formo parte, porque es intensa y está viva pero parece muerta. El mismo motivo y la misma pega que me lleva y me expulsa de Andalucía.

Mientras me siento a descansar de dos horas de caminata, el paro se acerca al 28 % en esta ciudad y también en la comarca. Este pico en la Encuesta de Población Activa no es raro aquí. A mediados de los noventa buena parte de la población perdió el empleo como consecuencia de la reconversión industrial. La situación se puso tan tensa que en una manifestación a la que acudieron, entre otros, algunos de los trescientos despedidos de la empresa Portmán Golf, acabó quemado el edificio de la Asamblea Regional.

Las empresas de fertilizantes y los astilleros también amenazaban entonces con marcharse y para colmo, en 1994, dejó de funcionar la última mina de La Unión. En Cartagena poco pudo hacer el Ayuntamiento, con una deuda de más de doce mil millones de pesetas para un presupuesto de poco más de nueve mil, y sin recursos para invertir. Aun así, la crisis económica que llegó a España en 2007 iba a ser más dura que aquellos años. Si en 1996 once mil parados eran una desgracia para una ciudad que además no encontraba la manera de reinventar su agricultura, los veinte mil que se contaban en 2011 solo eran el inicio de lo que estaba por venir. Los sindicatos reclamaban y reclaman un nuevo modelo productivo para la ciudad. Pero ¿de dónde sacarlo?

«Es la tierra de la falta de imaginación, de la cultura del subsidio. Aquí, una de cada diez casas tiene plantas de marihuana en el patio. Y el que no las tiene, roba melones». Ese es el resumen que me hace Javi, un tipo de cuarenta y cinco años, autónomo, que vive en La Unión y que no quiere que diga su apellido ni a qué se dedica. He hablado mucho con él estos días, conoce el entorno y se fue de él para luego volver. Ahora es padre y su mirada es más crítica pero también más temerosa. Se expresa crudamente y aunque percibo algo de rencor en sus palabras, las cifras y otros testimonios le dan la razón. Un ejemplo es la dependienta del Sephora que hay en la calle Mayor de Cartagena. Es simpática y se interesa, algo extrañada, por lo que hago en su ciudad. «Vengo a La Unión», le digo. «Ah, claro, al festival. Me extrañaba que vinieras aquí con lo poco que hay que hacer».

Aquí sucede lo mismo que en muchos sitios del sur y también del norte: solo funcionan los bares. En España, la crisis ha aumentado la rotación de estos negocios, pero no ha cambiado lo que gastan los españoles en tabernas y restaurantes: un tercio de los cien mil millones que gastamos en alimentarnos. Lo dice el informe sobre datos de consumo alimentario que publicó en 2014 el Ministerio de Agricultura, que también dice que, de media, los españoles vamos al bar tres veces por semana. En los de Cartagena, solo veo visitantes, muchos nacionales y pocos extranjeros, supongo que porque los de aquí han huido del calor y de la cotidianidad.

Pero ¿qué pasa el resto del año? ¿Cuál es el modelo de ciudad y cómo se cambia? Para hallarlo, en Cartagena han recurrido, entre otras cosas, a los servicios de una consultora. Ideas frescas, gente que está en el mundo, no contaminada por los automatismos de la administración. El colmo de ese recurso es pagar por dar ideas. Quizás porque soy autónoma desde hace tiempo, me cuesta creer que alguien tenga que pensar por mí lo que voy a hacer. Cartagena ha elegido a Idensity para planear el futuro. Es la misma que planea un *cluster halal* en Córdoba, y que aquí se ha inventado el barrio de los Emprendedores, «orientado a promover la *emprededuría*, acciones de regeneración urbana y cohesión social». A estas alturas y con elecciones municipales a la vuelta de la esquina, no se sabe qué parte del proyecto se hará realidad y cuál quedará reducida al PowerPoint en el que se ofreció y se vendió la idea.

Con el PowerPoint se han hecho muchos chistes, muchos más que con el PDF, colaborador necesario de las corruptelas de estos años en España. En ese formato se redactan informes, análisis y evaluaciones y también las facturas con las que se cobran las ideas. En 2007, año de inicio de la crisis que aún dura, la Generalitat catalana encargó 2.967 informes a externos, que fueron investigados por el Tribunal Superior de Justicia de Catalunya tras una denuncia del sindicato Manos Limpias. Tras analizar trescientos informes, se determinó que al menos cuarenta y nueve eran inútiles o podrían haberse hecho por personal a sueldo del ente público. En esos textos se llegó a analizar el cultivo de la chufa y a hacerle un seguimiento a la almeja brillante, por 11.965 y 27.956 euros respectivamente.

«Esos documentos no valen ni el papel en el que están escritos». La frase la dijo el juez José Castro en referencia a uno de esos informes, uno que el yerno del rey Juan Carlos, Iñaki Urdangarín, le vendió a la Generalitat Valenciana por 241.000 euros y que copió de Internet. El texto investigado forma parte de los documentos analizados en el caso Babel, una causa de corrupción política que implica también a la hija del monarca, Cristina de Borbón. Por si alguien no se hace una idea de lo que puede hacerse con 241.000 euros, aquí van varios ejemplos: es el dinero destinado por la Junta de Castilla y León a poner al día las obras de treinta y cuatro

colegios; es la subvención que da el Ministerio de Cultura para mantener y promocionar las diecisiete ciudades españolas que son Patrimonio de la Humanidad; también es la cuantía que destinó en 2013 el Área de Asuntos Sociales del Ayuntamiento de Sevilla a convenios con comedores sociales y la misma que el Ayuntamiento de Navalmoral de la Mata dedicó a contratar a parados de larga duración en riesgo de exclusión en el mismo año. Todas esas cosas se pueden hacer con lo que costó aquel informe que, para mayor despropósito, nadie sabe decirle al juez dónde encontrarlo.

Pero los informes en España no solo están para alimentar al pariente, a veces sirven para hacer alarde de poder, es decir, para ignorarlos por mucha verdad que contengan. Un ejemplo sangrante tiene cuna en esta tierra que hoy camino, Cartagena. A principio de los años 2000, Novo Cartago fue el nombre elegido para una urbanización en la que se iban a construir diez mil viviendas, dos campos de golf y varios hoteles de lujo. Con el tiempo, el proyecto no dio nombre a un barrio, sino a un caso que investiga, entre prevaricaciones y tráfico de influencias, por qué se ignoraron los informes técnicos de las consejerías de Obras Públicas y Agricultura de la Región de Murcia, que desaconsejaban edificar por tratarse de una zona protegida y de alto valor medioambiental. La investigación judicial, que aún dura, ha demostrado la amistad y cercanía del propietario de la empresa constructora, Hansa Urbana, y destacados miembros del Gobierno Regional de Murcia, en manos del PP desde 1995.

Me siento delante del mar a esperar a Rafa y aprovecho para hacerme una foto y enviársela a Jaime. Al verla, detecto que tengo cara de cansada, quizás porque hace ya tiempo que lo estoy. Me lo digo a menudo y Jaime no me lo dice porque tengo la suerte de que siempre elige ayudarme en lugar de hacer de espejo. Para qué repetir lo evidente cuando puede darme un abrazo o inventarse una cena que me ayude a respirar. Por eso, cuando aprieto la flecha que todo lo envía en el WhatsApp, pienso en esta ciudad y le deseo mi suerte.

# PROGRESO

No se puede sobornar a las consecuencias.  
Stephen Crane, *Historias de Nueva York*

«Lo único puro aquí es el cante».

Rafa se ríe de mi contundencia mientras vamos de camino a Portmán. El paisaje es negruzco y tiene el aspecto de esas calas salvajes que los urbanitas del mundo buscan con desespero. Entre abandonado y rústico, los coches aparcen donde pueden y hay dos chiringuitos en los que se está de gloria.

Cuando llegamos, veo familias enteras bañando a los críos. Más que una playa parece una balsa e incluso tiene aire de zona de reposo. Por un instante se reproduce en mi cabeza la imagen que creé durante los días en los que siendo adolescente leí *La montaña mágica* de Thomas Mann. Mi imaginación construyó un balneario donde todo el mundo vestía de blanco y no se movía por miedo a morir. Esto no es Suiza ni principios del siglo XX ni la gente viene a esta orilla porque tenga tuberculosis como sucedía en la novela del alemán, pero detecto en los movimientos de estas personas una cautela que asocio a los enfermos y a los miedosos. Quizás sea una impresión, provocada porque aquí he llegado con datos en la mano, pero esa mujer que se mete en el agua con el bañador negro y un bebé en los brazos no teme la profundidad de unas aguas que apenas cubren. Y sin embargo está entrando en el mar como el que viola una norma. O quizás es mi estupor lo que ralentiza sus movimientos, estupor al ver la naturalidad con que celebran esas gentes el agosto en unas aguas que albergan el peor desastre ecológico del Mediterráneo. No, ni siquiera el naufragio del Prestige en las costas gallegas se le compara.

En esta bahía en la que se baña la mujer del bañador negro con el bebé en los brazos descansan todos los estériles mineros de la comarca expulsados desde 1911 hasta el año 1990 porque las administraciones creyeron que ecologistas y vecinos exageraban al decir que contaminaban. Más de 333 toneladas de restos de fundición cubren el fondo marino que no veo desde el chiringuito y sobre el que camina la mujer del bañador negro junto a otros padres que también vigilan a sus hijos. Concluyo que ha pasado tanto tiempo sin que nadie haga nada para arreglarlo que la gente ha olvidado que pasa sus vacaciones sobre dos millones de metros cúbicos de mierda.

La historia de esta bahía es la de una desgracia. Desde 1990 hasta 2014 se han elaborado estudios de impacto, se han abierto concursos que han buscado ideas para su regeneración, y ecologistas y vecinos han peleado con administraciones y con algunas empresas que buscaban un filón en la reconstrucción de la zona. Mientras los primeros buscaban la limpieza y la recuperación del puerto pesquero, los otros insistían en construir un puerto deportivo, mucho más productivo y más rentable. En 1978, un representante del PSOE planteó la primera pregunta sobre el asunto en el Congreso de los Diputados y la respuesta que obtuvo del Gobierno fue la siguiente:

... los vertidos tienen consecuencias para flora y fauna, pero no son peligrosos para la vida humana siempre y cuando no se use la zona para turismo y recreo.

No sé si a esa madre del bañador negro la considera el Gobierno fauna o turista, pero yo estoy a punto de gritarle que salga del agua.

La ausencia de responsabilidad y de conciencia por el problema está muy bien resumida en *Portmán: del Portus Magnus del Mediterráneo occidental a la bahía aterrada*, escrito por varios autores y editado por los profesores Isabel Baños-González y Pedro Baños Páez para la Universidad de Murcia. El relato es frío y técnico porque da cuenta con cifras y cronologías de lo ocurrido en la zona en las últimas décadas. La sensación al acabar de leerlo es la de haber presenciado un gran disparate que confirma que la chapuza no llegó a España con los yupis ni con la burbuja inmobiliaria.

En 2011, siendo ministra de Medio Rural Rosa Aguilar, el asunto pareció desatascarse y se publicó en el *Diario oficial de la Unión Europea* un proyecto para rehabilitar la zona. Se abrió un concurso de licitación al que se presentaron varias UTE (Unión Temporal de Empresas), pero ninguna resultó elegida. En noviembre de 2011, las elecciones generales trajeron un cambio de Gobierno, el que sacó al socialista José Luís Rodríguez Zapatero del sillón presidencial para poner a Mariano Rajoy, del Partido Popular. El nuevo Ministerio de Agricultura, Agua y Medioambiente, con Miguel Arias Cañete a la cabeza, resolvió «el desistimiento del procedimiento de contratación». Y así sigue todavía en este verano de 2014 en el que me acerco a ver el lugar y no oso darme un baño.<sup>1</sup>

La gente disfruta, seguramente ajena a todos los estudios, evaluaciones, propuestas, informes y peticiones que desde 1978 se han hecho en vano para limpiar esas aguas. Pero a toda foto fija le hace falta un contraplano. Y a esta le llega cuando, saliendo de allí, Rafa me ofrece atravesar los campos de golf cercanos. Se acaba el negro y empieza el verde. Nada de abandono, urbanizaciones perfectas, hoteles de lujo y una carretera sobre la que hay un cielo azul y un sol de verano abre la vía para acceder a la Manga del Mar Menor. Otro decorado.

El progreso es eso que, en otros sitios, con más sesera, simplemente llaman cambio. A secas. Aquí el progreso ha tenido siempre un precio y su propio ritmo: el de ese tren que me ha traído hasta aquí y que a cada tres pasos adelante, le corresponden dos hacia atrás. Y en ese desfase, en España, el más tonto hace relojes.

<sup>1</sup> En agosto de 2015 el Gobierno ha anunciado que se vuelve a abrir el plazo de licitación para llevar a cabo el mismo proyecto de 2011. En 2014 ya se hizo, pero solo se presentó una empresa que ni siquiera presentó todos los papeles solicitados. El que era alcalde de La Unión en 2014, Francisco Bernabé, es ahora consejero de Fomento e Infraestructuras de la Región de Murcia. Lo del puerto deportivo se da casi por hecho, aunque desde la Administración se insiste en que será un proyecto sufragado por la iniciativa privada. El plazo de ejecución de la rehabilitación está previsto en cuarenta y seis meses. Lo que esperan vecinos y ecologistas es que el Gobierno que salga de las elecciones generales de finales de 2015 no cambie de opinión de nuevo.



# POR SI SUENA LA FLAUTA

Existe algo de desagradable en la noción de recompensa.

Joseph Conrad, *La línea de sombra*

«Atenea tiró su flauta maldita al río sin imaginar lo que pasaría».

Así reza la explicación que me da el filólogo clásico con el que comparto pasillo, lecho y cuchillos, cuando le pregunto si había premios en la Antigua Grecia. Jaume tiene la misión de alejarme del presente, al que por mi trabajo vivo enganchada. Él me ha explicado que el primer concurso musical del que hay constancia fue mítico, no histórico, lo propició sin saberlo la diosa Atenea y tuvo lugar entre el dios Apolo y el sátiro Marsias. Hemos hablado del tema hace días, pero hoy se dan premios en La Unión y el tema me interesa especialmente.

Antes de venir, los críticos Manuel Bohórquez y Manuel Martín me dijeron que lo de La Unión era una gran operación de *marketing*. «A mí me dijo una vez un concejal muy mal educado que no iba a pisar más el pueblo por dejar desiertos la mayoría de los premios», me cuenta por correo Martín. Para él, es un festival «manipulado por el amiguismo y el interés de la producción musical» y cree que el jurado no está capacitado para juzgar a los que se presentan. Él y Bohórquez son los únicos que me han permitido citarlos. Los demás, y no son pocos, me han hablado *off the record*.

La primera edición de este festival tuvo lugar en 1961 y nació para homenajear los cantes minero-levantinos, propios de la sierra de Cartagena-La Unión. Al principio, solo era un concurso de cante, pero fue incorporando baile, guitarra y, ya en 2009, también un premio para instrumentistas. La Lámpara Minera ha quedado desierta solo una vez, en 1995, y lo que más público atrae es el certamen, pero el festival dura diez días y ofrece conciertos, jornadas gastronómicas, seminarios y otras actividades relacionadas con el flamenco.

Muchas de las personas con las que he hablado y entre las que hay artistas, periodistas y aficionados coinciden en criticar a la organización, asumida por el Ayuntamiento unionense en lo referente al evento y por una empresa contratada que se encarga de las giras que hacen después los ganadores. Bohórquez cita con dureza al actual alcalde, Francisco Bernabé, del Partido Popular. «Es un cacique que nos llevaba a una mariscada y luego nos pedía que no dejásemos desierto el premio de la Lámpara porque lo entrega él». Bohórquez dice que está vetado. «Fue a raíz de denunciar que en La Unión no pagaban a los ganadores», me cuenta refiriéndose a las quejas del ganador de la Lámpara Minera de 2010, Miguel Ortega, a las que el Ayuntamiento unionense contestó diciendo que no tenía dinero.

Las palabras de los críticos me hicieron pensar que me toparía con tongo y cuchicheos, pero alguien del sector discográfico me cuenta que el procedimiento es más sutil: no tienen más que

eliminar en las fases previas a artistas que no interesa que ganen. Esa es una manera, pero hay otras de que todo salga como desean. «Por ejemplo, decirle a una serie de cantaores que se presenten pensando en el perfil que les interesa ese año: un hombre o una mujer; joven o más mayor; de Granada o de Sevilla; más moderno o más clásico».

Barullo es un ejemplo. Es bailaor y nieto de una leyenda del baile, Farruco, y él mismo me reconoce que ha ido porque lo han llamado. Algunos cantaores también van «aconsejados» por la organización aun sabiendo que no tienen opciones. Pero a unos y a otros les interesa: al artista para dejarse ver y tener alguna gala y a la organización para garantizar cierto nivel artístico. Y sobre ganar, todos piensan que quizá el año siguiente suene la flauta.

Tomo asiento para ver el espectáculo y a las dos horas salgo para tomar algo en el chiringuito más próximo al mercado. Al rato veo venir a David Lagos, que ha cantado de maravilla, con su mujer, Melchora Ortega. Él saluda, resopla y me cuenta sin que le pregunte por qué se ha presentado. «Yo he venido a todo o nada. Me juego mucho, tengo ya una carrera, pero cuando llega el verano, me encuentro sin galas». David, cantaor inmenso y sobrado de cualidades, confiesa haber pasado una mala racha por la falta de oportunidades para ser cantaor en solitario, no acompañando al baile.

Me despido del matrimonio y vuelvo al mercado porque no quiero perderme algo tremendo: un hombre compitiendo contra sí mismo. Es José Tomás, guitarrista y único aspirante a llevarse el Bordón Minero, premio del festival al mejor toque de guitarra. Aquí encuentro la que podría ser la única metáfora de este viaje: la de un hombre contra sí mismo, aterrado y pidiendo a Paco de Lucía, que estés en los cielos, que lo asista como pueda. Intento ser ecuánime en mis juicios, pero veo batirse a Tomás con tanto miedo, que me pongo de su lado. Lo hago también porque no entiendo que si es el único en llegar hasta esa fase, no lo proclamen el mejor sin necesidad de competir contra la nada. Esa es la literalidad a la que me refiero. Todo aquí sigue su curso, no importa que sea justo, absurdo o arbitrario.

El jurado sale rápido: Barullo gana el premio Desplante al baile; Antonio Moreno obtiene con su marimba el premio al mejor instrumentista y el chico de la guitarra consigue el Bordón. La Lámpara es para Lagos y en cuanto dicen su nombre, apunto en mi libreta: «triumfo balsámico». Así titularé mi crónica. Ya en la calle, lo veo salir del mercado. Me mira, se acerca y me da un abrazo flamenco, de esos que no tienen sexo ni género y que es un modo de saludarse reconociéndose. Estando así, quiero decirle que me alegro, pero aún tengo que escribir la crónica que él protagoniza y quién sabe cuántas veces me tocará juzgarlo en el futuro. Pero me alegro tanto por él que decido celebrarlo apartando de mi mente lo que pienso de los premios y me digo que, si ese hombre talentoso necesitaba ganar y lo ha logrado, con eso tengo bastante.

Ya en mi habitación busco el documento que me envió Jaume sobre Apolo y Marsias:

Atenea tiró la flauta al río después de que Hera y Afrodita se rieran de ella porque al tocarla, se le hinchaba la cara y se le ponía azulada. Cuando la tiró, la acompañó de una maldición dirigida a quien la encontrara. Marsias la recogió y en su enfrentamiento con Apolo, tocó tan bien que empató con el dios. Enfurecido, Apolo lo retó a un desempate, pero con la condición de que había que cantar y tocar a la vez y con el instrumento al revés. Para Apolo era viable, tocaba un arpa. Pero para Marsias fue imposible. No contento con ganar, Apolo, desolló a Marsias y clavó su piel en un árbol.

Marsias, como tantos, no conocía las dos reglas que rigen todo concurso: que todo premio comporta una penitencia y que es quien escribe las normas quien siempre gana.

BARCELONA

# UN TABLAO PARA CAMARÓN (PUBLICADO EN EL ESTADO MENTAL)

Yo quería más que una noche de recuerdos y suspiros.

Yo quería gritar.

Yo quería que volviera.

Joan Didion,

*El año del pensamiento mágico*

Estoy en Casa Camarón de la Isla. En ese ambiente tan calé, destaca un medio payo imponente. Me invoca desde su silla, me habla como si me conociera de siempre y solo se levanta para que mire la uña de su meñique. «Es así de pequeñito», dice clavándome los ojos y haciendo fuerza con ellos para que entienda la gravedad de lo que explica. «Es chiquito, pero hay metástasis y es mortal». Habla del tumor que mató a Camarón de la Isla y lo describe en presente porque no está recordando: está reviviendo el día que en la Clínica Mayo un médico les dijo que lo que consumía al cantaor no tenía cura. Y lo vuelve a vivir cada vez que lo cuenta. Le llaman Tío Candado, pero se llama José y en su casa murió el cantaor de la Isla. Yo ya lo sé cuando me estrecha la mano el día en que se cumplen veintitrés años del adiós a Camarón y contesta a preguntas que no le hago.

Unos días antes de ese aniversario, han abierto este local en Barcelona, que quiere ser un altar con forma de tablao. Pocos fuera del mundillo saben qué es un sitio de estos. Lo intuyo porque cuando les cuento a unos amigos donde voy, leo en sus caras lo que están pensando: que esta noche me coloco la peineta y me lanzo a la barbarie. No les culpo, pues la pasión de los hosteleros por el guiri ha menoscabado el valor de muchos escenarios como este. Y lo cierto es que en estos sitios se cocina muchas veces cosa fina. El mismo Camarón pasó por esa escuela y en tablaos está grabando una estrella de ahora su próximo disco: Arcángel. Lo hace para recordar la importancia histórica de estos lugares y para reivindicar la distancia corta en un arte que ya se ha acostumbrado al gran teatro y a tener muy lejos al aficionado, temido por insobornable. Sí, es así, el amante de lo jondo se puede equivocar, pero rara vez se engaña. Y es algo que no tiene mérito, pues un yugo así no se construye, con él se nace.

Me gusta la entrada: no hay barreras que impiden ver al que pasa lo que se cuece dentro. Hay un *photocall* y una barra de bar y veo mesas donde cena gente. Por la sala hay público esperando que empiece el espectáculo y artistas calentando las manos, los pies y la garganta para ofrecerlo. En las paredes miro las fotos y dentro de uno de los marcos encuentro un papel con la letra irregular de Camarón junto a la seductora caligrafía de Rocío Jurado dando las gracias a la Venta de Vargas, un hito en los años sesenta y un mito, pues entre sus paredes iniciaron sus carreras muchos flamencos. En la nota del cantaor hay un tachón y tres faltas de ortografía, lo que conduce mi

mirada a otra foto donde posa José con Rancapino, el agramatical.

Unas extranjeras comen tortilla de patatas y jamón antes de entrar a ver lo que les depara la noche y veo al personal, aún inexperto, moverse por el local. Simón Montero, el responsable de todo esto me dice que quieren aportar algo diferente al panorama flamenco de Barcelona. «Queremos hacer algo distinto, no solo para turistas, que también. Por eso tendremos *jam session* a diez euros para que los de aquí se acerquen a este arte». Eso sí es una novedad, pues a excepción del JazzSí Club, ningún otro local de la ciudad ofrece un buen espectáculo por tan poco dinero a los de casa. Tengo curiosidad por ver lo que hacen y nada más salir los músicos a escena, me relamo. Simón Román, que viene de sorprender en la Suma Flamenca de Madrid, aparece con su enorme voz acompañado de la media garganta de Blas de Córdoba, tan camaronera.

Vienen con cuadro completo, es decir, cante, guitarra, percusión y baile, el de Niño de los Reyes y Triana Prats. Es más entretenido, no hay duda, pero recuerdo aquella escena en blanco y negro de Camarón con Paco Cepero en el tablao Torres Bermejas de Madrid donde no hacía falta nada más que esos dos tipos para poner al público al borde del delirio. Me pregunto si ese grupo de extranjeras saben que encima de esa tarima está uno de los mejores percusionistas del mundo: Piraña, que es junto a José Tobalo el director artístico de todo lo que están viendo. En este tablao montado por gitanos, hay calés en cada esquina. En primera fila, hay uno recién nacido, inmune al elevado volumen de la sala. Su madre lo mece, pero su vaivén es redundante y él gira su cabeza de pocos días hacia el escenario del que salen sobre todo letrillas de Camarón. Así se nutren los flamencos que ya han salido del vientre.

En medio de la sala está sentado Tío Candado. No destaca por su estatura ni por sus enormes patillas blancas, tampoco por el aire de mando que desprende. Lo que empuja a observarlo es la manera reverencial con la que los jóvenes se inclinan para besarlo o abrazarlo, con la misma expresión corporal y el tono de voz que usan cuando hablan de Camarón. El hombre los bendice, les habla, les da órdenes sin decirlas y los despide. «Parece que no quede nadie que no haya esnifado con José o se haya fumado un porro», dice algo molesto quien fuera su confidente. Obviamente, toparse con el hombre que lo metió en su ataúd es una experiencia muy distinta a la de oír por enésima vez las historias, sospechosas por idénticas, de los muchos que dicen haberse corrido una juerga con el cantaor.

Los allegados de Tío Candado lo presentan como médico y mánager del artista aunque no fuera claramente ni una cosa ni la otra. «Yo estudié Medicina, pero no ejercí. Preferí meterme a funcionario», dice pícaro. Muchos lo respetan, algunos lo critican y todos saben que fue la persona más cercana al cantaor de San Fernando en sus últimos meses de vida. Esa cercanía con el genio lo ha llenado de gracia a ojos de los gitanos que como Simón Montero no llegaron a conocerlo. Pero esa bendición es también una carga: «Esa losa la llevaré encima toda la vida», dice este hombre mostrando su yugo particular.

«Camarón, que es de la bahía de Cádiz, va a morir en las montañas terrosas del hospital Can Ruti, en Badalona. También será en Barcelona, en el Molino, donde Enrique Morente dé su última actuación. Barcelona es la novia cadáver del flamenco». Esto lo escribió Javier Pérez Andújar en *Paseos con mi madre* y al recordarlo llego a comprender que se le abra una casa a Camarón en la ciudad que lo vio morir antes que en la que lo vio nacer. Parece una forma de resucitarlo cada noche y deshacer el agravio. Pienso en esto mientras hablo con Montero en una sala rodeada de celosías brocadas con el mismo tatuaje que llevaba Camarón en su mano izquierda: una media

luna y una estrella de seis puntas. «Para nosotros es un orgullo honrarlo de esta manera», dice Simón, que es presidente de la Federación de Entidades Gitanas de Cataluña y que al día siguiente inaugurará el festival flamenco de La Mina, un barrio muy alejado del núcleo turístico cuyo busto dedicado al cantaor recibe de vez en cuando la visita de algún peregrino.

«Barcelona siempre amó a Camarón y a él le encantaba esta ciudad. Es importante que tenga aquí un lugar donde se le recuerde y se le honre. Su familia ha colaborado en todo y ha cedido muchos de los objetos que pueden verse en el local. Ahora queremos abrir más casas como esta por el mundo», dice Montero. Habla de Madrid, pero sobre todo de Japón, Francia, Inglaterra e incluso Catar. «Es que en el extranjero se valora lo jondo más que aquí», responde Montero haciendo uso del yugo que impide al flamenco engañarse.

# PAN SIN TOMATE

Una nación se hace lo mismo que cualquier otra cosa. Es cuestión de quince años y de un millón de pesetas.  
Julio Camba, *Galicia*

Este año he cometido varios errores. Uno ha sido creer que Barcelona es Cataluña. Volví a esta ciudad con dieciocho años tras diez de ausencia para estudiar y me quedé porque me gusta. Incluso con esas castañuelas de mentira que ofrecen los vendedores ambulantes a los turistas y esa sensación de estar fuera de sitio que tengo ya casi siempre. Salir, viajar y contar lo que pasa fuera me aporta cierta calma a la hora de analizar el sitio en el que vivo. Sucede porque yo me enfado mucho estando en casa, viendo nuestra televisión, leyendo nuestra prensa y oyendo a mis vecinos, pero se me pasa un poco cuando alguien fuera me pregunta qué tal están las cosas por Cataluña y encuentro sonrisas de compasión y análisis que solo pueden arrojar bocas que solo se alimentan de diarios.

Desde hace tiempo, las comidas con amigos, muchos periodistas, van sobre lo mismo: el proceso iniciado por el Govern para conseguir la independencia de Cataluña. Jaume nos riñe, quiere que salgamos de ahí, que hablemos de lo que leemos, de lo que escuchamos, de otros problemas que tenemos y tiene el mundo, de lo que queremos hacer, no de los que nos imponen ser. Pero es difícil. La actualidad donde vivo está teñida del mismo color desde hace tiempo.

El empleo que tuve en la universidad durante dos años me proporcionó un jarro de realidad el 12 de septiembre de 2013. Un día me cambiaron de oficina para que echara una mano a compañeros de otro departamento que necesitaban ayuda con su web. Ese año, la Asamblea Nacional de Cataluña, entidad creada al calor del nuevo fuego independentista, había organizado una manifestación con la que formaría una cadena humana desde la localidad francesa de Le Perthus hasta Vinaroz. Era una exhibición de fuerza que venía a renovar el éxito de la manifestación de la Diada de 2012, año en el que Artur Mas, *president* de la Generalitat y líder de CiU, metamorfoseó en separatista. A la cadena la llamaron Vía Catalana y sirvió para demostrarle al mundo, es decir, a España, que el *procés* no era una anécdota.

La Conselleria de Interior cifró la participación en 1,6 millones de personas, mientras que el Ministerio español la dejó en cuatrocientas mil. Aun cogiendo el dato más optimista, seis millones de catalanes se habían quedado en casa, pero cuando al día siguiente volví al trabajo, creí que alguien había invertido las cifras. Mis circunstanciales compañeros llegaron por la mañana con ganas de comentar la jornada anterior y, a medida que iban incorporándose a su puesto de trabajo, fueron comentando lo emocionante que había sido participar, llevar a los niños, coger un autobús para colaborar en aquellos puntos donde había menos gente para cogerse las manos, lo impactante



de las imágenes... Se enseñaron fotos, se informaron unos a otros del punto de la vía en el que habían estado... Hasta que a alguien se le ocurrió preguntarme:

—Y a ti, Silvia, ¿dónde te tocó?

No suelo pensar lo que respondo, y así me va. Así que dije la verdad, sin pero y sin adorno, porque no pensé ni por un instante que pudiera estar en falta.

—Yo no fui —contesté y enseguida vi los cuellos encorvarse.

No sé si sintieron lástima o vergüenza. Quizás solo fuera una forma de ahorrarme el bochorno que ellos habrían sentido de estar en mi situación. El tema se zanjó y solo brotó durante el día en pequeños círculos, no en voz alta como había comenzado. Vi cómo algunos se seguían enseñando fotos horas después de haber llegado a la oficina, escuché varias anécdotas sobre la jornada contadas en susurros y cómo las subían a Facebook o las compartían por WhatsApp con sus amigos.

Sé por experiencia que a los trabajadores de los entes públicos se les permiten pérdidas de tiempo impensables en otro tipo de empresa y por eso sé también que, si mis compañeros habían convertido en privado un asunto que había empezado a gritos, no era por temor a que alguien les llamara la atención. En cierto modo, me supo mal.

Me acordé de las veces que en Baena me dijeron que me uniera a la Hermandad de la Virgen de los Dolores y del poder de los grupos; de cómo me quedaba sola, no solo los días grandes, también los de antes y los de después porque tenían que ensayar, una comida, una cena o una borrachera y rememoré el fervor con el que la gente rodeaba a una virgen pensando que ella era la solución a sus problemas. Y que el cielo, los Pujol y Quico Homs me perdonen, pero no veo la diferencia entre aquella devoción sureña y esta de corte industrial. Ahora incluso tienen como enemiga común a la lluvia, que impide salir a los santos y las manifestaciones de la Diada.

Un año después, el 11 de septiembre de este 2014, ya no tengo contrato en la Universidad. Los recortes, esos que la Generalitat dice que son culpa de España, impiden renovar mi media jornada con el ente público. Como soy autónoma, seguiré colaborando con ellos desde casa y con factura. Así, yo cubro todos mis gastos de material, ordenador, luz y gestiono mis presupuestos, mi tiempo y mi soledad. Esa mañana, preparo café, jamón y pan, y me pongo ante el televisor para ver cómo va la manifestación organizada por la Asamblea Nacional de Cataluña para este año. Se trata de una V humana que ocupará la Gran Vía y la Diagonal barcelonesas.

Pongo TV3, la tele pública, y en la tertulia preparada para comentar la jornada, identifico a varios directores de diarios. Xevi Xirgo, el de *El Punt Avui* viste una las camisetas de la Diada, unas en las que se ha estampado una V empleando las cuatro barras de la bandera catalana con el lema «Ara es l'hora». Ahora es la hora. Otro futuro, aunque este va disfrazado de presente. Al verlo, constato que todo está fuera de sitio. Un periodista puede pensar lo que quiera, votar lo que quiera e incluso decirlo. Pero luego debe saber y poder poner en un brete al mismo que vota. Y casi nunca es el caso. Detesto el periodismo de trinchera, me da igual si viene por la derecha, por la izquierda o su causa es la patria. Sirve para convencer, no para informar, y estaremos de acuerdo en que la objetividad es solo un ideal, pero es asombroso ver lo rápido que renuncian algunos a rozarla al menos.

No solo los periodistas han desenfocado sus funciones en estos tiempos. En abril, los sindicatos más importantes en España y también en Cataluña, UGT y CC.OO., se unieron al manifiesto de Òmnium Cultural por el derecho a decidir, otra frase sin objeto, como el «Erem. Som. Serem».

Una fotografía convierte el derecho a decidir en el derecho a figurar. Para eso se hacen las fotografías. Para que se vean. Para estar. Es desesperanzador y, sin embargo, es tan real como Sebastopol. Unos sindicatos que han dilapidado su pasado y que, cuando descubren que hasta los pipiolos del asociacionismo los adelantan por la izquierda, se agarran desesperados a cualquier bandera; no, a cualquiera no, a la bandera de la patria, para no quedarse sin bandera, para tener algo que llevar en las manifestaciones. Unos sindicatos que culminan la manifestación de una huelga general o de un 1 de mayo sustituyendo el canto de la Internacional en catalán por el himno nacional de Cataluña. Unos sindicatos que ahora se retratan sonrientes con las instituciones de la oligarquía ante las ruinas de lo que fue el epicentro de la lucha obrera.

El lugar al que se refiere Javier Pérez Andújar en su artículo<sup>1</sup> y donde se tomó la foto son los jardines de las Tres Chimeneas, donde tuvo lugar una huelga en 1919 que empezó en el sector industrial y acabó siendo general. De ella salió el decreto de jornada de ocho horas, una de las pocas cosas en las que España fue pionera y algo que hoy parece ciencia ficción teniendo en cuenta que, en 2014, el 92 % de los pocos nuevos contratos de trabajo se han firmado a tiempo parcial. En ese enclave, Joan Carles Gallego y José María Álvarez, líderes sindicales, se hicieron la foto con Muriel Casals, presidenta de Òmnium Cultural, entidad que junto a la ANC representa a la sociedad civil de Cataluña en su camino a la independencia.

En lo que va de crisis económica, UGT y CC.OO. han perdido casi cuatrocientos mil afiliados. Dicen desde sus sedes que se debe a que hay menos trabajadores y a que, cuando se queda parado, solo el obrero muy ideologizado sigue afiliado. Lo cierto es que las uniones sindicales, tan necesarias, han perdido crédito y algo tendrá que ver que en Andalucía se las haya implicado en el caso de los Expedientes de Regulación de Empleo fraudulentos o que entre los sospechosos de haber usado tarjetas opacas de Caja Madrid, también hubiera líderes sindicales.

Releo el artículo de Javier y pienso, brotándome retama de la lengua, que quizás no hace falta que me vaya de aquí ni que me echen. Empecé a confundir lugares y caras y ahora ya casi no distingo nada de lo que me rodea. Que la gente cambie de opinión, evolucione o madure puedo asumirlo: no que me aparten los ojos cuando les hablo. Vivo en un lugar que no reconozco. Pienso si escribir y contarlo o callar y metabolizarlo. Mientras, he dejado de desayunar. Miro el café, el jamón y me detengo en el pan: hace ya un tiempo que no le pongo tomate.

<sup>1</sup> Pérez Andújar, J. (24 de abril de 2014). «Ser español es de pobres». *El País*. Recuperado de <https://elpais.com/>

# BIENAL DE FLAMENCO DE SEVILLA

# ELOGIO DE LA CONTRADICCIÓN

Y te enviaré mi canción:  
«Se canta lo que se pierde»,  
con un papagayo verde  
que la diga en tu balcón.  
Antonio Machado

«De chico, cuando me subía en las bestias que vendía y compraba mi padre, se me rompían los pantalones y se me veían los huevos. “Huevotes, huevotes” empezaron a decirme y de ahí me sacaron el nombre: Bobote». Se llama José Jiménez y se dedica a las palmas. No las hace porque le guste todo lo que ve y escucha, es que a todos los que cantan y bailan les pirra como él les jalea. Uno que siempre se lo pide es Israel Galván, artista genial y rompedor que lo solicita ya sea para sus solos o para obras como *Torobaka*, donde el bailaor se alía con el bailarín contemporáneo Akram Khan. Eso hace que Bobote pase casi trescientos días del año fuera de casa. «Es que yo arriesgo y eso a algunos les gusta mucho», me dijo este verano el hombre que me viene a la cabeza siempre que oigo «Sevilla».

Esa inferencia es reciente. Sevilla la evité durante años. Recuerdo que, siendo cría, una gitana me acorraló en la Plaza de España para leerme el futuro y sentí un miedo que por temporadas se convirtió en prejuicio a pesar de que en mi familia siempre hubo magas y remediadoras. Tampoco ayudó el resquemor que muchos me transmitieron en Córdoba por todo lo sevillano y que me costó entender que no eran más que rencillas entre vecinos. Y quizás, ahora lo sé, también algo de envidia.

Sevilla no es para mí la Feria de Abril ni la Semana Santa ni siquiera el flamenco de modo general. Sevilla es para mí Bobote. Y Bobote es el compás. Otros os dirán que el ritmo lo atesora una ciudad, Jerez, y no una persona. Pero yo invito a cualquiera que ponga a este hombre en un brete rítmico y luego me diga si una urbe puede hacer lo que él consigue.

De su capacidad para acompañar y jalear a los artistas hablan bien sus discípulos, los cantaores y los bailaores e incluso quienes le envidian. Es capaz, y esto lo añado yo porque lo he visto, de arreglar hasta el *show* más desastroso. Con sus manos y su alboroto puede enmendar un zapateado poco preciso o un cante desafinado, pues su genio está en la sombra, apenas se deja ver, casi nadie fuera de lo jondo recuerda sus nombres, pero lo que hacen Bobote y los suyos es lo que le saca brillo al flamenco. Hoy los palmeros han evolucionado en percusionistas gracias a la labor de Paco de Lucía que incorporó el cajón peruano al flamenco y normalizó su uso. Esa es la causa de que lo jondo cuente con músicos de primer nivel que tocan la batería, los timbales, los cajones y conocen las partituras. Se llaman Agustín Diassera, Paquito González, Antonio Moreno, Chico Fargas, Javier Ruibal o Bandolero, pero hay más nombres. Y todos citan siempre a Bobote.

Al sevillano le enorgullece que su oficio haya tomado ese camino y tenga un mayor reconocimiento, pero su escuela fue otra, la de su casa, por eso cuando le pregunté si lo suyo se aprende, me contestó: «A ver, hija, yo puedo enseñártelo, pero como no tengas oído...», dijo y rompió a reír. Sobre las tablas crea un runrún imprescindible con palmas y ánimos en forma de «ole», «vamos», «guapa», «viva tu mare» e interjecciones sin transcripción posible que ponen la sangre de los artistas a la temperatura justa para darlo todo y crea en el espectador la ilusión de que podría salir a bailar con la misma precisión y furia que gastaba la Capitana.

Fuera del escenario, Bobote tampoco para. Es como si el ritmo de las actuaciones le dejara eco en el cuerpo. Se nota en sus hombros, que sube y baja al mismo ritmo que habla y por supuesto, en las manos, con las que refuerza todo lo que dice. Sonríe mucho, bromea y parece no tomarse nada en serio. Pero es mentira y a mí me gusta porque encarna muchas de las cosas que me atraen de lo jondo: la guasa, el divertimento, la *boutade* estrafalaria, el tirititrán inexplicable y la contradicción.

«Si te incomoda que las historias no cuadren, no seas periodista». La frase no es de hoy, es de 1996, y me la dijo Xabier Arkotxa, profesor de mi primer año de carrera. Aún la oigo repicar en mi cabeza cada vez que escribo un reportaje y me rozó un tímpano cuando Bobote me dijo: «El duende no existe. Bueno, igual sí... Yo qué sé, hija. Si yo lo que siempre he querido es ser roquero».

En una entrevista le pregunté por qué no había hecho como Raimundo Amador y seguía viviendo en las Tres Mil Viviendas: «Porque allí está mi casa y mi gente y porque hay dos zonas feas, pero el resto es un barrio humilde y normal». Así me explica que hasta hace poco esa periferia sevillana se haya reflejado en los medios como «un Bronx» ignorando que hay más cosas, por ejemplo, los talleres de percusión que él ofrece y con los que una veintena de chavales ha encontrado en el flamenco un empleo. «Si así no se meten ni a robar ni en la droga, yo me doy por satisfecho», me dijo mientras me ofrecía un porro que acababa de liarse. No es un chiste y, en lo que algunos verán una contradicción, yo creo que Bobote tiene razón. La tiene porque él es capaz de salir adelante y ha tenido oportunidades a las que se agarró sin miedo. No todos en su entorno, ni en el mío ni en el tuyo tienen esas aptitudes ni esas escapatorias. Estudió tan poco que es casi nada, pero su cabeza, casi siempre cubierta con una gorra, es despejada: sabe lo que quiere y lo que dice y sabe también que hay cosas que no tienen remedio.

A esa actitud, muy flamenca, hay quien la llama resignación, pero no es eso: tiene que ver con no desperdiciar el tiempo. «Yo paso por Triana y me siento un forastero. A los gitanos nos sacaron del centro de Sevilla para meternos en aquel polígono *desangelao*. ¿Y qué hacemos? Pues vivir lo mejor que podemos». Ese desahucio se cuenta en el documental *Triana pura y pura*, una cinta en la que Ricardo Pachón, productor de Camarón de la Isla, cuenta cómo en los años cincuenta años la especulación urbanística y las autoridades sacaron a los gitanos que vivían en Triana «pobres pero felices y plenamente integrados» para llevarlos a un suburbio que se convirtió en un gueto. La película muestra material inédito de una fiesta celebrada por los afectados en el Teatro Lope de Vega en 1983 para recordar el expolio y no olvidar sus raíces. En ella sale un joven Bobote junto a Rafael García, el Eléctrico, su amigo, compañero y jaleador chispeante, bailando a la manera de los calés de su barrio: con ímpetu y picardía, con detalles sexuales como pellizcarse la bragueta o simular tocarle el culo a la compañera cuando salen de escena.

En esa cinta, la derrota ya está confirmada y, sin embargo, todos sobre las tablas bailan y cantan

porque esa juerga es, en realidad, una protesta. Porque no es contradictorio quejarse riendo. Ni llorar cantando, como no lo es aparcar la rabia para seguir viviendo. Eso es lo que hace el flamenco tantas veces y lo que algunos tildan de despreocupación, vagancia o falta de esfuerzo. Esa capacidad de convertir en música un dolor o una injusticia es lo que me atrae de lo jondo y saca mis uñas cuando alguien lo describe con un par de tópicos y los ojos llenos de desprecio. No es estar siempre de juerga: es convertir la furia en movimiento, en uno que nos impulse hacia otro lado.

«¿Cómo estás?», le pregunté a Bobote mirándolo a los ojos e intentando hablar en serio poco después de que muriera el Eléctrico. Para evitar que todos le preguntaran se fue unas semanas al campo, pues no soportaba la pena de haber perdido a quien él considera su hermano. «Triste, tía, estoy muy triste. Pero, mira...», me dijo poniéndose el canuto en la boca y liberando sus manos para hacer palmas. «Arsa, dale, mira, oooooole... ¡Así, niña, un poquito por bulerías!», dijo intentando que yo le siguiera. «Así hay que recordarlo, así», dijo sin dejar de hacer palmas y haciendo como que olvidaba y tenía ganas de guasa.

Usó pecho y pierna a modo de cajón, como si me diera una clase. O una lección. Nunca lo tuve tan cerca, por eso pude observarlo a una distancia inusual, oler su colonia, su cigarro y su tristeza. Estuvimos en ese instante tan del mismo lado, que me rozaron su corta estatura, su agilidad, sus cincuenta y tres años, que a veces parecen mil y a ratos quince, y hubo un momento en que inventé que su voz cascada y sabia me susurraba: «No hurgas en el flamenco para entenderlo, lo haces para ahuyentar a la muerte, para atrapar la alegría».

Y así, al compás de Bobote, entra por fin mi corazón adulto en la temida Sevilla.

# SENECTUD, MÍSERO TESORO

¿Nos engañaron o engañábanse  
ellos, los ancianos de voz queda,  
al no legarnos sino la receta  
de un fraude?

T. S. Eliot, *Cuatro cuartetos*

A los conciertos de la Bienal de Sevilla asisto acompañando a Manuel Bohórquez. Hay algo que él no sospecha, y es el lujo que supone para mí, no solo mirar lo que pasa en el escenario, sino verlo a él observar, apuntar y acompañar con su mano el compás de cada cante. Observo el escenario como primera misión, pero tengo otra: no perder de vista los cinco dedos izquierdos del maestro, pues con ellos marca por bulerías o por tonás, según corresponda y me permiten adivinar el nivel de gusto o desagrado que le suscita lo que ve y escucha.

Me gusta el ejercicio porque, con tanto invocar al duende, a veces olvidamos que lo jondo también es carne. Y no es porque sea un arte sensual, yo apenas he sentido un relámpago carnal viendo flamenco, más bien es porque el cuerpo todo lo absorbe y por eso es ente político y tapiz donde se concentra todo dolor, toda duda y todo trauma. Es tan así que hay quien baila como es físicamente: Pastora Galván, por ejemplo, cuyo baile no sería suyo sin la mágica amplitud de sus caderas y tampoco a su hermano Israel le pertenecería el suyo si no hubiera adelgazado, pues fue cuando perdió su carne que encontró su danza, tan esencial y angulosa como es hoy su silueta. Ambos hacen caso a su organismo, por eso el baile de Israel suena a piel y hueso, tanto como el de Pastora exuda pulpa y sangre.

Las manos de Bohórquez también son elocuentes. Siguiéndoles el ritmo he adivinado por donde iría su crónica al día siguiente. Me ha ayudado también el resto de su cuerpo, aunque sus casi dos metros de altura y la estrechez del teatro han hecho imposible distinguir si por momentos estaba disgustado o simplemente incómodo.

El 2 de octubre quedamos para ver *Toda una vida*, un espectáculo en el que cantan y bailan glorias de lo jondo: Peregrino, la Cañeta, Rancapino, Romerito de Jerez, Carrete de Málaga... Ninguno ha trascendido las lindes del flamenco, aunque Rancapino tiene hijos apadrinados por el expresidente Felipe González y su amistad y sus inicios junto a Camarón de la Isla le dieron cierta fama en otros círculos. Cuando veo salir a Curro de Utrera me dan ganas de llorar. Tan menudo, tan bien vestido, tan viejito, con ese pelo tan blanco y toda su fragilidad. Le ayudan a tomar asiento, se pone junto al volcán que es la Cañeta y temo que no vaya a soportar toda la gala.

En el escenario, el octogenario empieza juntando sus manos en lo que va a ser un simulacro de palmada, pues no llega nunca a darla y, cuando arranca a cantar, la reposada nieve de su testa se vuelve cellisca. Inicia por fandangos con una laringe potente y entrenada, subiendo la voz más de

lo que alguien pueda imaginar al ver su estampa, no pierde ni una nota, afina y coloca la garganta con una entrega con la que adivino que será imposible que haga hoy más de dos cantes.

Los flamencos veneran a los mayores. Los respetan porque están aquí antes que ellos, porque están convencidos de que lo han pasado peor que el que nació más pegado al presente en el que coinciden ambos. Ese respeto, por pura costumbre, se profesa a veces sin que el respetado haya hecho ningún mérito. Yo he visto a algunos compartir escenario con jóvenes, negarse a ensayar, ir a la suya, arruinar en parte el *show* y de la boca del más lampiño no ha salido ni una palabra en contra de su predecesor. A los mayores se le supone experiencia, cuando en realidad lo único que se les puede atribuir sin temor a equivocarse son más calendarios.

No es el caso de Curro de Utrera, que acaba de dar una lección a algunos de su generación, esos que piensan que a un escenario basta con subir la sal. «Estos no tienen artrosis», dice riendo Bohórquez cuando ve bailar a Carrete y arrancarse por bulerías a la Cañeta. Su risa, esa energía y mi ventura actúan en mi cuerpo como un chute de alcalinos. Y eso que lo visto me despierta una clase de tristeza que conozco: la que me dan los niños sobre un escenario porque siempre creo que deberían estar haciendo otra cosa.

No pretendo retirar a ninguno de los citados, pues bien sabe el cielo que ver a Carrete mover su cuerpo de águila y el peso de su gran altura es un deleite que quiero experimentar aún muchas veces. Como el de verlo bailar sentado, paradoja que él torna normal a golpe de bastón y de carisma. No hay vez que no lo observe que no tenga la certeza de que va a echar a volar. Pero sé que muchos no bailan o cantan ya porque les salga de adentro, cosa que hacen en sus casas, en sus bautizos y en sus comuniones, con los suyos. Bailan y cantan con público que paga entrada porque muchos no tienen jubilación ni ahorros con los que disfrutar su senectud. Y la culpa no es siempre de una injusticia, de la suerte o un enemigo. Parte de esa miseria tiene mucho que ver también con el tiempo jondo.

Apagada la llama del café cantante, un truco del empresario para, simplemente, pagar menos impuestos dio lugar a la ópera flamenca. La definición de este modelo de espectáculo flamenco que da el *Diccionario enciclopédico ilustrado del flamenco* de José Blas Vega y Manuel Ríos Ruiz (1988) explica que «el origen de su denominación se debe a que sus promotores aprovechan ingeniosamente una disposición tributaria de 1926 por la que, entre los espectáculos públicos, los de conciertos instrumentales y la ópera solo tributaban el tres por ciento, frente al diez por ciento que tenían que tributar los de variedades».<sup>1</sup>

Tener la certeza de que el futuro jamás será tan próspero como el pasado hace que haya aún muchos flamencos que prefieren burlar al fisco y vivir el presente. *El negocio del flamenco* es un libro en el que la periodista Silvia Calado intentó explicar cómo funciona este mundillo en su vertiente económica. En él puede leerse como algunas compañías y artistas más jóvenes intentan huir de esa manera de operar y procuran formalizar un negocio que ha sido históricamente irregular.

La economía sumergida y la precariedad no suceden solo en el flamenco y lo jondo tiene la ventaja de haber inventado su propio sistema de caridad: los homenajes. Los que sean ajenos al mundo de los lunares, que apunten: cada vez que en un cartel vean la palabra «tributo» sin que el honrado haya muerto, no tengan la menor duda de que el objetivo es recaudar una bolsa para echarle una mano al susodicho y su familia. Si ha fallecido, probablemente la limosnera sea para



la viuda.

Conmueve ver a los colegas apoyar a uno de los suyos que pasa apuros y es una de las maneras con las que manifiestan los flamencos el familismo implícito que, en su caso, además, es muy extenso. Pero cuando ya van cinco homenajes para el mismo pobrecito, hay quien sale del concierto refunfuñando y diciéndole al de al lado si el beneficiario no tiene otra manera de vivir que no sea pidiendo. Y suele ser algún primo.

[1](#) Calado Olivo, S., (2007), *El negocio del flamenco*, Sevilla, España: Signatura Ediciones.

# ESTRUJARSE LA BOCA

Una escribe para crear un mundo en el que poder vivir.  
Anaïs Nin, *El diario de Anaïs Nin*

«Murió en la miseria». Esta es una frase con la que acaban muchas biografías de artistas, conocidos o no, profesionales o aficionados, del arte flamenco. La dice también Rafael Jiménez Faló cuando lo entrevistan y habla de la soleá, de la influencia de la Serneta en Tío Juaniqui, «que nunca fue profesional y murió en la miseria, como todos los demás». Todos los demás, dice, perpetuando un cliché.

En una cultura que viene de ser básicamente oral, no está extendido el buscar verdades completas o datos objetivos. «El conocimiento, la pasión no quita», cantaba Antonio Chacón y por eso a mí me gusta lo que hacen investigadoras como la catedrática Cristina Cruces Roldán, que escarba en lo jondo y deshace leyendas sin perder pulso y corazón. O lo que hace a veces Manuel Bohórquez, por ejemplo con Fernando el de Triana. De tanto escuchar siempre las mismas cantinelas, a Manuel le chirrió un día el oído, se puso a averiguar y descubrió que el cantaor nacido en el XIX murió, efectivamente, sin una perra gorda en el bolsillo, pero también que no era de Triana ni era gitano, detalles que inventó porque dedicándose al flamenco ambas filiaciones le daban mejores réditos.

En Barcelona tuvimos un episodio parecido el día que a Montse Madrideo y David Pérez Merino se les ocurrió indagar en la fecha de nacimiento de Carmen Amaya. Los dos historiadores consiguieron encontrar referencias a su nacimiento nunca vistas porque a nadie se le había ocurrido que quizás su familia constara en los registros como «Amalla». A ellos sí, y así fue como encontraron el dato: la Capitana nació en una barraca al lado del Mediterráneo en 1918 y no en 1913 como se había dicho siempre, a pesar de que los pies de fotos de cuando aún era niña rezaban que tenía diecisiete. Para algunos, eso son minucias. Por ejemplo, para el Departamento de Cultura de la Generalitat, que programó el Año Carmen Amaya en 2013 para celebrar el centenario del nacimiento y el cincuenta aniversario de la muerte de la bailaora. Soy suspicaz, pero no imagino a dicho departamento dándole tan poca importancia a otras fechas señaladas.

De conocer trabajos como estos he aprendido que debo ponerme en guardia cuando oigo repetirse una cantinela. A veces, hasta con los mismos vocablos, porque los flamencos, a pesar de apreciar un arte en el que casi todas las palabras se dejan a medias para primar el *quejío*, no callamos. Es como si no fuera suficiente ver y escuchar si no podemos convertirlo en una anécdota con tirón y ajustada al patrón.

Ese patrón es el que lleva a los hombres del flamenco, sobre todo a sus hombres, a repetir cosas como que Manuel Agujetas era «un fenómeno de la naturaleza», «un hombre de otro tiempo», «paleolítico». Lo que hacía Agujetas sobre el escenario es casi indecible. Había que mirarlo,

escucharlo y temerlo para alcanzar a entender qué hacía de aquel animal vestido de Belcebú algo tan fascinante. Quién era él es más fácil de explicar. «Fenómeno de la naturaleza», «hombre de otro tiempo» y «paleolítico» son palabras que aceptamos para describir con un solo disparo a la persona y al cantaor, elogios que ensalzan sus cualidades artísticas y esconden las taras de un personaje arrogante, irritante, inhumano, cerril y cruel. Ese vendaje es muy flamenco: protege al ídolo de un arte minoritario y en extinción y también escuda a quienes hemos ido a oírlo aun detestándolo o envidiando su desfachatez, pues nos convencemos de que el infierno existe, siempre está en los demás y por eso nos gusta.

«La afición flamenca es sádica, querida Silvia, hay quien espera ver morir al cantaor sobre las tablas». Me lo dijo Paco Vargas, periodista y experto, cuando le pregunté qué creía él que atraía tanto a la gente de Antonio Agujetas, hijo de Manuel, que a sus cincuenta años vive y canta a duras penas con las secuelas de una drogodependencia y un paso por prisión que le dejó mella en el cuerpo, en la voz e incluso en los andares. No tiene el alcance artístico del padre, pero sí el apellido y una historia negra sobre los hombros que se presta dócilmente a toda clase de tópicos.

Pero los flamencos también hemos sido injustos con alguien menos controvertido: Paco de Lucía. Llevo meses recorriendo España e intentando comprenderla. En cada rincón han dicho o hecho algo para recordarlo y todo ha sido poco. Solo las palabras han sido demasiadas, por huecas, por vagas, por mal escogidas. Todos en todas partes han dicho lo de siempre, algunos incluso con versos robados a algún poeta del que no saben ni el nombre. Restos de frases que flotan por Google, llevadas y arregladas en un documento plañidero y torpe hecho con buena intención y mala prosa.

Solo los guitarristas han acertado al describirlo y lo han conseguido empleando un lenguaje: el de la música. Cuando toman falsetas prestadas, los tocaores saben a quién citan y aunque la música también puede ser corriente y tópica, ellos se guardan de usar lugares comunes, robados o prestados para referirse al maestro. Vicente Amigo no quiere ni que pongan su nombre junto al suyo: por puro respeto. No quiere que se les compare, lo siente como un insulto... hacia Paco de Lucía. Por eso fue inolvidable el recital que dieron Dani de Morón, Diego del Morao y Gerardo Núñez en su memoria una noche de verano en Madrid en la que, con sus manos y cabezas prodigiosas, construyeron un concierto con tres estilos distintos, sin citar a nadie, sin copiar lo dicho, dejando muy claro cuánto le debemos todos a Paco de Lucía.

# AY, DANI

Del miedo nunca se ha sabido nada, hablamos de él por hablar.  
Carmen Martín Gaité, *El cuarto de atrás*

Ay, Dani. Yo tenía un amigo que se llamaba Dani. Para hacerle rabiar, le llamaba Daniel. Pero resultó que me quería tanto y tan bien, que no le importaba como yo lo llamara. Así que volví a llamarlo Dani otra vez. Ambos teníamos la norma de escuchar los casetes sin rebobinar, es decir, que nos marcábamos como obligación ponerlos en el punto en que los cogiéramos en cada momento. Era una forma forzosa de probar el azar. El CD, claro, nos asesinó los riesgos. Ni ruidos, ni cintas que se enredan para ser desenredadas a cuatro manos, ni sorpresas con el corte de reproducción. A partir de ahí, decidimos no escuchar, sino cantar los temas que nos gustaban. Temimos perder algo y lo perdimos: sucedió a los pocos meses de cantar siempre lo mismo.

De ese vicio de darle a la tecla sin importar en qué instante del limbo musical estuviera el cantante me quedó un subvicio: no escuchar los discos de principio a fin. No quiero saberme ni recitar los discos como se reza un rosario. Un tema detrás de otro, puestos a conciencia estoy segura, pero a conciencia de otra persona que no soy yo. Si un libro se vuelve a escribir cada vez que alguien lo lee; si un escritor tiene lectores aberrantes, certeros y creativos; un músico tiene derecho a tenerlos. Y el deber de buscarlos.

Llevo semanas obsesionada con una canción. Ocurrió hace unos días cuando llegó a mis manos *El sonido de mi libertad*, último disco del guitarrista Dani de Morón. En cuanto las canciones entraron en mi ordenador y mi mano hambrienta de azar puso a sonar un tema del que no sabía el nombre ni el palo ni nada, me sumergí en un bucle que sustituyó al enredo que ya no me dan las cintas. Me metí en la *Malagueña del sorbito* y no salí de ella durante horas. Ahora esas horas se han convertido en semanas, no sé cuántas veces la he pinchado, dándole vueltas al seso intentando averiguar qué tiene Dani en el suyo.

Qué obsesivos son los artistas, no os cuento los guitarristas. Este, además, viene de Morón de la Frontera, una tierra que siempre me ha parecido extraña y mágica. Conozco esos suelos rurales mucho mejor que Sevilla donde todo, hasta la luz natural, se sublima hasta cegarte. De pueblos como este han salido y salen artistas irreductibles, gente que parece nacida de la roca y que hace un flamenco puro de veras. Bernarda y Fernanda de Utrera son el epítome de lo que digo, esa forma de necesitar cantar como se necesita el pan. Morón, Mairena, Lebrija o La Puebla de Cazalla son más ejemplos distintos y distantes, me dirá alguien, pero ¿no es la misma tierra que se percibe en sus gargantas y en sus manos?

A mí me alegra ver a Dani en los teatros grandes y pomposos con cortinas y butacas donde se sienta la gente y no se habla. Nada que ver con las peñas y los festivales de verano donde casi se le dicen al oído las coplas a un público que carga con críos, comenta y come. Me gusta verlo ante

grandes audiencias, pues no soy de las que busca en el flamenco cuevas, anacoretas o anécdotas, pero reconozco que adquiere más sentido a ras de suelo, cantado y escuchado por el pueblo, recitado o tañido junto a la greda.

Dani logra eso en este disco a pesar de que ya hace años que le toca a los grandes y pisa el mundo. Logra que entre los dedos se le escape una piedra caliza, un arbusto espinoso y alguna encina. Lleva auestas las cualidades de su territorio, que es seco y ácido y el lugar de la provincia donde los ríos presentan su mayor capacidad de erosión. En él se crían la culebra bastarda y el lagarto y hay por todas partes canteras de cal, óxido de calcio que todo lo purifica.

La *Malagueña del sorbito* es el corte que mejor expresa cuánto verde da un desierto. Es hermosa hasta llorar sangre licuada, pero además es contexto. Pinché otros cortes y volvió a apoderarse de mí la oyente imaginativa que soy. Me pareció que el maestro Joaquín Rodrigo se le había metido a Dani en un costado. Un puntito leve, no en todos los temas ni durante mucho rato. No como un compañero de viaje, más bien como un tic de esos que nos queda por siempre, adquirido en silencio y en soledad. Como cuando una, a falta de cintas, pone discos a girar a voluntad del albur o le cambia el nombre a alguien sin recordar ya por qué lo hace.

He visto al de Morón varias veces en directo y siempre da la impresión de hacerse caso. Me recuerda sin parecerse a ese otro guitarrista de esa tierra, estrella sin *marketing* y anónimo genial: Diego del Gastor. Uno es de donde crece y Dani tiene en los ojos algo que ya he visto antes en otros de esa frontera: ese don de los no cuerdos que consiste en tener solo un par de cosas claras. Recuerdo que un día le contó a Sara Arguijo en una entrevista que la condición indispensable para ser guitarrista es ser generoso. Yo añadiría que con uno mismo. Ser dadivoso y darle espacio a lo que se piensa y siente son los primeros pasos que da un valiente. Y al escucharle tocar es evidente que Dani no teme nada.

# UN DOLOR SIN OBJETO

Que la muerte sea el gran tema del arte andaluz no es un hecho azaroso.  
Félix Grande, *Memoria del flamenco*

«De tanto mirarla cara a cara, nos vence la emoción. Nos han derrotado sus lágrimas y salen las nuestras».

Una voz en *off* dice estas palabras mientras la cámara se acerca a la Virgen del Pilar hasta encuadrar sus ojos y una gotitas que salen de sus ojos. Luego entra en escena un hombre que pasa de los cincuenta y, con los ojos enrojecidos y controlándose para no llorar, asegura que lleva treinta años esperando que la imagen llegue a la iglesia de Montequinto, en Dos Hermanas. La talla tiene la firma del escultor José María Leal y es la protagonista de *La Pasión*, un programa de El Correo TV, que comenta todos los detalles imaginables relacionados con la Semana Santa.

«Nos enfrentamos a la mirada maternal y tierna de la Virgen del Pilar. Y a fuerza de mirarla tanto, nos ha hecho creer», dice la voz en *off* para cerrar la pieza.

La televisión no es la única que me devuelve una tradición, la Semana Santa, con la que siempre me llevé mal. La prensa que tengo acumulada en la habitación del hotel en el que me alojo me da titulares sobre la semana de pasión en todas las secciones.

«Sevilla»:

«Si no hubiéramos intervenido, en 15 días se hubiera caído la bóveda de San Roque», en referencia a la rehabilitación de una iglesia.

«Cultura»:

«La nueva iglesia del Polígono Aeropuerto gana el premio al mejor templo del mundo».

«Cofradías»:

«Un año para honrar la pureza de María».

Contraportada:

«Es más fácil transmitir ciertas cosas en tus obras si eres creyente», reza el titular a una entrevista a Raúl Berzosa, cartelista de la Semana Santa de 2015.

Y aún faltan seis meses para la semana grande.

Para mí la Semana Santa son solo saetas, palo del flamenco sin música y sin alboroto y difícil de cantar. Donde crecí, cada año sonaban tambores impertinentes que marcaban la marcha de las procesiones que estaban por venir. Cada viernes, un miserere, un ensayo de la gran semana, que a mí se me antojaba eterno y también inútil porque la representación no variaba un ápice de un año a otro. Para mí no había mensaje ni fe ni referentes que pudieran hacerme estremecer y supongo que por eso me parecía que aquello era como ir al teatro a ver siempre la misma obra.

Comprendí mejor estos ritos cuando leí a Chaves Nogales explicar la religiosidad sevillana, que no es menos profunda porque se exhiba de manera exuberante ni porque a veces conviva con otras tradiciones paganas y disfrutonas como puede ser a veces el flamenco. Cuenta el autor que en las procesiones primitivas los disciplinantes salían con la cabeza tapada y dándose golpes con los que se hacían heridas hasta que caían desmayados o tenían un accidente, lo que provocó que en el siglo XVII muchas cofradías vieran mermar el número de sus hermanos.

La negativa a salir en procesión de esa manera obligó a algunas agrupaciones a contratar disciplinantes a sueldo, mercenarios del flagelo, algo que no convenció a las constitucionales sinodales que vieron oportuno eliminar los latigazos y la sangre y suavizar la exhibición de su fe antes que pagar a unos actores para engordar las hermandades.

Hay quien aún ve en esa nueva puesta en escena estilizada y libre de sangre una pantomima o una hipocresía y no es mi caso, pues dijo el mismo Chaves Nogales que «también la fe evoluciona» y yo creo que se puede cantar por bulerías y por saetas, por palos de la alegría y de la pena, sin entrar en contradicción, del mismo modo que se puede disfrutar, o no sufrir, y seguir creyendo en Dios. Mi rechazo a la Semana Santa siempre fue por otro lado.

Lo único que yo anhelaba aquellos días era la noche de las saetas. Entre las torcidas calles de Baena, de noche y casi a oscuras, los días sagrados acumulaban un olor a cera que duraba semanas. Yo me apostaba en alguna esquina para oír a las mujeres que, subidas al balcón y vestidas de luto, le cantaban al Cristo que paraba en su puerta. La primera vez que escuché aquello, al menos la primera vez de la que tengo recuerdo, sentí un miedo atroz. Me escondí detrás de mi padre, me agarré a su pantalón y aún recuerdo el golpeteo del corazón, buscando salida por las yemas de los dedos.

La segunda vez sentí el mismo espanto, pero me habían crecido el cuerpo y la valentía. Entonces, incluso me atreví a mirar sin esconderme, a pesar de que toda mi piel se erizó hasta dolerme. Cantaba una mujer con la voz oprimida y mirando a un Cristo herido de una manera que me hizo desear creer en algo. Por suerte, pronto percibí un pacto en el cante por saetas que me alivió, un acuerdo de puesta en escena, un dolor interpretado que acaba siendo verdad, pero un dolor que no mata, un dolor sin objeto, un dolor de sujeto y nada más.

Me creo la saeta porque es nueva cada vez. Porque la persona que la canta aporta su interpretación, quizás su dolor. Me creo su voz, su lamento, algo que no me pasa cuando veo ríos de personas rompiéndose los dientes por tocar, coger, rozarle al niño a la Virgen del Rocío cada año. Conjugan en plural «creer», «pensar», «sentir» o «disentir» es algo que estoquea mis tímpanos. Creo que es el mismo motivo por el que ya no me gusta el fútbol y me atrae tanto el boxeo.

Pero no quiero mentir: mi rechazo infantil y adolescente era más simple que todo esto que hoy metabolizo con otro órgano que no late. La Semana Santa fue, de mis ocho a mis dieciocho años, usurpadora de amigos. Por eso cuando llovía, yo me alegraba. Era como si el cielo me devolviera a mi gente, muy atareada con procesiones y fiestas en hermandades para quedar a dar una vuelta o charlar un rato. Llovía, pero en realidad no me servía de nada porque estaban mohínos y no eran buena compañía. Yo tampoco lo era: no entendía el fastidio que les producía tirar por la borda un año de ensayos, de dinero y de tiempo invertidos.

Me tentaron, claro que sí. Viviendo como vivía en la misma calle del Hermano Mayor de la Virgen de los Dolores, me ofrecieron varias veces que me uniera a ellos. Bueno, a ellas, porque el

jefe era un hombre, pero la hermandad era de chicas. Las actividades en grupo, las fiestas, la venta de boletos para sorteos y las visitas a la modista para hacerse el traje me tentaron, más por la idea de formar parte de un grupo que por lo que ofrecían. No era ciega, hacían círculos de amigos, la gente tenía cosas que hacer, citas a las que acudir. Y yo les envidiaba. Ya más mayorcitos también quedaban y se emborrachaban juntos. Y tener a alguien con quien beber es importante. Pero no di el paso.

—Si nadie te verá con ese capirote —me decía una amiga para convencerme.

—No, pero me verá yo. Y no me reconocería.



# POR CARCELERAS

En Sevilla, como en España entera, los verdaderos valores morales se excluyen de la actuación pública.

Manuel Chaves Nogales, *La ciudad*

Los paseos de estos días por Sevilla me llevan siempre a las iglesias, lugares en los que busco paz y casi la exijo. Pero aquí, las parroquias son los lugares más concurridos después de los bares, por eso, cuando llego a la Basílica del Cristo del Gran Poder, tengo que cambiar de planes y meterme en la de al lado. Y es en la Basílica de San Lorenzo, más discreta, donde encuentro el banco en el que masticar silencio.

Cuando aún no me ha dado tiempo a liberar mi cabeza de todo el ruido con el que la atiborro, un hombre trajeado se sienta a mi lado. Es alto, le queda poco pelo y hace una genuflexión muy ostentosa. Aún no sé quién es, pero le observo. Se va, elige otro santo, le reza y le deja una moneda. Hace lo mismo con todas las tallas. Me solivianta su devoción, pues recorre todos los altares y en todos dice algo y hace su ofrenda. O tiene mucho tiempo o mucho miedo, pienso. Aún no sé si es quien creo, pero se le parece mucho. Cuando acabo con mi dosis de silencio, salgo a la calle. En la puerta, nos cruzamos, me mira a los ojos creyendo reconocerme y me dice:

—Que tengas buen día y que Dios te bendiga.

Es Manuel Ruiz de Lopera, expresidente del Betis. Su club lo gestionan desde hace un tiempo administradores asignados por la jueza Mercedes Alaya, conocida en toda España por haber instruido el caso de los Expedientes de Regulación de Empleo fraudulentos que implica a la Junta de Andalucía.

Al salir de la basílica, he cogido el teléfono para contarle mi encuentro a Gonzalo Castellero, porque con él Jaime siempre hace broma recordando las anécdotas de este hombre, todas disparatadas. «¡Hemos *fishao* a Finidiiiiiiiiiii!», dijo como si fuera un hinchado y no el presidente del club el día que pagó más de mil millones de pesetas para arrebatárselo al Real Madrid un jugador por el que también estaba pujando. Otra de esas historias tiene que ver con el Cristo del Gran Poder de tamaño natural que decía tener en su despacho y con el que recibía a todos los entrenadores que contrató. A la basílica de ese Cristo y no otro le ofreció la Copa del Rey que ganó el Betis en 2005, iglesia a la que llegó Lopera llorando como un chiquillo. Un rey, una copa y un posible presidiario. He aquí otro auto sacramental de un tiempo maravilloso.

«Necesito ochocientos millones en veinticinco minutos».

El vídeo en el que Lopera le dice esto por teléfono al director de un banco circuló en 1992 y era una recreación encargada por él mismo para explicar cómo salvó al Betis de la desaparición unos meses antes. Hay cosas que dan risa porque no parecen posibles, pero el tiempo y la justicia demostraron que ese vídeo vergonzante quizás fue de las cosas menos bochornosas que nos iba a

proporcionar el fútbol patrio.

Era a principios de los noventa y el presidente del Betis no estaba solo en su esperpento de empresario metido a mandatario de club de fútbol. En la capital andaluza también estaban José María González de Caldas, presidente del Sevilla FC, imputado en varios casos que incluían una investigación para averiguar de dónde sacó el dinero para comprarle un Mercedes a Sofia Mazagatos, ex Miss España. Este fue el caso más colorido pero no el más grave: a Caldas se le acusó de pagar el soborno al cabecilla de la trama de corrupción política y urbanística más grande de la historia española: el caso Malaya. Pero salió bien parado: seis meses de prisión y anulación de la multa estipulada en treinta mil euros por un delito de cohecho.

Fueron los años en los que Augusto César Lendoiro alternaba sus cargos públicos como militante del Partido Popular con la presidencia del Deportivo de la Coruña, club al que engrandeció, aunque la gloria le duró poco, pues pronto aparecieron las acusaciones de estafa y delitos societarios. Fue el tiempo en que José Luis Núñez era el mandamás del Barça y dueño de todas las esquinas de Barcelona. También él entró en prisión por el caso Hacienda, una trama de corrupción en la que algunos empresarios sobornaron a excargos e inspectores de la Agencia Tributaria para ocultar irregularidades de sus sociedades a finales de los años noventa. Todos acabaron ante la justicia por causas relacionadas con la turbia gestión de sus clubes o de sus empresas. A veces de las dos cosas. Lopera no estaba solo ni era el más llamativo. Le hacía la competencia Jesús Gil.

Gil era un constructor de pasado oscuro que acabó ganando la alcaldía de Marbella en 1991 basando su discurso en un populismo con mucha prédica. «Este medraje es lícito», dijo casi al tiempo que tomaba el cargo de presidente en el Atlético de Madrid en 1987 en una frase muy parecida a esta:

El tráfico de influencias deja de ser negativo cuando lo que se tramita a través de esa influencia es perfectamente legítimo.<sup>1</sup>

La dijo en 1990 José Cabrera Bazán, futbolista en el Betis, el Sevilla y el Jaén en los años cincuenta y posterior responsable de la Cámara de Cuentas de la Junta de Andalucía, dando ejemplo de lo que cambia un cuento cuando el que lo explica cambia de bando.

Pero Gil caía en gracia. En 2005, los ayuntamientos gobernados por su partido acumulaban la mitad de la deuda municipal con la Seguridad Social y Hacienda. Las normas no eran para él. Y además, dio momentos de gloria televisiva, algo que se agradece mucho en un país muy ruidoso pero no precisamente alegre. Él fue quien sentó las bases de lo que iba a ser el caso Malaya y que llevaría a su sucesor, Julián Muñoz, a la cárcel y a los programas del corazón por sus amoríos con la cantante Isabel Pantoja, también imputada y condenada por blanqueo de capitales. Gil dejó su cargo unos años antes por el caso Camisetas, en el que se le condenó por prevaricación al desviar cuatrocientos cincuenta millones de pesetas del Ayuntamiento de Marbella al Atlético de Madrid, y quedó inhabilitado para el ejercicio de cargo público. Murió en 2003 dejándole a sus hijos ochocientos cincuenta y cuatro euros en herencia. «Porque no tenía nada a su nombre. Ningún empresario suele tenerlo. Yo tampoco. Ni mi coche, ni mi casa». Así explicó su primogénito, Jesús Gil Marín, a la periodista Vera Bercovitz en *Vanity Fair*<sup>2</sup> el porqué de tan mísero legado.

Cuando murió Gil, el tipo de empresario al que representaba empezaba a declinar. Le sucedió otro arquetipo, este procedente de la abogacía, las finanzas o la publicidad, sectores que manchan menos que el ladrillo. Fue el caso de Joan Laporta en el Barça, que después fue concejal en el Ayuntamiento de Barcelona y también diputado en el Parlament catalán o el de su socio y después enemigo, Sandro Rossell, representante de la multinacional Nike, que presidió el Barcelona y lo dejó al ser imputado por fraude fiscal en el caso Neymar al no tributar todo lo que se pagó por el fichaje del joven jugador brasileño. Eran chicos de la Barcelona pudiente, con despachos de abogados, buenos trajes y mejores fiestas. Más discretos que sus antecesores, mejor vestidos.

Ahora los clubes son de empresarios chinos o jeques árabes que los compran y dan alegrías a sus seguidores que temen que desaparezca el club de sus amores. Fichan a estrellas que no podrán ni soñar con su presupuesto y los ponen en el mundo, es decir, en las noticias. La manera de funcionar no es muy distinta a la de antes, pero es más discreta.

Al salir de la iglesia veo cómo se aleja Ruiz de Lopera. Hasta que lo pierdo de vista lo paran tres personas. Tres saludos, dos besos, dos encajadas de mano y tres sonrisas. De adolescente, yo gustaba las pocas pesetas de las que disponía en comprar libros, la *Súper Pop* y el diario *Marca*. Cuando no me llegaba para todo, iba al Bar Triguero y con Rafa, camarero e hijo del dueño, comentábamos las noticias con el periódico destinado a los clientes. El peinado de Fernando Redondo siempre le servía a Rafa, algo mayor que yo, para burlarse de mí, pues me gustaba el argentino y coleccionaba fotos, pósteres y *frames* de su melena en mi retina. El tupé de Lopera también nos daba para mucha risa floja adolescente: por demasiado oscuro, por demasiado escaso, por las virguerías que hacía para que no se viera que lo perdía. Lo veo ahora alejarse, con menos cabello, pero trabajado con el mismo esmero que años atrás para disimular y maquillar lo inevitable. Lo veo marchar y recuerdo lo buen centrocampista que era Redondo y lo poco que se le recuerda, visualizo lo bien que administraba el juego y lo defendía, paseándose, ay, con aquella cabellera lacia y rubia que usaban sus rivales para intentar achicarlo. Y viendo alejarse al sevillano me pregunto con malicia si no habrá alguna relación entre cómo uno gestiona y cómo se arregla el pelo.

<sup>1</sup> Peinado, Q., (2013), *Futbolistas de izquierdas*, Alcalá de Henares, España: Léeme Libros.

<sup>2</sup> Bercovitz, V. (20 de febrero de 2012). «La Familia, y tal y tal...». *Vanity Fair*. Recuperado de <http://www.revistavanitfair.es/>

# LA SILENCIOSA

¡Estudios! ¡Carreras! Yo no he necesitado ninguna para hacerme rico. Contra más sepa tu hijo,  
más pobre será.

José Más,

*El rebaño hambriento en la tierra feraz*

«A mí no me afectan los comentarios, más o menos machistas, paternalistas o condescendientes. Sé que en el fondo, se mueren de miedo». Sara Arguijo dice esto riendo, con una carcajada que es luz porque es verdad. Se refiere a su experiencia siendo mujer y periodista especializada en cultura y experta en flamenco. También es *freelance*, sevillana, andaluza, lista, de mirada dilatada. Conocerla me ha hecho pensar en las oportunidades de contacto humano interesante que perdí por mi estrechez de miras adolescente que me hizo salir corriendo de esa tierra sobre la que ella tan bien se pasea. Ella conoce las reglas de su entorno, pero hace lo que le da la gana con la paz que da vivir convencida, no obligada. «El movimiento se demuestra andando», me ha dicho siempre mi madre y Sara demuestra quién es cada vez que dobla un chaflán.

«¿Un saxofón? Como nos descuidemos van a hacer flamenco con el cipote». Esa frase la escuché en verano en La Unión de boca de un señor muy entendido cuando vio salir al escenario a Gautama del Campo. El sevillano solo necesitó treinta segundos y tres exhalaciones para tapar la boca del grosero, que enseguida vio que la *Saxsoleá* era flamenca y atrevida y además, hermosa de enloquecer. Aprovechando que estoy en Sevilla, quedo con su artífice a tomar algo. Me cuenta su experiencia, la chaladura que supone lo del saxo flamenco. Él es músico, puede tocar lo que quiera, pero tira por lo hondo aun sabiendo lo apretado que está el tarro de las esencias flamencas. «Lo que hago no es nuevo, pero hay quien lo ve como intrusión, yo procuro no hacer caso». Lo escucho y lo observo y entiendo que a pesar de haber nacido en una familia de artistas, no ha sido fácil para él que lo comprendan. Creo que a él le da lo mismo. Es otro que anda.

Hace unos días se estrenó *La isla mínima*, una película lejos del tópico, parida en Andalucía. Alberto Rodríguez es su director y con los días que llevo en Sevilla, no me cuesta imaginarlo junto a Gervasio Iglesias, los dos parte de la Generación Cinexín, hablando de otras cosas y de otras historias en la capital andaluza de hace veinte años cuando soñaban el cine. *La isla mínima* es un relato en el que se presenta una Andalucía silenciosa, una sin ruido, a veces muerta de miedo, y muy alejada del bullicio con el que siempre se la retrata. Apenas hay diálogos, no hacen falta, y eso permite que hasta se pueda oír el fango de las marismas, contrapunto de una belleza, la natural, que siempre que se posee, sobre todo si se es hembra o territorio, acaba siendo un castigo.

La Andalucía que yo recuerdo y en la que crecí es la de la gente que mendigaba horas para cobrar el subsidio agrario. La mayoría eran horas trabajadas, otras solo estaban firmadas sobre un papel y le servían a la gente para tener un fijo, algo con lo que tirar para adelante. Y lo hacían

callandito, en susurro porque hasta el más ignorante sabe cuando se incumple una ley. En algunos casos que conocí muy de cerca, servía para que un hombre fuera al bar todos los días. A veces era ella la que lo cobraba para ayudar en casa, y sé de un caso orquestado a espaldas del marido, para «hacer un colchón» y evitar la catástrofe el día que, por enésima vez, el padre de familia se lo gastara todo jugando a las cartas. Suena a tópico, ¿verdad? Pues era el pan de muchos días.

Recuerdo también los días imposibles, que eran los de mucho sol: no se podía estudiar y eso que yo no anhelaba otra cosa. Los colores, el cielo, la luz, el sopor, los chicos, las fiestas, todo se concatenaba para hacer plomizo el aire y violar mi voluntad: ya fuera para mantener los párpados en alto o la carne en calma. Hubo momentos en que agradecí los mil tabúes: de no haber existido habría agotado todos mi furores en lo poco que me duró a mí la adolescencia. Hubo quien los consumió y además tuvo la suerte de no preñarse, con lo que alargó esa vida regida por el sol hasta el día de morir. Perdón, quise decir de casarse.

Y todo, yacer, llorar, cobrar en negro, pedir trabajo, besarse con el vecino, abortar o ir a ver a un curandero se hacía en puro silencio. Esa es la Andalucía en la que crecí, ni jaleosa, ni bulliciosa, ni alborotada. Lo importante nunca era dicho. Los sueños, si no estabas preparado para el escarnio, tampoco se comentaban.

El mío era estudiar. Así de simple y de pobre. Y yo aprendí a no decirlo. Las únicas veces que recé de veras fueron para pedir que nada se interpusiera entre la puerta de la universidad y mis ojos. Entré en la Universitat Autònoma de Barcelona en 1996, año en el que las matriculaciones universitarias en España empezaron a sufrir un ligero descenso, un desinterés inversamente proporcional a las ganas que tenía yo de exprimir lo que tuvieran a bien darme allí dentro. Hoy hay en España setenta y cinco universidades, cifra que sabiendo lo que sé, no me ilusiona. En EE.UU., con doscientos setenta y dos millones más de habitantes, solo hay ciento setenta y ocho. Podría decir que aquí sobran muchas, pero ofendería a mis padres que lo hicieron todo para que yo entrara en una.

Yo salí de una Andalucía, la que yo viví, hermosa y pobre para averiguar quién era. La universidad no me dio ese conocimiento, solo unas habilidades que a duras penas me sirven para comer. «El saber no ocupa lugar», se ha dicho siempre. «Mejor un título que nada», he oído yo alguna vez en mi familia. Encantada les llevaría la contraria, pero ahora, en lugar de contestar, me callo y procuro que mi andar sea elocuente.

# EL DUENDE ILUSTRADO

El conocimiento la pasión no quita.  
Antonio Chacón por caracoles

«El flamenco tiene una enorme capacidad masturbatoria», dice la mujer que tengo enfrente mientras pincha una alcachofa tierna y melosa y se la lleva a la boca. Cuando la entrevisto tiene cincuenta y un años, tres hijas, una pareja trece años más joven que ella y un padre y una madre de ochenta y cuatro. «Pero están nuevos nuevos», dice feliz. Lleva un vestido corto, rojizo, con algunas flores blancas y encaje negro sobre los hombros. ¿El pelo? Oscurísimo, largo, algo ondulado. «Hace doce años que no voy a la pelu», dijo cuando la conocí y yo lo recuerdo hoy cuando, por tercera vez, emplea la palabra «caspa». La usa para referirse a un sector del flamenco y para hablar de Sevilla, su ciudad, a la que ama y le desea un mar y más gente con ganas de cambiar las cosas: «Aquí, el hermano mayor de una cofradía tiene más reconocimiento social que un concejal».

Cristina Cruces Roldán es catedrática de Antropología Social en la Universidad de Sevilla. También es responsable de que España tuviera su primer doctorado sobre flamenco. Los exalumnos suyos que he conocido hablan de ella con devoción. Tiene detractores y no creo que sean pocos, pero están localizados y emplean el mismo tono. A mí no me asombra su currículum plagado de logros, libros y reconocimientos, me admira el modo en que convierte la observación y su experiencia vital en fuente de conocimiento.

Quizás porque es profesora emplea las palabras para que la entiendan, no a modo de lentejuelas, por eso usa coloquialismos como «cojones», «mojón», «paja» y «carajote» aspirando las jotas para darles un énfasis que contrarresta al mezclarlas con citas de Bourdieu, ensayos sobre el cuerpo humano y referencias históricas. Estudia, entre otras cosas, el papel de las mujeres en el flamenco, la etnicidad o aspectos económicos y sociales de lo jondo. En resumen, Cristina Cruces Roldán busca contexto, saber por qué una bailaora no cobra lo mismo que un cantaor; por qué el flamenco nació en el lumpen; o por qué tienen hoy los gitanos, como las mujeres, un papel subalterno en este arte. «Mira, leona, descubrir en qué año cantó la Serneta en este o aquel pueblo es interesante, pero solo es un dato. Hay que buscar las razones y cómo influyen. ¿O vamos a obviar que lo que ocurría en los entornos donde nació el flamenco era la vida hecha jirones?».

A ratos, me parece que hablo con una artista. Otras, con una de esas vendedoras infalibles que conocí en los mercados donde trabajó mi madre. «Yo lo que soy es canzonetista», dice riendo y refiriéndose a un grupo de mujeres que ha estudiado. «Si no sabían tal o cual baile, se lo inventaban o lo aprendían. Si había que hacer chistes, los contaban. Eran capaces de sobrevivir a un cataclismo». Cuando habla de su madre, dice algo parecido y asegura que se parece a ella más a que a su padre, guardia civil y fontanero, a quien define con una frase que bien podría ser verso

para un cante por serranas: «Mi padre es cacho de pan, oro molido».

El interés por el flamenco le creció en Sanlúcar de Barrameda donde fue a trabajar en su tesis doctoral, dedicada a la economía doméstica de la población campesina; pero fue metida en un Seat, visitando las peñas flamencas de Sevilla, cuando vio la luz. «Recorrí barrios periféricos, algunos muy complejos, y comprobé que las peñas funcionaban como corredor entre la ciudadanía y la Administración, pues igual montaban un festival que conseguían bancos en la calle o un parque para los niños». Vio que eso no se contaba, que el flamenco siempre se analizaba con una mirada externa, que se cosificaba y mitificaba en torno a la idea de una Andalucía trágica. «Eso, y que se estudiara como si solo fuera una música, me pareció un reduccionismo atroz».

Tampoco la flamencología le cuadraba. «No, porque trata lo jondo como un método, no como un objeto de estudio que debe abordarse desde todas las disciplinas posibles: la economía, lo jurídico, la musicología...». Es así como tomó un camino en el que no había maestros. No es que partiera de cero, había alguna literatura, pero buscaba algo más, un método para huir de los relatos creados por escritores románticos del siglo XIX o cronistas del XXI, tan enamorados que renuncian al rigor. «No es que yo sacralice los documentos, sería absurdo en un arte que apenas dispone de textos. Lo que yo digo es que el flamenco no es Lola Flores y también lo es. Que es franquista y no lo es. Que los artistas son sublimes y no lo son. Que nada es absoluto». Aspira a la objetividad y a romper tabúes, pero hay quien eso lo interpreta como falta de cariño.

Machismo, homofobia y racismo son algunos de los temas que toca sin que le salga urticaria. Pero en los foros de debate y en las redes sociales hay quienes replican que en el flamenco siempre hubo mujeres artistas. No pocas son compañeras. «En *Arte y artistas flamencos* (1935), Fernando el de Triana traza el perfil de trescientas trece artistas: noventa y seis son mujeres. Un tercio del total son cantaores, un tercio bailaoras y un 17 % son guitarristas. En el último grupo solo hay una mujer que se dedica al toque, pero a esa es a la que se agarran quienes dicen que el flamenco no es machista». Una frase que la exaspera: para qué contar mujeres si todos somos personas. «¡Toma castaña! ¡Solo faltaba! El problema de un arte oral y machista es que no están ni las palabras ni las mujeres para contarlos porque nunca pudieron ser artistas».

Para hablar de este tema usa voz, manos, ojos y hasta el pelo, que se recoge en un moño, evitando el calor y buscando contención. «Vivimos un momento en que se quiere eliminar toda ideología. Se quiere que todo funcione con la racionalidad decimonónica de la presunta eficiencia de la gestión. ¡Como si la gestión no tuviera ideología! Y con eso, se obvía de donde venimos: del franquismo».

Enseguida volvemos a la masturbación. «En lo jondo, cada cual se satisface consigo mismo. Uno dice algo, lo que sea, y otros lo aplauden y le llaman maestro. Y yo creo que el flamenco no se puede explicar con tan poco rigor». Acepta cualquier aportación: la del *amateur* que encuentra un dato sin más recursos que su voluntad y la del académico, por eso no acepta determinados ataques. «A mí no se me ocurre hacerlos si veo que la voluntad del otro es arrimar el hombro». Es el único instante de nuestra charla en que me parece que respira por la herida.

A Cristina Cruces Roldán la han ofendido varias veces, en público y a propósito. De ella han dicho que está donde está gracias al que hoy es su exmarido, como si de las veinte matrículas de honor que acumuló en su carrera se hubiera examinado él y no ella, y se ha puesto en duda su habilidad para, por ejemplo, dar una conferencia sobre Paco de Lucía. «Aún hay quien piensa que haber tomado café con Camarón es el requisito suficiente e imprescindible para hablar de

flamenco. Yo no traté a Paco de Lucía, pero entiendo el contexto en el que se crió y en el que creó su obra. ¿Lo entiende usted, señor mío?», dice la hija del fontanero rompiendo una tubería por la que brota agua estancada.

Sobre su cargo público, habla más con la cabeza. «Llevo desde 2005 en el Consejo Audiovisual de la Junta de Andalucía». Formar parte de ese organismo, haber estado en varios comités científicos y que la Administración le haya encargado varios informes técnicos es otro frente por el que la han atacado. «No milito en ningún partido, pero no entiendo que hacerlo o participar en las instituciones sea visto, por defecto, como un demérito. Quienes piensan eso quizás creen que la única opción es tragar. Yo prefiero estar donde se toman decisiones porque, si algo no me cuadra, me planto».

En las instituciones consiguió, junto a otros, que el flamenco se incluyera en el Estatuto de Autonomía como una competencia exclusiva de la comunidad andaluza. También formó parte del equipo que elaboró el material para que la Unesco reconociera lo jondo como Bien Inmaterial de la Humanidad en 2010. Se puede estar o no de acuerdo con ella, pero repasando su trayectoria queda claro que con el rigor no ha querido nunca matar al duende, sino dignificarlo. «¿Sabes por qué nos parece el flamenco algo tan único? Porque no leemos». Pocos ven fuego amigo en ese tiro y en algunos sectores casi se entiende. Cuesta más comprender por qué la universidad sigue sin verlo: «Cuando propuse que se incluyera en el currículum académico, solo encontré resistencias».

La historia de cómo Cruces Roldán consiguió implantar el primer y único programa de doctorado en España sobre flamenco está llena de paradojas, término que pronuncia con el mismo ímpetu que «cojones», «mojón», «paja» o «carajote». Sus clases para extranjeros sobre el asunto estaban a tope, pero no le permitían incluirlas en el currículum de los estudiantes de Sevilla. Cuando consiguió arrancar el doctorado en 2004, no dejaron que su trabajo fuera reconocido como carga docente del departamento porque consideraron que era algo que hacía por gusto. El programa se canceló en 2011 a pesar de haber parido tesis doctorales, tener alumnos, registrado patentes (incluida la de una suela de zapato especial para baile flamenco) y creado un sistema de análisis matemático, cosas que cuentan para determinar si un programa de doctorado sigue o se cancela.

«La universidad está en contra del flamenco. Un colega me llegó a decir que dedicaba demasiado tiempo a un tema menor y esa opinión ha sido una constante». A ella le da igual. Lo dice y la creo porque es fácil ver que se le multiplican las ganas con los impedimentos. «Voy a seguir porque amo el flamenco y creo que merece otra investigación y otro trato. Y también más humor. ¡Qué *jartura* de caras adustas! ¿Que qué pienso hacer cuando me ataquen? Tomar medidas legales si incurren en algún delito y, si no, seguir a lo mío sin contestar. Porque, ¿sabes una cosa, leona? Yo tengo la autoestima por la nubes», me dice muerta de risa y deshaciéndose el moño.



BARCELONA

# TRES PERSIANAS BAJADAS Y DOS TAJOS DE TIJERA

Creo en el amor cuando estoy triste.  
Roberto Arlt, *Aguafuertes porteños*

La escena que voy a explicar pasó en julio y la escribo en octubre porque ahora sé que el lugar donde sucedió no existirá más. Ese sitio era un bar de Barcelona deslucido y áspero en el que muchos pasábamos largos ratos cuando éramos más jóvenes y al que volvíamos recordando momentos mejores, suyos y nuestros. Es el Mauri, un bar del barrio del Eixample que cerró las puertas en agosto para irse de vacaciones y no ha vuelto a abrirlas. Quiosqueros y vecinos me han contado que la dueña, por diversos motivos, lo ha cerrado para siempre. He tardado en buscar confirmación: hace aún tanta calor que pensaba que quizás sus dueños andaban disfrutando de un verano que en agosto, por el viento y la lluvia, no existió.

En ese lugar, en el cruce de las calles Aribau y Provença de Barcelona, pasé muchas horas cuando salía de la universidad; allí quedaba cuando quería tener una buena charla entre dos; allí leía sentada ante un café y volví ya más mayor y muchas veces a escuchar entrevistas grabadas, a transcribirlas o a enfocarlas. Otros días, como el que voy a contarles, me limitaba a desayunar, a leer el diario o a observar a la gente, que no es poco si se afila el ojo.

Aquella mañana de julio la empecé por bulerías. Enchufado a los oídos tenía a Luis de la Pica cantando por boca de Marina Heredia. No lo sabía, pero acababa de empezar a tornar rojo un día que amaneció gris:

Por ti, trasnocho y madrugo  
por ti, yo me acuesto tarde  
por ti, yo sería capaz de volverme loca  
y después matarme...

Salí de casa, bajé la calle, me metí en el Mauri, elegí un ventanal y pedí mi desayuno. Jamás miro por una ventana que no sea de tren, no me gusta ponerle marco a lo que veo. Jamás me han gustado todos esos cuadros de mujeres en ventanas, de espaldas, con cara o sin ella, rezando o ansiando, qué más da porque los dos son verbos que no conjugo. Esa estampa empezó a proliferar en el siglo XIX y llegó hasta Dalí que pintó a su hermana mirando el Mediterráneo. No es para mí, hay algo en ese retrato de la jaula o del confort, no sé a qué hace referencia, que me incomoda.

Pero esa mañana, sin pensarlo siquiera, me cobijé tras un ventanal y deseé ver llover.

Cuando casi no me había acomodado, vi acercarse a un hombre con una mochila a la espalda que se sentó en la terraza. La imagen de un hombre tallado con un macuto sobre el espinazo me entristece hasta la médula. Y esa estampa, unida al *quejío* de Marina, me enganchó al cristal. El

hombre, como si hubiera olido mi tuétano, se zafó de la mochila y sacó de ella un cuaderno, un sobre y unas tijeras. Con las tijeras cortó el plástico que protegía el cuaderno, que resultó ser un álbum. Del sobre sacó fotos que extendió sobre la mesa. Lo observé impertinente porque él estaba fuera y yo dentro, él casi de espaldas y yo en dirección a él, y vi que en algunas instantáneas aparecía una mujer de su edad y en otras, una chica joven. Lo vi acariciar la foto de la señora y ponerla debajo del montón para luego prenderla de nuevo y colocarla encima de todas para rozarla con ternura otra vez.

En un momento dado, se echó para atrás, soltó las fotos, guardó las tijeras y respiró hondo. Pasó una chica guapa y se giró a mirarla. Sonrió por un instante y tomó aire. Pero no tardó ni un minuto en devolver sus ojos a la mesa y a la foto arrullada. Cogió el álbum y metió la estampa de la joven en la primera página y a su lado, otra de dos niños de teta. Pero un instante después, sacó a las criaturas y colocó en su lugar a la señora acariciada. Se echó de nuevo hacia atrás, respiró hondo de nuevo y le dio un sorbo a su café, pero esta vez no pasó ninguna chica que diluyera su angustia.

Por ti, trasnocho y madrugo  
por ti, yo me acuesto tarde...

La canción no sonaba hacía rato, pero yo aún la mascaba. No parpadeé para no perder de vista las tijeras y me preguntaba de forma obsesiva para qué se acaricia una foto. Lo vi sacar la imagen de la señora y dejarla al otro extremo de la mesa. Dio un trago largo al café y empezó a colocar instantáneas como quien toma un jarabe: aguantando la respiración. Cuando tuvo las fotos archivadas y el café bebido, cogió la que le quedaba, sacó las tijeras, ejecutó dos cortes y desguazó el retrato en cuatro trozos.

Por ti yo sería capaz  
de volverme loca  
y después matarme...

Hecho esto, recogió sus cosas: tijeras, álbum, fotos y una mujer hecha pedazos, y las guardó en la mochila. Pidió otro café con leche y al girar su cabeza para atender al enésimo mendigo del Eixample que pide por las terrazas, le vi frotarse los ojos. Yo deseaba ver llover y vi a un hombre llorar. Bueno, creo que lo vi llorar, pero no sé si lloraba. Yo sí sé que habría llorado si no hubiera estado rodeada de gente.

Yo no sabía entonces que ese sería mi último desayuno en el Mauri, como no sé ahora hasta cuándo se me vendrá a los labios la letra espeluznante de Luis de la Pica y a los ojos los dos tajos de tijera cada vez que pase por esa esquina con tres ventanas cerradas.

# UN LLANTO POR ALEGRÍAS

Me han dicho que la venganza  
es muy fácil de tomar.  
Que la tome aquel que quiera,  
yo no la quiero tomar  
porque me da mucha pena.  
Aurelio Sellés por malagueñas.

Doce trabajadores del semanario *Charlie Hebdo* han sido acribillados en su oficina en el mes más frío en París. Y otras cinco personas que iban por la calle.

Félix Grande también murió en enero y yo lo recordé con cuatro tonás en mi programa de radio de *Flamenca y más*. Elegí cantes sin música, a palo seco, de esos que redundan en las heridas y te obligan a pasearte por ellas. Lo hago porque alguien me dijo que a fuerza de hacerlo se vuelven familiares y duelen menos. Me acabo de enterar del atentado contra la revista satírica y he tenido la tentación de hacer lo mismo, de volver al palo seco y patalear.

Las tonás anulan la música, a veces del todo, a veces limitándola a un golpe de martillo o a una simple percusión, porque son palos de luto y de lamento. Y a eso he querido agarrarme hoy hasta que he recordado un detalle, un rasgo elocuente, de esos que definen a un grupo más que lo que dice pensar. He recordado que a los yihadistas no les gusta la música porque, dicen, distrae de lo importante. Lo importante para ellos es su interpretación del Corán, que no sé si es literal, herética o solo brutal. El islam no prohíbe la música ni el canto ni su disfrute. Al Qaeda y sus filiales sí. Tañer un instrumento o hacer música con la garganta es para esos hombres tan decentes peor que comerse un cerdo. Peor que matar. Por eso he cambiado el disco, me he puesto los tacones y he pinchado a Pericón de Cádiz, que dice por alegrías:

Están puestos en balanza  
dos corazones a un tiempo  
uno pidiendo justicia,  
otro pidiendo venganza.

Los yihadistas solo permiten a su fieles escuchar *nasheeds*, composiciones poéticas que hablan de las cosas que le pasan a su pueblo, de los preceptos coránicos, de historias del Profeta e incluso de lo que habría que hacer para acabar con los infieles. El formato, como el Corán, no les pertenece porque esas composiciones también las hacen y las entonan musulmanes que jamás en su vida han querido hacerle daño a nadie. Pero los cachorros de Al Qaeda, y especialmente los que

dicen haber creado un paraíso musulmán en la ciudad siria de Al Raqa, el autodenominado Estado Islámico, los han convertido en la banda sonora de su vida y de los vídeos con los que propagan su mensaje por el mundo.

En ellos no emplean música y solo se puede escuchar un recitado de palabras que suena a lamento y al que a veces le añaden algún arreglo digital para que tenga más impacto en su audiencia, ubicada sobre todo en la enorme embajada que es Internet para ellos. Desde ella, vuelvo a pinchar a Pericón y su voz llena de sal a la que acompaña la guitarra de Perico el del Lunar, porque si no quieres caldo, yo te doy dos y en tacita de plata. Es extraño contradecir al cuerpo, forzar al oído a sentir lo que hoy, por tradición, no toca. Pero no pienso darle la razón a los que matan.

La cultura árabe sigue siendo una cultura oral, lo demuestra su pasión por las composiciones monorrimas. Tiene sentido que esos cachorros elijan un formato en el que todos los versos riman entre sí, pues su universo es muy coherente, pero una simple risotada les hace grieta. Son tan importantes los *nasheeds* que en Abu Dabi se graban concursos que se emiten en todo el mundo árabe. Uno de ellos es *Sha'ir al Milyoon*, una especie de *Operación Triunfo* para los poetas, que da premios millonarios a los ganadores e incluso convierte a algunos en celebridades. A Al Qaeda tampoco le gustan estos programas, prefieren a Bin Laden, su poeta más celebrado, que gente como la poetisa Hissa Hilal, una de las ganadoras de ese concurso que empleó la métrica del *nasheed* para criticar a los clérigos saudíes de línea dura. Eso es encontrar el hueco.

Me acuerdo de Paco de Lucía, sí, otra vez, me acuerdo de una entrevista que le hizo Pedro Ruiz, que le pidió que en lugar de contestar él, empleara la guitarra para responder a sus preguntas. «¿A qué suena el amor?», preguntó el presentador y el de Algeciras le respondió con las notas graves y tristes de una taranta. Al pedirle que expresara la queja, siguió con el mismo palo. Y cuando llegó el momento de expresar la rabia... Paco de Lucía se arrancó por alegrías. Eso es lo jondo, lo humano: quien lo probó lo sabe.

Echo un vistazo a las redes y veo que en ese tejido tupido como un *nasheed* que es la red y que emplean tan bien los terroristas para aumentar su ejército, ha nacido un nuevo hashtag: #JeSuisCharlie. Cuatro sílabas potentes, perfectas para Twitter y sus medidas, cargadas de furia y de algo que se parece al orgullo. No me sumo. Me cuesta subirme al carro por muy limpio que lo vea. Siempre creo que las ruedas están mal atornilladas o que la mula, pobre, lleva días sin comer. No me sumo porque yo no soy Charlie, tampoco soy París, ni ninguno de los muertos, ni su familia. Lo que tengo son ganas de devolver la moneda, pero en lugar de eso, vuelvo a Cádiz y a sus cantiñas y repito una y otra vez los mismos versos:

Están puestos en balanza  
dos corazones a un tiempo:  
uno pidiendo justicia,  
otro pidiendo venganza.

Es muy basculante para devenir eslogan, pero al menos hoy va ser el mío.

ÁMSTERDAM

# CAERÁS EN LA TENTACIÓN

Como quieres comparar  
el charco con una fuente.  
Sale el sol, se seca el charco  
y la fuente permanece.  
Gema Caballero por panaderas

No pienso caer en la trampa de decir que fuera, a los artistas y a la gente que escribe y se dedica de una u otra forma a la cultura, les va mejor que aquí. Aquí hay mucho arte, dónde va a parar. Aquí hay mucha gente que sabe de cante, de baile, de toque, de letras, de notas, de todo.

Me voy a la Bienal de Flamenco de Países Bajos diciéndome esas palabras. Nada de decir en mis crónicas que fuera tratan mejor a nuestros artistas por más que en las casi veinte entrevistas que he hecho en el último año todos me lo hayan dicho. Nada de caer en el lugar común. Ni en la queja. España está cambiando y algo de todo eso tendrá que notarse también en el arte.

Ya en suelo holandés, no caigo en el error del que me he prevenido, pero empiezo, sin dudar ni evitarlo, a hacer comparaciones. Porque no son odiosas, son parte de mi trabajo. Al llegar al Hotel Lloyd me topo con el Pele que esa misma noche tiene actuación con Farruquito y Dorantes. Van a llenar un teatro con mil quinientas localidades en Ámsterdam. Yo he visto *shows* del bailaor en el Teatro Coliseum de Barcelona con muchas butacas vacías. Hay quien me dice que eso es porque Juan todavía arrastra lo del accidente de coche en el que mató a un hombre. Esa explicación no me sirve. También he visto salas como la del Apolo con muchas sillas vacías en un duelo de Dorantes con Renaud Garcia-Fons. Y no hay nada ahora mismo de tanta altura.

La entrada del teatro Royal Carré es una fiesta como yo he visto pocas veces en España. Hay gente intentando conseguir una entrada en la reventa para ver a los tres artistas que están a punto de empezar su espectáculo. Dentro hay gente que enseguida empieza a aplaudir, sobre todo a Farruquito, porque Dorantes es más discreto y el Pele no tiene su noche. Podría decirse que ha venido con lo puesto, algo que ha vuelto locos a sus compañeros y ha obligado al bailaor a tirar del carro solo. No importa. El público está en pie, enloquecido, a punto de tirar el teatro al suelo aplaudiendo y vitoreando, y a mi lado una señora que me ha mirado tomar notas todo el rato que ha durado la función se dirige a mí. Se llama Nina y tiene una academia de flamenco. Es holandesa, pero baila desde el día que vio a Antonio Gades y decidió que lo suyo era bailar y enseñar a otros a hacerlo.

Supongo que haber vivido en el sur y a expensas de que mis padres tuvieran trabajo o se inventaran uno es lo que me hace creer que hay un tipo de alegría que procede del monedero. Indago en el bolsillo de los holandeses, en cómo funciona la cultura y descubro que no solo el salario base en Holanda es de mil quinientos euros, que los precios de comida, pañales o colegios

no son mucho más altos que en España, sino que el IVA que afecta a los productos culturales se bajó al 6 % al poco de haberlo subido al 21 por las amenazas del sector al Gobierno. Debe ser respeto eso que lleva a un gobernante hacer caso a un director de teatro, un cantante o una escritora. En España ni en periodo electoral lo han conseguido. Pero no voy a caer en esa trampa, me lo he prometido.

Hablo con profesores de flamenco del Codarts de Róterdam, una suerte de universidad de las artes que tiene a Paco Peña al frente de la cátedra jonda. En España aún cuesta que el flamenco entre en los conservatorios y solo Murcia y Córdoba le han dedicado su espacio.

«Lo tienen por algo menor, no les interesa. Les parece una cosa zafia, sin nivel», me contó en una entrevista que le hice para este viaje a Pablo San Nicasio, periodista y director de Chalaúra, una web de flamenco y copla. Él, además, es guitarrista, así que sabe de lo que habla cuando dice que en los centros de formación musical superior se desprecia el flamenco. «En parte porque se ve como algo antiguo, franquista, como los toros. Pero en parte también porque muchos creen que no tiene complejidad, que es algo hecho improvisado por gitanos y poco más».

Cataluña es clasista, me dijo Luis Cabrera. ¿No lo es España entera? En Holanda se mira el flamenco como a cualquier otra música. «En España lo que falta es cultura musical», me dice el que hoy toca el piano. La reforma de la ley educativa que ha llevado a cabo el ministro del ramo, José Ignacio Wert, permite que la música sea una asignatura optativa y queda al criterio de las comunidades autónomas decidir si se imparte o no. El mismo ministro llegó a decir que la música «distrae» de las demás materias, una frase que choca con las recomendaciones de la Unesco, que a veces hace cosas tan estériles como declarar el flamenco Patrimonio Inmaterial de la Humanidad, pero que en otras ocasiones, suelen ser las más evidentes, da directrices sensatas. Por ejemplo, la que hace referencia a los motivos por los que cualquier país debe enseñar música a sus criaturas: «Es un magnífico recurso para la sensibilidad estética y el buen gusto», puso la Unesco negro sobre blanco en su II Congreso sobre Pedagogía Musical. Pero en España, la reforma educativa de Wert permite que un chaval acabe toda la secundaria sin haber dado ni una sola lección musical.

No quería caer en el error de decir que fuera la cultura tiene mejores condiciones que aquí pero ¿y si no fuera un tópico? Muchos artistas me han dicho en estos años, con mucha resignación, que un disco es solo una tarjeta de visita. Aquí, en Ámsterdam, Róterdam o Utrech, veo a jóvenes que no son gitanos ni españoles y que se aferran a las bulerías, como es el caso del joven guitarrista Edsart Udo de Haes, o el de María de Utrera, que es española, porque saben que no solo tendrán trabajo, sino reconocimiento.

Hablando con ellos, me abstraigo un momento y me miro el ombligo: estoy en la penúltima parada de un circuito que me he trazado para escribir este libro. Un libro que va a ser también una carísima tarjeta de visita.



# RENAUD, EL CANDIDATO GENIAL (PUBLICADO EN DEFLAMENCO)

El genio no reclama lo grotesco, sino la verosimilitud: lo que se asemeja a la vida, lo contrario a la magia.

Cynthia Ozick, *Cuentos reunidos*

«Si conociera las palabras adecuadas, sería escritor y no músico», explica Renaud Garcia-Fons en el documental *Beyond the double bass* y, en un ejercicio de coherencia suprema, es prácticamente la única frase que dice. La cinta, de Nicolas Dattilesi, muestra al genio del doble contrabajo visto por su lutier, por músicos y periodistas.

Nada de lo que explican sorprende después de haberlo observado en silencio por los pasillos del hotel donde se hospeda junto al resto de músicos que participan en la Bienal de Países Bajos. Siempre pensativo y callado, solo rompe su silencio para sonreír abierta y tímidamente a todo ser humano con el que se cruza.

En un festival que ha tenido como *leitmotiv* el cruce de caminos, la elección de Renaud podía ser obvia, pero no por eso menos afinada. Renaud es, ante todo y sobre todo, músico. Le importan un rábano las etiquetas, le sobran todas. Lo volvió a demostrar anoche, cuando tras el documental actuó junto al kamanché de Derya Turkan para presentar en Holanda el disco que han grabado juntos, *Silk moon duet*. La habilidad de Renaud es hacer de su instrumento todos los instrumentos; y de su habilidad para la música, cualquier música que haya en el mundo. Y si hay en el documental de Dattilesi un momento que define al artista sin decir palabra es cuando aparece junto a Turkan al aire libre, dispuestos a tocar algo y una gaviota los interrumpe. Se paran los dos, Renaud mira al cielo y luego vuelve al contrabajo para imitar su graznido. «Nadie que no sepa mucho de música sería capaz de decir con los ojos cerrados qué instrumento toca en cada momento», explica en la película un veterano del contrabajo como es Barre Phillips. Y al oír la gaviota de Renaud, lo que se confunden ya no son los instrumentos, sino naturaleza y arte.

El músico que prima la melodía; que hace una música que es al tiempo «grave y grácil», según palabras del periodista francés Alex Dutilh; y que trabaja como las mulas, no para seguir tocando como hasta ahora, sino mejor, es un hombre tímido, con ojos de cachorro grandullón, que sonríe con inocencia y parece tener siempre buen humor.

Bromea durante sus actuaciones, pero con gracias breves y sencillas. Parece que lo necesita. Parece que lo arduo de su tarea no fuera suficiente para su capacidad. Sabed, o recordad, que le añadió una quinta cuerda al contrabajo. Si vais a verlo, es normal que tengáis la extraña sensación de que está concentrado, sí, pero también de que mientras toca podría estar planeando otro asunto complejo, quizás un leve movimiento de ajedrez.

Sospecho que en esta Bienal, lo van a acabar sacando a hombros, de lo mucho que le gusta al público holandés lo que propone este francés de padres catalanes. Ya no es un desconocido, aunque él sigue actuando como si no fuera un virtuoso. Se permite cambiar de estilo, quitarle hierro a lo que hace, volver al inicio, a las bases y tocar lo que le apetece. Por sencillito que sea.

Suena tan a gloria lo que hace, y dicen de él cosas tan importantes gentes que saben mucho, que un día durante este viaje que está a punto de acabar tuve una intuición que anoche se reforzó. Dicen de él que es preciso, perfecto; que tiene unos dedos habilidosos que alcanzan velocidades de vértigo; que tiene el mejor gusto del mundo cuando compone; que prima la melodía y su técnica es impecable; que cuando toca parece que canta, que es capaz de darle voz a la música; que tiene mil modos de apretar las cuerdas y hacerlas sonar como le da la gana; que es un trabajador infatigable, incansable, adicto; y además, como bien dice Dorantes, comprende el flamenco y es capaz de hacer cosas bellísimas entre sus lindes. ¿A quién os recuerda?

Anoche Renaud Garcia-Fons tocó *Camino de sed*, tema que compuso para homenajear a Paco de Lucía, convirtiendo el contrabajo en guitarra flamenca. El género tiene hoy tocaores inmensos, increíbles. Pero creo, intuyo, huelo que no va a ser de la guitarra de donde le salga un heredero a imagen y semejanza al genio de Algeciras. Pensadlo un rato. ¿No tendría mucho sentido?

# SUSANNE

Acérquense a beber:  
esta fuente no es de agua,  
es de sed.

Isabel Escudero, *Condiciones de Luna*

Me cuesta hacer amigas. Con los chicos es más fácil, siempre lo fue. En Ámsterdam alguien me dice que me va a presentar a la periodista que viene a cubrir el festival desde Austria y sin que nadie me vea, suelto un soplido. Tengo mucho trabajo y más ganas de estar sola, pero accedo. Me la presentan, me siento con ella, intento ser simpática, pero enseguida veo que no hace falta. La miro, me mira, sonrío con sequedad, contesta como sin ganas. Si no fuera tan supersticiosa, en ese mismo instante habría reconocido que hice una amiga.

«Tengo que comprarle un regalo a mi nieto», me dice una mujer que no hago con edad de tenerlos, morena, bella y esbelta que camina como si el suelo le perteneciera. No le hace falta girar la cabeza, solo con mover los ojos dice quién es y noto que la gente se cuadra ante ella y la respeta. Eso se huele.

De golpe, me veo subiendo a un tranvía con ella. Me veo, sí, como si viera una película o a alguien que no conozco hacer algo que yo no suelo. Han pasado unas horas desde que nos presentaron, pero ni ella ni yo queremos ya separarnos. Entramos en la Antiquariaat Brinkman, un librería de viejo muy hermosa, puesta junto al canal de Singel, el que marca la división entre la ciudad medieval y la moderna. Allí, junto al dueño, serio pero atento y esmerado, tengo la impresión de que Susanne y yo hemos estado en esa tesitura muchas veces. No es la primera, esta es solo la que recordaremos. Que no se asusten quienes me quieren: sigo sin creer en la reencarnación ni en la resurrección, solo es que el tiempo me parece cada vez más una trampa y la amistad es una palabra amplia, pero alberga a poca gente.

«Mi abuela tuvo a mi padre con dieciséis años, de un gitano de la feria que la preñó y desapareció». Susanne me cuenta su vida en un español perfecto, sin rasgos de turista ni diletante, lo habla con la perfección de quien respeta lo que toca y lo que dice y sospecho que no suele explicarle a desconocidas de dónde proceden ella y su pelo negro. Le gusta el flamenco porque siempre cantó, pero no fue hasta que encontró lo jondo que encontró su música. Ahora escribe sobre eso en varios medios y asesora al Festspielhaus de Sankt Pölten sobre su programación flamenca. Me sorprende el interés que veo en Holanda por este arte, pensé que sería pura fachada, un entretenimiento, algo exótico. Pero no lo tratan así Ernestina, directora de esta Bienal de Flamenco a la que asisto; ni Susanne, que informa al público austríaco y alemán sobre el asunto; ni Dorothee Schackow, directora del Festival de Düsseldorf; ni Sandrine Rabassa, responsable del que se celebra cada año desde hace casi tres décadas en la localidad francesa de Mont-de-

Marsan. Fuera de España son las mujeres las que llevan las riendas de lo jondo y vuelvo a caer en la tentación de comparar lo que veo fuera con lo de casa.

De Susanne me gusta ese carácter recio que le adivino, esa sensibilidad nada *low cost*, compleja y dura. Hace un frío de mil demonios porque el termómetro no sube y hace mucho viento, pero ella está acostumbrada y yo no. Por eso me dice que me ponga el gorro, como una amiga, no como una madre. Me lo pongo y me dice «qué bien te sienta», como otra hembra, y yo me doy cuenta de cuánto me hace falta ese calor. Lo tengo poco y siempre lejos: lo tengo en Raquel y en Silvia; en Lucía y en Cristina, en ningún lado más y todas están en otro lugar distinto del que nos conocimos.

Susanne me dice que se fue del pueblo en que nació en cuanto pudo y no volvió. Me dice que los hombres le gustan grandes y recios. Que tiene un hermano. Que su padre no conoció a su padre. Yo asiento y me reflejo. Hay a quien las semejanzas biológicas le bastan para hacerse una amiga. A mí, desgraciadamente, me cuesta más. Por eso encontrarme a Susanne se convierte en fiesta.

Hablamos poco en esta primera vez que nos encontramos. Hablamos poco y no hace falta. En la librería, coge un libro de Thomas Mann, quiere saber qué leo y yo me entusiasmo como hacía mucho tiempo no me ocurría hablando de libros y de escritores. Ella entiende que estoy de luto, entiende que lloro sin querer a ratos, que hay algo que se me ha ido y sin que le diga cuál es el hueso, la parte de mi sangre que aún me duele, me habla de su abuela. En un momento, andando junto a un canal evitando el aire, me dice que ha aprendido a no guardar rencor y yo le digo que yo no puedo y ella responde: «Podrás, aún eres joven y eres lista».

En cada palabra dicha con risa o con sorna, sin lecciones ni sermones, sin frases largas, solo algunas sueltas, coladas entre cante y cante, entre los portátiles que nos separan en la mesa del hotel donde escribimos, se cuelan decenas de reconocimientos. No sé qué me empuja a hacerlo, pero en un momento, levanto los ojos y le digo que tengo la impresión de que ella es capaz de poner cada cosa donde corresponde. No sé ni de qué hablo, pero ella sí. Por eso recoge esa frase, que me recordará meses después, y la vuelve vitamina con la que regresa a casa y toma decisiones.

Habla con sus hijas por teléfono, no entiendo lo que les dice, pero me lo aplico. Cuando cuelga, es Susanne otra vez. «Nunca he sido dulce», me dice con medio suspiro cuando recuerda que alguien se lo echó en cara una vez. «No te hace falta», le digo convencida de que todo en ella es amor puro y duro e indestructible. «Es verdad, no nos hace falta», dice ella incluyéndome y yo siento en todo mi cuerpo el poder curativo de su espejo.

# FLAMENCO PARANORMAL

Las causas de la superstición son: ritos y ceremonias agradables y sensuales; un exceso de santidad exterior y farisaica; una veneración excesiva de las tradiciones.

Francis Bacon,  
*Essays or counsels, civil and moral*

Un escalofrío, me di cuenta muy pequeña, siempre se cuaja en tres tiempos: ta-ta-tá. Los golpes que dan los hombros, los respingos de la cabeza, el instante que precisan los vellos para ponerse en pie. Ta-ta-tá. Ese es el compás de la historia que paso a contar.

El Hotel Lloyd de Ámsterdam es el lugar en que alojan los artistas, la organización y la prensa durante la Bienal de Flamenco de Países Bajos. Me alojé en la segunda planta, en la que nada más llegar reconocí un pasillo visto años atrás. «*El resplandor*», dijo mi cabeza inmediatamente. Sí, esa película. Ta-ta-tá.

Los días aquí fueron intensos. Al llegar de la primera actuación, dejé mis trastos y bajé al comedor, donde pretendía cenar algo antes de acostarme. El contrabajista Pablo Martín-Camín y el percusionista Paquito González me ofrecieron unirme a su mesa y cuando les comenté mi hallazgo, el último me enseñó una foto tétrica que había colgada en el pasillo donde estaba su habitación. «Quilla, deja de hablar de eso o me voy, que luego no puedo dormir», dijo el de Sanlúcar, haciendo su ta-ta-tá con más salero que yo.

A la mañana siguiente, oí de refilón a Juan Sampedro, mánager de el Pele, explicarle a su representado que se había pasado la noche hablando con un espíritu. Me paré con disimulo y acabé de oír la historia.

—Tú estás chalao, ¿por qué le hablabas? —preguntó el Pele.

—Porque me dio mucho miedo y era muy educado.

No hablaba en broma. No había ni un atisbo de guasa en su cara. Ta-ta-tá, hizo el Pele al escucharlo y se salió a la calle, donde escogió tiritar de frío antes que de canguelo.

Aproveché la amabilidad del personal para preguntar por la historia del hotel. Había sido orfanato, prisión, cárcel de menores, refugio para judíos en la II Guerra Mundial y centro de cuarentena para inmigrantes. Con estos datos en el bolsillo, volví al salón para trabajar un rato, cuando entró Alexis Lefevre.

—Hoy me han tenido que cambiar de habitación —dijo serio, pero con su español afrancesado teñido de andaluz y mi corazón de bruja empezó a latir a mil por hora. Ta-ta-tá. Y le insistí.

—Una ventana se abría y se cerraba de golpe, muy fuerte. ¡Y había viento, coño, pero no tanto!

A Alexis lo cambiaron de habitación, donde siguió su juerga con lo paranormal. En su nuevo cuarto, había dos televisores.

—Uno se encendía con el mando, el otro, cuando le daba la gana —me juró el violinista. Harto

de la broma macabra desenchufó los dos y se escondió en la cama.

Por la tarde, camino de Utrech, compartí furgoneta con Farruquito. «No me creo *na*», me dijo y me sonó a media verdad. Le enseñé la foto de mi pasillo y entonces, dando un salto soltó: «¡*El resplandor!*!». A lo que añadió algo que yo no esperaba:

—Yo he estado en el hotel donde se rodó la película.

Me dio el nombre de los personajes de la película de carrerilla, se confesó amante de las películas de terror y acabó explicándome historias del estilo que le habían ocurrido en los cientos de hoteles que ha pisado.

—Menos mal que no te crees *na* —le dije, a lo que contestó con un descreimiento para mí ya algo increíble:

—*Na* que no me haya pasado a mí.

Mi pulso periodístico se puso a la contra y me mandó buscar a alguien que contradijera lo que los demás y mi piel me estaban diciendo. Me acerqué a la directora de la Bienal, Ernestina van de Noort, esperando que me despachara rápido y con cabeza.

—¿Quieres que aporte mi historia? —me preguntó. Yo pensaba decirle que no, que cómo iba pedirle eso, pero entonces espetó:

—Yo oigo cada día la voz de Moraíto en mi despacho.

Ta-ta-tá triple, lo juro por las yemas de mis dedos. El despacho de Ernestina está en la habitación 2011, en la que había estado el guitarrista en 2008 y 2009.

—Le oigo tan claro como te oigo a ti. Y tú sabes que la voz de Moraíto era inconfundible.

Algunos pensarán que a los flamencos les pueden las supercherías. Otros se preguntarán qué deben beber antes de acostarse, aunque yo doy fe de que, salvo alguna excepción, en ese festival anduvo todo el mundo muy sereno. Ahora, camino de casa, pienso que quizás entre otros hayamos inventado este relato para no hablar de lo real, siempre tan incómodo. A mí me gustan los espíritus y los comprendo, hay veces en que actúo como ellos. Aquí, por ejemplo, en el Lloyd Hotel donde comparto techo con artistas a los que tengo que juzgar al día siguiente. En momentos así, procuro hacerme invisible para no asustar. Hay ocasiones en que les hablo, a veces sin ganas de hacerlo, y otras veces, los que no quieren dirigirse a mí son ellos.

Sé que todo esto que cuento pasó porque la editora de *¡Anda!*, Susanne Zellinger, fue testigo de muchas de las charlas que aquí relato. Pero ella también cubre el festival e informa y sabe como yo que la relación entre los artistas y nosotras es extraña, complicada a veces, fuera de lo normal siempre. Con muchos ta-ta-tá, a veces de emoción y otras, para qué negarlo, también de frío.

BARCELONA

# AMOR GRAVITACIONAL

Yo te estoy queriendo a ti,  
con la misma violencia  
que lleva el ferrocarril.  
Letra por soleá

Llego a puerto de nuevo, recalco en casa. No es para mí lugar de paso, tampoco refugio, porque quien me espera en ella casi nunca es cómodo. Me espera, me abraza, me escucha, me suelta. No podría vivir con nadie que no se le pareciera. No podría vivir con nadie que me sujetara. Cada vez que regreso de un viaje es otro. Siempre hay un rincón que no conozco, siempre encuentro en él un gesto que me despierta, siempre me hace una pregunta que no me espero. Por eso es él y no otro.

Compartir el pasillo, el lecho y los cuchillos con alguien con quien no discutes nada, de casi nada o por nada debe ser como estar siempre nadando en una balsa de agua limpia y conocida.

Vivir con alguien con quien estás de acuerdo en todo debe ser reconfortante. Votar lo mismo, pensar lo mismo, decir lo mismo. Vivir con alguien con quien compartes gustos deber ser el sumun de la calma y del ser feliz. Leer lo mismo, escuchar lo mismo, mirar lo mismo. A veces lo veo, de lejos, y lo envidio.

En mi casa hay dos discos repetidos: uno de Paco de Lucía y otro de Camarón. Es parte del ajuar individual que trajimos los dos miembros que componen mi familia. Son las únicas piezas que teníamos y tenemos en común. Se repite algún libro, es cierto, pero son de juventud, de tanta juventud que no sé si entonces éramos algo de lo que somos ahora o esos textos solo nos ayudaban a imaginar quiénes queríamos ser. Fuimos luego cosas distintas, también entre nosotros. Y bendigo cada noche esos desvíos porque yo envidio la paz, pero detesto la calma.

El amor no es química, es pura física. Fuerza gravitacional. Un par de discos y el olor de su piel ahorquillan la trayectoria del péndulo que me dirige. Cambiarle la trayectoria es obligado y la más dura de las tareas del amor largo.

Mi amor no es químico. Funciona sin bálsamos y sin adobos, y como no precisa oxígeno, no se oxida. Mi amor es geofísico, que viene a ser algo así como llevar la tierra entera sobre los hombros unos días y creerse capaz de levantar el vuelo al poco rato. De esa contradicción saca su energía el péndulo. De ahí su movimiento incesante. No conoce la calma. No conozco la calma. Y no la quiero.

Para amar, un punto de fricción es suficiente. Ni mágicas coincidencias, ni un alma gemela, ni un sí a todo, ni la tranquilidad. Un punto de contacto. Uno hecho de dos discos duplicados y del olor de su piel, única química a la que soy sensible.



# FESTIVAL DE JEREZ DE LA FRONTERA

# SALVAGUARDA

El escándalo es una droga que anestesia el sentimiento de nulidad política.

Rafael Sánchez Ferlosio,  
*Gastos, disgustos y tiempo perdido*

«El flamenco está en buen estado de salud. No necesita protección». Lo dijo Paco de Lucía, pero tampoco en eso se le hizo caso. Cerca del hotel donde me alojo hay un terreno donde debería estar la Ciudad del Flamenco. Aquí solo quedan algunos cimientos y muchos matojos que cubren un suelo que hace décadas fue un reñidero de gallos donde se mataban entre sí los animales por ver satisfacer su orgullo y el bolsillo de los apostantes. Hace casi diez años que se firmó el acuerdo, y otros tantos que Jacques Herzog & Pierre de Meuron dibujaron los planos e hicieron presupuesto.

Jerez ha sido siempre una ciudad hermosa, brava y artista, pero ha tenido en paralelo problemas económicos directamente proporcionales al talento que hay en sus barrios. Aquí están dos de los vecindarios más importantes de lo jondo: Santiago y San Miguel. En el primero nacieron Fernando de la Morena, Diego Carrasco o Tía Juana la del Pipa, leyendas vivas y en el segundo, Manuel Torre, Agujetas padre, el Torta o la Paquera, ya fallecidos, pero que tienen continuidad en sagas como la de los Carpio.

Aquí apenas hay choques entre gitanos y payos y nadie se atreve a decir con ligereza que solo el cañí sabe cantar por derecho: Antonio Chacón es un referente; Capullo de Jerez, un personaje con miles de *fans* y desde hace un tiempo otro gachó tiene a la afición metida en el bolsillo: David Lagos, ganador de la Lámpara Minera en La Unión. Su hermano Alfredo es un superdotado de la guitarra, instrumento que en Jerez tiene referentes como Gerardo Núñez o Paco Cepero.

No había mejor lugar en el mundo para crear la Ciudad del Flamenco, pero lo único que se plantaron fueron unos cimientos carísimos: junto a los planos costaron quince millones de euros, pero fueron como semillas en tierra yerma. Los primeros problemas vinieron cuando el Gobierno español se olvidó del proyecto en los presupuestos generales de 2011 después de que la ministra de Cultura, Ángeles González-Sinde, hiciera público el compromiso con el proyecto. Otras subvenciones cuyo uso no aclaró el Ayuntamiento fueron la causa oficial de que el apoyo se congelara.

Después se agudizó la crisis y empezó a aflorar algo que ocurría desde hacía tiempo: la corrupción, sarpullido que no solo da escozor, también dinamita la inversión y la igualdad de oportunidades.

Entre los problemas endémicos de Jerez está el del paro. La ciudad registra doscientos trece mil parados y una tasa de desempleo que roza el 45 %: casi treinta y cinco mil personas en edad de trabajar no tienen ocupación. Estas cifras sitúan a la ciudad y a la provincia de Cádiz a la cabeza del desempleo en Europa. En el mundo, para encontrar un porcentaje similar hay que ir a zonas de

conflicto: la franja de Gaza, que según la ONU llega al 45,5 %. «En el festival de flamenco echo unas horas en el bar de mi tía», me cuenta un camarero que ya no cobra el paro, pero sigue en las listas y, en una parada de autobús, una mujer me explica que quiere montar un taller de costura con el que completar su pensión. A estas cosas que se oyen por todos lados les pone números Eugenio Fausto Santa-Bárbara, inspector jefe de la Seguridad Social de Cádiz: «Como mínimo entre el 25 y el 30 % de la población de la provincia de Cádiz trabaja en la economía sumergida».

El sector del vino, que fue otro de los motores de la zona, también flojea. El paisaje está dominado por la gran botella de Tío Pepe y los enormes letreros de las grandes marcas: Domecq o González Byass, que no solo dan vino, sino también actividad a la industria del vidrio y a otras relacionadas. Todo empezó a ir mal tras la sequía de 2012 y el posterior arranque de vides, que ha dejado la región con déficit de botas. Por si fuera poco, el producto que conseguía el 70 % de los beneficios hasta 2011, el brandy, apenas emplea ya uva jerezana, sino manchega. Al ver los problemas que planteaba el monocultivo, la ciudad se planteó un cambio de modelo, pero aun teniendo sol y cultura, optaron por el ladrillo. La ciudad se extendió a golpe de nuevas urbanizaciones y con la crisis, muchas obras quedaron paradas y muchas viviendas nuevas sin dueño.

Jerez es puro arte, pero todos saben que la velocidad deja más dinero que el cante jondo. El último Festival de Flamenco de Jerez duró 16 días y por él pasaron 33.588 espectadores, muchos de ellos de la zona, una cifra que va en aumento, pero alejada de los que trajo el año pasado el Gran Premio de Motociclismo: 200.000. El beneficio para la ciudad que dejaron las motos fue de cincuenta y tres millones de euros, monedas que se reciben como maná en un Ayuntamiento con más de mil millones de deuda.

Entre unas cosas y otras, la Ciudad del Flamenco se ha quedado reducida a un Museo del Flamenco, lugar en el que conservar lo que en esta tierra nace sin pedirlo y sin forzarlo. Lo comprobaré en el festival, pero también con el taxista que me lleva al aeropuerto y para el coche para cantarme un fandango cuando sabe que escribo sobre lo jondo. Por eso, no es de extrañar que haya quien tema que pase con este museo lo mismo que con la denominación de Patrimonio Inmaterial de la Humanidad que se le otorgó al flamenco en 2010.

Hasta José Luis Ortiz Nuevo, historiador y redactor de la memoria que se presentó a la Unesco, reconoció a Pablo San Nicasio en una entrevista publicada en Chalaúra que el punto de partida de aquella petición fue un fraude. El flamenco cumple con las características que pone el ente internacional: es tradicional y contemporáneo, integrador, representativo del lugar y está basado en la comunidad. De él se extraen conocimientos, que se aprenden de padres a hijos. Pero, como ya dijo Paco de Lucía, no es verdad que corra «peligro de morir o desaparecer si no se le presta ayuda», requisito que la Unesco exige pero no comprueba. Lo que busca esa etiqueta es salvaguardar, fomentar, mimar y cuidar: no meter lo amenazado en una urna.

A todo esto, sumémosle la corrupción y quizás empecemos a entender por qué se abortó la Ciudad del Flamenco. Pero ni el paro afecta a un número de gente sin nombre ni la corrupción se gesta sola. En Jerez, desde el primer alcalde que prometió la Ciudad del Flamenco, Pedro Pacheco, hasta la última que dijo que se cortaría la mano si la pillaban robando, María José García-Pelayo, edil del Partido Popular a la espera de que un juez decida si la imputa en una pieza separada del caso Gürtel, todos los alcaldes de la etapa democrática han pasado por el juzgado, la cárcel o ambos lados. Pacheco, alcalde de 1979 a 2003 por el Partido Andalucista y

muy dado también a la frase categórica (su firma lleva «La justicia es un cachondeo»), entró el año pasado en prisión por contratación irregular, y la socialista Pilar Sánchez ha sido condenada a cuatro años y medio por conceder ayudas irregulares a varias empresas.

Más de una persona me ha mencionado el Banco de Alimentos, al que están recurriendo muchos jerezanos, también los que tienen trabajo, porque algunos encuentran empleo, pero tan precario que no les da para todo. Antonio Villasán, responsable del Banco de Alimentos de Jerez, da un dato clave: esta sede consume el 60 % de los recursos de la entidad en la provincia, cifra que acaba de dejarme claro que es el ciudadano quien precisa protección y no el flamenco.

# TODO ES RETAL

Él pisa fuerte, yo piso descalza.  
Él mancha la alfombra, yo limpio la mancha.  
Bulerías popularizadas  
por Luis de la Pica

En Jerez, de camino a la exposición de fotos de Adrián Morillo, me perdí tres veces. Buscaba la Universidad de Cádiz y en lugar de andar los más de dos kilómetros que me separaban de ella, acabé recorriendo cinco. Me perdí tres veces y las tres estuve a punto de abandonar mi camino. Me convencí, sin embargo, de que tenía que acabar lo iniciado y me di fuerzas pensando que algo valioso sacaría de allí.

Y lo saqué. Adrián me puso frente a instantes imperfectos e importantes para un artista: esos en los que es más persona que creador, esos en los que duda, en los que nadie lo mira o esos en los que todos los miran y ellos ni siquiera ven. El ojo de Adrián, en «jondo», es una aguja: indica y pincha finamente con su mínima punta. En sus imágenes vi a gente que yo conozco y me resultó extraña. Adrián los capta en su salsa, en su contexto, pero los enfoca tanto y con tanta intención que, de algún modo, deforma la idea que tenemos de ellos. Y bendito sea su foco por alejarnos del tópico.

Pero saqué algo más. Al salir de la universidad, vi una parada de autobús y me tiré sobre ella. No pensaba volver caminando. Perderse tres veces puede ser poético, extraviarse seis es tragicómico. Me senté en la parada, que estaba vacía, y al instante se acercó una señora, y después otra. Le cedí el asiento a la segunda y no me lo aceptó. Quiso que nos apretujáramos y lo compartiéramos. Era tan decidida, que le acepté la propuesta. Y sin darle pie, empezó a hablar.

—Voy al centro a pagar la luz, que el que paga descansa, hija. He ido a la caja a que el carajote del banco me diera el dinero. Qué mala follá tiene el tío. Mira, ¿sabes una cosa? No hago más que juntar dineritos para comprar dos máquinas de coser y hacer vestidos de novia y ganar unas perras. Yo coso de *to*, pero las novias dejan más. Y he *pensao* pedirle a Cofidis tres mil euros para comprar dos máquinas y meterlas en casa. Ya he *pinta*o el cuartillo donde voy a ponerlas. Y he compra<sup>o</sup> un maniquí. A ver si no se entera el hijoputa de mi ex...

—¿Está usted separada?

—Sí, hija, hace veinte años y antes tendría que haberlo hecho. Pero no tuve cojones ni nadie que me ayudara. De novios, un amor. Fue casarse y molerme a palos. Qué hijoputa... Pero me separé, sí, y eso que el abogado me dijo que si lo hacía, me quitaría los hijos. Una mierda me va a quitar, si es lo único bueno que he tenido. Bueno, es verdad que las niñas me hacen coágulos. ¡Y tuve tres! Pero no importa, cinco hijos tuve y son mi tesoro. La pequeña aún se pelea conmigo porque dice que eché al padre de casa y no me lo perdona. Pero qué le vamos a hacer... Yo siempre le

digo que más lejos lo tendría que haber *mandao*...

—¿Vive en Jerez?

—Sí, y en mi casa. Porque es suya y porque era muy grande. Pero la partí y ahí estamos los dos. Pero no me importa. Ya no me importa. ¿Sabes una cosa? Si te pega tu marido, humíllalo. Tú sabes... Y verás como no se le levanta. El día que me di cuenta de eso, fue mi salvación. Y a partir de ahí, jodimos cuando yo quise, no cuando él lo mandaba. Lo insultaba y no se le levantaba. Si lo hubiera sabido antes... Porque fuerzas para defenderme yo no tenía. Mira, toca, llevo un corsé porque tengo la espalda *destrozá* de las palizas que me dio mi madre cuando era chiquilla. Y aun así, lo dejé *marcao* tres veces. En la barriga le falta un cacho de carne de un *bocao* que le di yo. Y pensar que me casé prontito porque mi madre me molía a golpes y va mi marido y me muele también. Qué mala era mi madre. Era cualquier cosa menos madre. Mi padre no, mi padre era un santo y yo, su ojito derecho.

Llegó el autobús y nos subimos juntas. Quiso sentarse conmigo y yo que siguiera hablándome. Quería conocer su versión de su historia aunque estuviera llena de frases que no eran suyas.

—¿Y de verdad va a ponerse a coser? ¿Qué edad tiene?

—Tengo setenta y seis, pero me cuido mucho. Y sí, voy a trabajar porque no puedo estar quieta. Tengo mi paga de minusválida por lo de la espalda. ¿Sabes que cuando me saco el corsé me desparramo? A mí me da risa, pero no tiene gracia. Tengo mucho humor, menos mal que lo tengo. Y no me achico. Y voy a comprar las maquinitas, que ya viene la temporada de bodas. Yo hago unos vestidos muy bonitos, tengo una revista italiana con unos modelos... ¡Ozú, qué preciosos! El vestido de novia de mi pequeña lo cosí yo... Mira, me emociono. Qué bonita iba mi niña. El marido es un asqueroso, pero ella lo quiere. Yo no sé si le pega. Espero que no. Pero, vamos, yo no iba a hacer como mi madre, que me mandó a casa con la cara *reventá* la primera vez que mi marido me dio una paliza. Pero mi chica no se deja ayudar.

—¿Usted le ha preguntado?

—No, pero desde que son novios que le digo que no me gusta ese tío. Es más raro... Se parece a mi ex, que dice que la mujer que habla con un hombre que no es el suyo es una puta. ¡Una puta! La madre que lo parió... ¿Sabes una cosa? De *to* lo que me dijo, lo que no le perdono es me que dijera «puta». Porque no lo soy. Nunca lo fui. Yo creo que siempre he sido buena. Tú también pareces buena.

—Lo dice extrañada.

—Sí, hija, porque las mujeres no somos buenas.

—No diga eso, mujer.

—Que no, que no lo somos.

—¿Y los hombres?

—Ah, para mí no cuentan. Es como pedirle a una bestia que tenga conciencia. Yo ahora lo que quiero son mis maquinitas y ponerme a coser. A ver si la próxima vez que coincidamos puedo coserte un vestido de novia o de lo que tú quieras.

—Seguro que sale adelante, tiene usted mucha energía.

—No, hija, no creas. Lo que yo tengo es mucho odio.

Miró al frente y se calló. Me informó de que en la siguiente parada se terminaba el trayecto y me sentí como si en un teatro bajaran el telón en pleno clímax. Recordé de dónde venía y lo que había visto. En aquellas imágenes, como en la historia de esa mujer, había algo irregular y contrahecho.

Ni aquello ni esto eran la realidad, sino retales. Retazos aumentados, suavizados o elididos. No, no era la realidad tal cual sucedió, pero me importó un carajo. Cada mirada es parcial, cada relato es solo fragmento. Lo importante, casi siempre, es la parte del total que representan.

FIN DEL VIAJE



# FÓRMULA DE PAZ

Y vuelvo a creer que lo que es cierto pueden verlo todos, todos.

Leena Krohn, *Tainaron*

Estoy en Madrid, donde siempre recaló porque aquí está mi ángel azul de la guarda, Gonzalo Castellero, que me mima y me regaña porque de ambas cosas preciso. Frente a la estación Paco de Lucía, leo «calle Costa Brava» y pienso: «Otra vez agua». Bajo al subterráneo y me siento en el andén, miro ese mural de Okuda y Rosh333 en el que aparece él, de mil colores, poliédrico, como entre dos mundos, entre el color y el blanco y negro, el pasado y el futuro, con la mirada baja enfocada hacia el túnel. El primer plano no muestra su guitarra, pero no es Francisco, es Paco: la mirada, el pelo, la pose. Es la estrella la que está ahí colgada.

Saco el cuaderno en el que he apuntado todo lo visto y oído en este viaje que me inventé para sobrellevar la precariedad y los lutos y repaso mis apuntes como veo pasar los convoyes: rápido, sin detectar ya el color que les di en su día, viéndolos lejanos, raídos, distintos. Reparo en que han muerto en este tiempo Curro de Utrera y Manuel Agujetas. José Menese se ha bajado de este mundo mientras último estas páginas y, unos días antes, el Lebrijano. Su música me ha acompañado cada vez que he leído o escrito sobre los refugiados que tocan a las puertas de una Europa que ha resultado ser dura de oído.

*Persecución* se llama el disco que he rayado en estos meses y en él cantó el de Lebrija las penurias del pueblo gitano acosado durante siglos para que se doblgara al estilo de vida de los que eran sedentarios. Estos que llegan de Siria, huyendo de la guerra principalmente, buscan justo lo contrario, pero reciben lo mismo. Quieren casa, comida y refugio, pero se les impone el nomadismo y también se les hostiga, pues no hay acoso más cruel que el desprecio.

Llevo sentada alrededor de una hora en este andén al que he llegado convencida de que todos tenemos recambio. Está bien creerlo, duele comprobarlo, pero ahora sé que también Paco de Lucía tiene quien le siga el rastro a una altura parecida. A todos los que se me ocurren, su pérdida les ha abierto un agujero por el que hoy respiran. Qué largas son algunas sombras, cómo taponan. Algunos de los que se me ocurren ni siquiera tocan la guitarra porque seguir el camino de otro es imposible y para honrar a un maestro es mejor abandonar el reflejo y abrirle un desvío que copiarlo.

Pienso también en mí y en mi consuelo, en que nadie reemplazará a mis abuelas, ni siquiera mi padres, ni yo a ellos, pero ahora sé que a veces alguien tiene que borrarse, salirse de la foto o morirse para que las cosas cambien, para que otros se muevan y avancen. No sé qué quiso decir aquella noche Concha cuando levantó las manos y nos hizo palmas a mi hermano y a mí. No sé cuál fue su mensaje ni sé por qué esa imagen se me enganchó a las yemas y la veo cada vez que aplaudo a alguien. Solo sé que yo no escribo hoy igual que cuando ella y mi abuela Consuelo

vivían y aunque me doy cuenta de que este viaje no me ha quitado la pena, sí me ha servido para diluir rencores, porque como decía Joseph Conrad, escribir vivencias es una fórmula de paz. Y así me siento.

Miro hacia el túnel y decido que es aquí donde termina este viaje. Lo sabía de antemano, todas las vueltas y los rodeos me iban a llevar aquí, a esta tumba sin cadáver, a este altar en el subsuelo donde voy a dibujar un punto y aparte. He tenido muchas veces la impresión de que «este tiempo me está haciendo rozadura» como dice un verso de Gonzalo y he llorado varias veces en estaciones, hoteles y andando por las calles sola. Más de la mitad de las veces lo hice de dicha.

Mirando al túnel, mi cabeza vuelve a casa y recuerdo el día, muy cercano, en que el azar me trajo algo que no encontré de niña a pesar de mi insistencia. Llegó fruto de la casualidad más efectiva: la que se busca por un camino tan largo que parece equivocado. Y la trajo un extraño, pues lo mejor no viene nunca de donde se lo espera, poniéndolo en mis manos cuando acababa esta crónica sobre el final de una etapa. Y aquí está, en casa al fin, una lasca brillante de calcopirita endureciendo mis fontanelas y dándole luz al presente.

# AGRADECIMIENTOS

Gracias a mis abuelas, Concha y Consuelo. A Chelo, mi madre, volcán que me alimenta y al que acudo si hace frío. A mi padre, Fernando, que me quiere como soy, cosa difícil. A Ferrán, mi hermano, por interpretar los personajes que me inventaba de cría. A Elena, mi tía, por mostrarme qué poco importa la sangre cuando se quiere. A Carmeli, por lo mismo y por parir a mi hermana elegida, Raquel, la que tiene ojos de mujer total con los que me adivina. A Lucas, por el primer día de clase y los que le siguieron. A Iván y Braulio, que lo saben todo de mí y no temo el uso que puedan hacer de ello. A Silvia, por los espejos. A Gonzalo, mi ángel azul de la guarda. Y a Emilio, por el hacha y la sensibilidad con los que me cortó textos y un par de miedos.

# LA AUTORA DE ESTE LIBRO



© Alberto Gamazo

Silvia Cruz Lapeña (Barcelona, 1978) emigró del norte al sur cuando era cría. En Baena (Córdoba) le crecieron las piernas y el amor por el flamenco. Empezó a escribir sobre lo jondo ya de vuelta en Barcelona y cuando alguien le pregunta por qué lo hace, hace suya la respuesta que da Manuel Alcántara a quienes le inquietan por su afición al boxeo: “No es porque me guste, es porque me interroga.” Le pasa igual con su oficio. Ha publicado en *ABC*, *La Vanguardia*, *El Español*, *Rockdelux*, *Altair Magazine*, *Ctxt*, *Deflamenco* o *Vanity Fair* sobre política, sociedad, crimen o cultura. Ha tenido otros empleos sin dejar de ser periodista o para poder serlo. De lo único que se arrepiente es de haber pensado alguna vez en dejar de tomar notas.